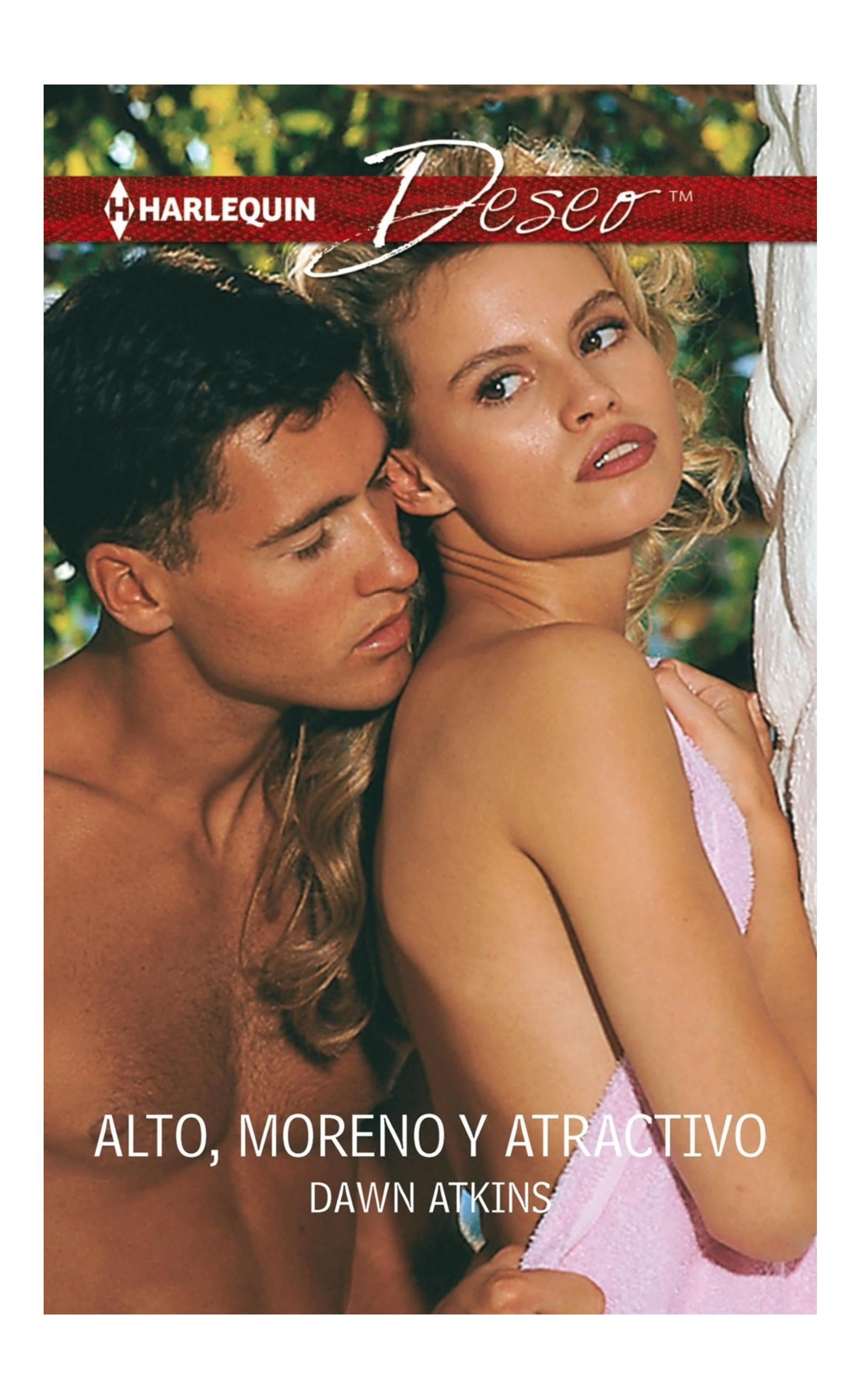

HARLEQUIN
Deseo™
ALTO, MORENO Y ATRACTIVO
DAWN ATKINS



ALTO, MORENO Y ATRACTIVO

DAWN ATKINS



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Alto, moreno y atractivo, n.º 1159 - febrero 2015
Título original: The Cowboy Fling
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Publicada en español en 2002

I.S.B.N.: 978-84-687-5807-7
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo Uno

–¡Cuidado! ¡Es La Cosa!

Nada más oír el grito, Lacey Wellington cruzó el arco que separaba a la cafetería de la sala de especies sorprendentes a tiempo de ver a la pitón deslizándose fuera del terrario, sobre el cartel que rezaba «La Cosa», y avanzar con suavidad por el suelo de madera en dirección a ella.

–¡Impresionante! –exclamó un niño sin dejar de saltar, muerto de miedo y al mismo tiempo emocionado, todavía al lado del terrario cuya tapadera había levantado.

Su madre estaba pegada a la pared, quieta y muy pálida.

–No hace nada –dijo Lacey para tranquilizar a la mujer, y se pegó a la pared para dejar pasar a la serpiente.

Monty Python, como la llamaba el tío Jasper, era dócil como un perrito, pero seguía siendo una criatura enorme, y Lacey no quería molestarla bloqueándole el paso.

Cuando la serpiente desapareció, la mujer volvió a la vida.

–¡Te dije que no tocaras nada! –regañó a su hijo–. Lo siento mucho –le dijo a Lacey, y agarró al niño del hombro y avanzó con él hacia la salida.

Lacey se sintió decepcionada por haber perdido la venta de las postales que la mujer había dejado caer al suelo a causa del susto, pero tenía otras cosas más importantes en qué pensar… como por ejemplo cómo atrapar a la serpiente. Necesitaba alguna herramienta para capturarla lo antes posible; antes de que Monty se subiera a algún lugar inaccesible. Paseó la mirada por la sala, pasando por la pirámide de cráneos de tortugas de tierra y la aulaga de casi dos metros de altura, el lince rojo de dos cabezas y la tarántula peluda, hasta la pared de baratijas: tazas, cucharas, llaveros y banderines con el logotipo de la sala de especies sorprendentes.

Entonces vio el artilugio perfecto; un palo largo que terminaba en la cabeza de una serpiente de plástico que si apretabas una palanca abría y cerraba la boca. Con eso y una bolsa de tela fue corriendo hacia la cafetería, sin dejar de buscar a Monty con la mirada.

Por primera vez en los dos días que llevaba allí se alegró de que no hubiera ningún cliente, no fuera que alguno viera a la serpiente y se pusiera a gritar. Ese día, el niño y su madre habían sido los únicos visitantes a la colección de rarezas del desierto del tío Jasper.

Entonces divisó al animal. Se había deslizado por la parte trasera de un asiento y encaramado a un cartel de cerveza luminoso que había sobre la puerta de la cafetería; tenía la lengua sacada, buscando en la pared algún hueco por el cual escapar.

Estupendo. No solo tendría que atrapar a Monty con solo la ayuda de un palo y una bolsa, sino que el animal estaba a una altura de unos dos

metros. Pero se las apañaría. Se apañaría con lo que fuera. Había insistido en no recibir tratamiento especial alguno cuando había convencido a su hermano Wade, presidente de la Restauración Wellington, de que le diera trabajo en uno de sus locales. La había enviado al lugar más atrasado, al restaurante de menos éxito para echarle una mano a su tío favorito. Nada de trato especial. Pero eso había hecho que su plan resultara aún más fabuloso. No solo ayudaría al tío Jasper, sino que le demostraría a su hermano de una vez lo que valía.

Era cierto que prefería el planeamiento estratégico a hacer tortitas, o ya puestos a perseguir reptiles, pero los estudios en ciencias empresariales no los había conseguido en un día, de modo que no podía esperar que su carrera profesional se estableciera de la noche a al mañana. Para alguien tan comprometida como ella, una constrictor de tres metros no debía amilanarla. Haría cualquier cosa para conseguir su objetivo.

Arrimó un taburete a la pesada puerta de madera, agarró la bolsa y el palo y se subió para estar frente a frente con La Cosa.

Lacey sacudió la bolsa de tela para abrirla, apretó el asa que abría y cerraba la boca de la cabeza de plástico y la arrimó a Monty muy despacio.

–En casa es donde mejor se está… –ronroneó repetidamente como un gato.

Pero inmediatamente se dio cuenta de que el artilugio resultaría inútil a la hora de agarrar al pesado animal y lo dejó caer con fastidio. Tendría que agarrar a la serpiente con las manos. Ya estaba estirando los brazos cuando la puerta golpeó contra el taburete. ¡Diantres! Se le había olvidado echar el cerrojo para que no entrara nadie.

–¡Un momento! –gritó, pero la persona al otro lado empujó con más fuerza.

Al instante la puerta se abrió, y Lacey se cayó del taburete. Soltó la bolsa de tela para agarrarse a la parte superior de la puerta y así pegar las rodillas al borde como si fuera una barra.

En lugar de eso un par de brazos fuertes le asieron las piernas. Lacey pegó un grito.

–Ya la tengo –dijo una voz de hombre.

Avergonzada, Lacey se dio cuenta de que aquel hombre tenía la cara pegada a sus muslos; sintió su aliento a través de la fina tela de la falda.

Entonces la levantó un poco para echársela sobre un hombro, como si fuera un saco de patatas. Lacey se sintió humillada.

–¡Cierre la puerta o escapará! –gritó, con la cara a pocos centímetros del trasero del individuo.

Que, por cierto, lo tenía muy bonito.

El hombre se volvió y cerró la puerta con un golpe de cadera.

–Gracias –dijo ella con toda la dignidad posible, teniendo en cuenta que tenía el trasero en pompa–. ¿Y podría dejarme en el suelo?

Cuando el hombre la dejó en el suelo, se retiró el cabello de la cara y se alisó la falda pintada a mano, que de pronto tenía un roto bastante feo. Miró al hombre, que miraba a Monty.

–Tiene una serpiente sobre la puerta de su cafetería –dijo en tono

sereno, y bajó la vista para mirarla a los ojos.

Aquel par de ojos oscuros enmarcados por un rostro como el de los hombres de los anuncios de Marlboro, la miraron con una mezcla de interés y guasa.

–Es La Cosa –se agachó para recoger el palo y también de paso el sombrero vaquero color beis que se le había caído al hombre.

–Gracias –dijo él, aceptando el sombrero, y al sonreír le mostró una fila de dientes blancos y bien colocados.

–Estaba intentando bajarla cuando entró usted –dijo, y sopló con fuerza para retirarse un rizo de la frente.

–¿Quería atrapar a la serpiente? –por un momento la miró con admiración; entonces bajó la vista y se fijó en lo que tenía para atraparla–. ¿Qué planeaba? ¿Distraerla con un espectáculo de marionetas?

–Esto es para engancharla –dijo, extendiendo el juguete y abriendo y cerrándole la boca.

No resultaba demasiado impresionante, la verdad, y el vaquero tampoco se tragó el cuento.

Sin mediar palabra se subió al taburete para atrapar a Monty.¡Qué suerte había tenido!

–Puedo apañármelas –dijo y tragó saliva–. De verdad.

Su caballero de tejanos descoloridos la ignoró y se centró en la serpiente que descansaba a placer sobre el anuncio de cerveza luminoso.

Entonces el vaquero la levantó con cuidado del luminoso, dobló las rodillas y saltó con gracia al suelo.

–Gracias, pero podría haberlo hecho yo –dijo.

Él la miró como si pensara lo contrario. Seguramente pensaría que era una torpe, solo porque ser una mujer menuda. Y encima había intentado atrapar a una serpiente con una marioneta.

–Me gusta más hacer planeamientos estratégicos que ponerme a atrapar reptiles –dijo ella, para que él no pensara que era tonta.

Él, en cambio, sí parecía estar hecho para el trabajo físico. Tenía los brazos musculosos y el estómago plano. Monty se había enroscado al brazo del hombre, que Lacey notó que estaba bronceado y tenía unos arañazos. También vio que tenía un moretón debajo de un ojo.

–¿Dónde quiere que la deje? –le preguntó en tono casual.

–En la sala de especies sorprendentes de aquí al lado. Yo la llevaré –dijo, tragando saliva solo de pensar en ello.

–¿Está segura? –preguntó, quedando claro que no terminaba de creerla, y eso fue todo lo que le faltó por oír.

–Totalmente.

Extendió los brazos para poder abarcar la serpiente y el vaquero se la desenroscó con tranquilidad del brazo y la colocó sobre los de ella. Cuando la serpiente se enroscó en el antebrazo de Lacey, empezaron a temblarle un poco las piernas. ¿Sentiría Monty su temor? ¿La apretaría más? El tío Jasper había dicho que era dócil como un gato. Pero Lacey se dijo que podría con ella. Y lo haría, a pesar de la duda que se reflejaba en los ojos del vaquero y de el temor que sentía por dentro.

Con toda la voluntad que poseía Lacey ordenó a sus piernas que se

pusieran en movimiento. Un paso más hacia el éxito. Una experiencia que enriquecería su capacidad de decisión. La serpiente que en ese momento le apretaba el brazo era una metáfora de las grandes cadenas que intentaban ahogar un negocio familiar como era Restauración Wellington.

Unos segundos después estaba junto al terrario, con la serpiente cómodamente enroscada en el brazo. El vaquero recogió la tapadera y esperó a que metiera dentro a Monty.

Solo que parecía habérsele agotado el coraje que le quedaba. Para colmo de males, Monty la apretó un poco más. No quería que la metieran en el terrario.

–¿La ayudo?

Lacey asintió, aunque le sentó fatal reconocerlo.

El vaquero dejó a Monty en el terrario, y Lacey colocó la tapadera en su sitio y suspiró.

Se sentía decepcionada; había fallado la primera prueba de su determinación.

–Solía tener una serpiente cuando era niño –se encogió de hombros.

Él no le estaba dando importancia, pero no la respetaba, y eso le dio mucha rabia. Más que nada deseaba que la respetaran. Por eso estaba en aquel pueblo de mala muerte; para crecer como persona, para labrarse un porvenir.

–Soy Max McLane –dijo, tendiéndole la mano–. Trabajo en el rancho al otro lado de la carretera.

–Lacey Wellington –respondió, dándole la mano–. Soy de Phoenix, pero he venido a ayudar a mi tío con el negocio durante un tiempo.

Max McLane le estrechó la mano con fuerza y ella notó que tenía la palma áspera. Aquel sí que era un hombre, y no el consentido y acartonado de Pierce Winslow, vicepresidente de Servicios Alimenticios para Restauración Wellington, con el que había estado saliendo… por cierto, para regocijo de Wade.

A diferencia de Pierce, Max McLane sabía lo que era el trabajo duro. Pierce solo sudaba cuando estaba en una pista de tenis; y para Lacey ese sudor era inútil. Max McLane sudaba por cosas de peso.

Lacey y Max se miraron largamente, y Lacey notó un extraño cosquilleo por todo el cuerpo. Fue una sensación que solo se daba entre un hombre y una mujer, algo rápido e intenso. Con Pierce jamás había sentido nada igual; ni siquiera cuando había ido con esmoquin.

Max también lo sintió; Lacey lo notó en su modo de mirarla, en cómo no podía apartar los ojos de sus labios.

–Seguramente querrá poner algo encima –dijo él.

–¿Perdón?

–Sobre la tapadera –dijo–. Para hacer peso.

–Ah, ya –se refería a la tapadera del terrario, no a su boca.

Corrió a buscar dos sujeta libros, que eran dos escorpiones de ámbar, y los colocó a ambos extremos de la tapa.

–Supongo que tendré que hacerme de un candado –estudió la urna de cristal, y después lo miró–. Bien, no habrá venido al café a forcejear con una serpiente. ¿Qué desea?

–Solo un café –dijo.

Tenía los ojos inteligentes, limpios; la mirada serena, despreocupada. Aquel hombre llevaba una vida sencilla, completamente distinta a la suya. Bruscamente, esos ojos de mirada serena la estudiaron de arriba abajo. Ese hombre la deseaba. ¡Caramba! Jamás había sentido una comunicación tan directa con anterioridad.

–Sígame –dijo, bajando la vista–. Precisamente estaba preparando café cuando el niño abrió la tapadera del terrario –cruzó el arco apresuradamente, sintiendo todo el tiempo que él la miraba por detrás.

Desgraciadamente, el café de la jarra estaba ya frío.

–Parece que está rota –dijo mientras la miraba con curiosidad.

–Tiene que darle al interruptor que está bajo la caja de metal –le dijo Max, señalándole el lugar.

Al hacerlo, la máquina empezó a silbar.

–Ah, sí. Estoy acostumbrada a los modelos más modernos.

No estaba acostumbrada a ningún modelo, en realidad, pero aprender a hacer café, a atender a los clientes y a utilizar la cocina, si acaso se le podía llamar cocina al viejo grill donde Jasper cocinaba, la ayudaría a entender los entresijos del negocio familiar. Eso había hecho Wade cuando había empezado. Ella tenía la certeza de que la experiencia le iría bien, a pesar de que a Wade le había parecido algo innecesario para ella.

–Sé que parece que no tengo idea de lo que estoy haciendo –dijo mientras sacaba lo necesario para preparar más café–, pero estoy fuera de mi elemento.

Jasper había ido a Tucson a encargar una caseta para almacenar sus antiguas obras de arte, que pronto sacarían del almacén de la cafetería. Ella le había asegurado que podría apañárselas mientras él estuviera fuera.

–No creo que atrapar serpientes se le dé bien a nadie –contestó Max.

–En realidad lo mío son los negocios.

Cuando Max no dijo nada, pensó que probablemente él no la creería, de modo que continuó explicándole.

–Mi idea consiste en cambiar totalmente este lugar –tiró el agua y puso un filtro nuevo de café en la cafetera.

–¿Ah, sí? –preguntó, de pronto alerta.

–Sí. Voy a transformar esto en El Café de las Maravillas.

–¿Y para qué hacer eso?

–No se preocupe. Tendremos cafeteras nuevas –como él parecía seguir alarmado, ella continuó explicándole–. Y seguiremos sirviendo comida, excepto que… –se inclinó hacia delante para hablar más confidencialmente– será mejor que la de ahora –se dio la vuelta y echó agua fresca en la máquina–. Serviremos cafés exóticos, combinados y deliciosos postres. Además, vamos a ampliarlo con el almacén de ahí –señaló la pieza adyacente–, de modo que podamos montar un teatro.

–¿Un teatro?

–Oh, sí. La gente podrá venir de noche para disfrutar de música en vivo, lectura de poesía, y otras actividades –al ver su mirada de escepticismo, se dio cuenta de que probablemente él no era un tipo al que le gustara la poesía–. Lo importante es que este sitio será un club nocturno.

–¿Un club nocturno en medio del campo?

–Será estupendo –dijo, llena de emoción–. Esta zona es una mina de oro. Estamos cerca de Tucson, que está bastante en la onda para no ser una ciudad demasiado grande, y no lejos de aquí hay un rancho de vacaciones y un balneario. Con un poco de publicidad, la gente vendrá en manadas.

Se agachó para sacar una taza y un plato para el café, que colocó delante de Max, y seguidamente se incorporó dispuesta a averiguar qué pensaba él de su plan.

Pero él le estaba mirando el pecho. Vaya, tal vez aquel tipo de hombre solo viera a las mujeres como objetos sexuales, pero también podría ser más discreto al respecto.

–Tienes algo ahí –dijo mientras le señalaba los pechos.

Lacey bajó la vista y vio que tenía la pechera manchada de posos de café.

–Vaya –se limpió con el paño que tenía en la mano–. Gracias.

–De nada –arrastró las palabras con suave sensualidad.

Aquel hombre era un pilluelo. Sin duda de los que las dejaba a todas sin aliento. Lacey no habría reparado en que pudieran gustarle los vaqueros, pero aquel le hacía sentir un zumbido por dentro, una especie de calor, que le llegaba hasta los dedos de los pies.

–Parece que tiene planes importantes –dijo, y entonces entrecerró los ojos–. ¿Cuándo será todo esto?

–Mañana mismo empezamos con una limpieza general. Espero poder abrir de nuevo dentro de dos meses.

Cuanta más prisa se diera, más posibilidades tendría de que su hermano no descubriera su plan y estropeara la sorpresa. Sirvió el café recién hecho en la taza de Max.

–Eso va a costar mucho dinero.

–Estoy intentando mantener los costes lo más bajos posibles –frunció el ceño porque aquel tema le preocupaba un poco.

Tenía un dinero ahorrado, pero no era demasiado y sabía que debía tener cuidado.

–¿Qué piensa su tío de esto? Él es el dueño del local, ¿verdad?

–No. Él dirige el local para mi familia. Y él está de acuerdo con mi plan.

Más o menos. Se había negado a cerrar la sala de especies sorprendentes, y ella no se había atrevido a insistir.

–Mmm –dijo tras dar un sorbo de café, aunque Lacey notó que estaba exagerando.

–¿Le apetece un pedazo de la famosa tarta de fresa y ruibarbo del tío Jasper?

–Con esto me basta –dijo, alzando la taza.

–Insisto. El cargar con una serpiente es un duro trabajo –sin esperar respuesta por su parte, Lacey le cortó un pedazo de tarta, lo metió en el microondas unos minutos después lo colocó en un plato que le puso delante–. Invita la casa.

Él se metió un pedazo pequeño en la boca y masticó con cuidado.

–¡Está rica! –exclamó con sorpresa.

–No se sorprenda tanto. Ya verá los postres que voy a tener cuando

termine de remodelar el negocio.

Antes de poder continuar hablando, sonó el teléfono y avanzó hacia el otro lado de la barra a contestar.

–Cafetería de las Maravillas y Sala de Especies Sorprendentes.

–¿Qué pasa? –le soltó su hermano.

–No pasa nada, Wade.

–Pareces nerviosa.

No la extrañaba, entre el episodio de la serpiente y la presencia del vaquero; pero no pensaba decirle nada a su hermano.

–Siempre estás preocupándote por todo –le susurró, dándose la vuelta para que Max no oyera la conversación.

–Eres mi hermana pequeña. Tengo la obligación de preocuparme por ti.

–Ya no. Por favor.

Wade no podía dejar de hacer de padre hasta que viera que era una profesional de los pies a la cabeza. Por supuesto, ella tenía parte de culpa. Hasta el momento siempre se había dejado aconsejar por él. Pero eso se había terminado ya. Una vez que obtuviera el título de licenciada, pensaba tomar sus propias decisiones.

–¿Y qué tal te va? –le preguntó Wade–. ¿Algún problema?

–Por supuesto que no –dijo–. ¿Qué podría pasar en un sitio como este?

Wade la había enviado adrede al restaurante más tranquilo de todos los que poseía la empresa en Arizona para que se aburriera y volviera a casa. Había estado a punto de decirle cuatro cosas, hasta que había investigado un poco y se había dado cuenta de que aquel lugar era un diamante en bruto.

–¿Y el tío Jasper?

–Tan batallador como siempre. No sé de dónde te sacaste que estaba algo débil.

La supuesta mala salud de Jasper había sido la excusa de Wade para enviarla allí. Además, Wade sabía cuánto quería Lacey a Jasper. Tras la muerte de sus padres en un accidente en barco cuando Lacey tenía diez años y Jasper seis más, Wade había tomado el papel de padre, y el tío Jasper se había convertido en el hermano mayor que Jasper era demasiado serio para ser.

A Lacey le había encantado quedarse con Jasper en uno de los pequeños remolques junto al café, le había encantado sentir miedo y emoción por las truculentas exposiciones de la sala de especies sorprendentes.

Lo que más le había gustado había sido verlo trabajar en sus esculturas. Tres años atrás se había roto una pierna y se había semijubilado, como decía él. Ella había estado muy ocupada con la facultad, y apenas le había visto en ese tiempo, con lo cual aquel era un momento ideal para ponerse al día con su tío.

–Estoy bien, Jasper está bien, el negocio va bien, hace buen tiempo y todo va bien, Wade, así que si eso es todo lo que quieres saber…

–Espera –Wade se echó a reír–. Solo quería recordarte que deberíamos hacer la reserva en el Biltmore para tu fiesta de compromiso. En el otoño tenemos un montón de cosas que hacer.

–Wade –avanzó un poco con el teléfono en la mano para apartarse de

donde estaba Max–. No reserves fecha para ninguna fiesta de compromiso. Nadie se ha comprometido.

–Solo es una formalidad, Lace.

–Pierce no ha dicho ni una palabra.

Porque en realidad no veía la necesidad. La creía tan segura, como si fuera otra de las ventajas de su cargo de vicepresidente. Habían empezado a salir poco después de que Wade los presentara. Se llevaban bien. Pierce era inteligente y guapo y tenía buenas intenciones, aunque fuera un poco egocéntrico. Pero lo cierto era que una debía alegrarse cuando veía al hombre amado, ¿o no? Ella se sentía normal con Pierce, demasiado normal. Incluso algo aburrida.

Él tampoco se volvía loco por ella, de eso estaba segura. Le gustaba porque representaba convenientemente el papel de «novia» en su día a día, no porque estuviera enamorado de ella.

–Sabes que quiere casarse contigo –insistió Wade.

–¿Y si soy «yo» la que no quiere casarse con él?

–No lo rechaces solo porque me guste a mí –le dijo Wade con recelo–. Pierce es bueno para ti.

–Tal vez quiera a alguien malo para mí –su mirada voló hasta Max McLane, que en ese momento estaba comiéndose su tarta.

–¿Cómo puedo tomarte en serio cuando dices cosas así? –dijo Wade–. Hablas como una adolescente rebelde.

–No importa.

Tal vez fuera demasiado romántica en lo referente al amor, pero estaba bastante segura de que no estaba enamorada de Pierce. Desde luego no quería casarse con él.

–No planees nada. Yo hablaré con Pierce. En este momento tengo trabajo.

–¿Trabajo? Los únicos que pasan por ahí son los turistas que entran a ver el museo del desierto. ¿Qué intentas demostrar, Lacey? No necesitas aprendizaje. Aquí en la empresa tienes bastante.

–No quiero un trabajo de marketing.

–Lo harás de maravilla. Tienes ideas nuevas. ¿Recuerdas esa de montar un restaurante cine?

De acuerdo, había sido una idea interesante pero los costes eran impresionantes. Wade la había descrito como «bonita», y ella se avergonzaba cada vez que lo recordaba.

Pero las cosas habían cambiado. Ella ya había terminado la carrera. Había hecho las prácticas en una empresa de software y en un banco. Sabía algo de marketing y de dirección de proyectos. Incluso había rechazado dos ofertas de trabajo de dos empresas de tecnología punta para contribuir en el negocio familiar, para ser parte de algo importante, no una pieza más en la pirámide de una empresa. Pero ni siquiera eso había sido suficiente para hacer cambiar de opinión a su hermano.

–No querrás sufrir los quebraderos de cabeza que he sufrido yo –dijo Wade–. Créeme. En la facultad te lo ponen todo de color de rosa. Esto es el mundo real. Hay muchas presiones y riesgos. Nos ponemos objetivos muy duros, y cuando no los conseguimos tenemos que tomar decisiones

difíciles.

Wade pensaba que la estaba protegiendo. Lo cierto era que él no la creía capaz de formar parte de su equipo directivo. El problema era que no la respetaba, simple y llanamente.

Pues bien, ella no pensaba seguir pidiéndole que la respetara; pensaba ganarse el respeto de su hermano. Del modo más difícil. Con su propio dinero y su propio esfuerzo. Cuando terminara, El Café de las Maravillas estaría lleno de clientes, disfrutando del entretenimiento y conociendo a gente nueva.

Entonces Wade le daría la bienvenida a su equipo directivo, y ella decidiría sobre el futuro de la empresa familiar. Pero lo primero era lo primero.

–Tengo que dejarte, Wade. Los clientes me están esperando.

–De acuerdo, pero manténme informado.

–Nunca abandonas, ¿verdad? ¿Qué podría ir mal?

–De acuerdo, de acuerdo.

–Adiós, Wade.

Colgó y se volvió a mirar a Max McLane, que en ese momento se estaba limpiando la boca con una servilleta. Pero a pesar de eso tenía aspecto de duro; de duro y de malo, de muy malo. Nacido para romper corazones. Se estremeció y sintió que se sonrojaba. Parecía que los vaqueros le gustaban especialmente.

Max era tan natural, tan distinto a Pierce. Estaba segura de que no doblaría la ropa a los pies de la cama antes de hacer el amor como hacía Pierce. Seguramente tiraría los tejanos al suelo y a la mujer sobre la cama, o sobre un carro de heno, y se pondría a ello. Vaya… Se estremeció solo de pensarlo. Estaba segura que utilizaría a las mujeres como si fueran pañuelos de usar y tirar.

Y, de pronto, deseó ser la siguiente.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Max la miró desde el otro extremo de la barra y sonrió.

–Cuando quieras.

–¿Cómo? –pestañeó, y enseguida se dio cuenta de que había dicho que la tarta estaba buena de veras.

Max se puso de pie, dejó un billete sobre la mesa, se colocó el sombrero y echó a andar hacia la puerta.

Cuando la puerta se cerró, recordó que había dicho que invitaba la casa. Agarró el billete y corrió a la puerta.

–Señor McLane –lo llamó desde la puerta, con voz algo trémula después de haberse fijado en su estupendo trasero–. ¡Invitaba la casa!

Él se volvió.

–No, gracias. Con los pocos clientes que pasan por aquí, no puede permitirse fugas en el inventario.

Por un instante se preguntó cómo un hombre que normalmente viviría de un salario podía decir algo como «fugas en el inventario», pero enseguida se distrajo por el movimiento de sus piernas y su trasero. ¡Dios bendito!

No sabía lo que le pasaba, pero una mujer a la que le temblaban las

piernas solo de ver a un vaquero comiéndose un pedazo de tarta no estaba lista para casarse, de eso estaba segura. Tendría que hablar con Pierce y aclarar el asunto. Además, tenía muchas cosas en la cabeza con el café. El café y el vaquero. Oh, sí, el vaquero.

Capítulo Dos

Con el sabor a tarta de fresa y ruibarbo y a café aún en la boca, Max hizo una mueca al tiempo que llegaba al porche de la casa del rancho. Le dolía todo. No era de extrañar que los vaqueros tuvieran las piernas arqueadas. Había tenido bastante de alambradas, ampollas y estiércol de vaca para que le durara toda una vida.

Por un instante echó de menos tener una bonita hoja de cálculo en la que trabajar, pero enseguida desechó ese pensamiento. Él había querido abandonar ese trabajo; había buscado la satisfacción de trabajar con las manos, tal y como había hecho su padre.

En cuanto terminara su trabajo y el favor que le habían pedido, tenía planeado ponerse a trabajar con un equipo de construcción para aprender el oficio. De modo que un par de meses más de ampollas, alambradas y golpes en la rabadilla y habría terminado lo que quería hacer.

Y, hablando de la rabadilla, recordó que se había dejado el linimento en el barracón. Buck, el capataz, se había burlado de él diciéndole que era un delicado chico de ciudad.

De acuerdo, no tenía alma de vaquero. Claro que no se había enterado hasta que no lo había probado.

Se detuvo a la puerta al percibir el aroma del perfume de Lacey Wellington que parecía emanar de su camisa, y pegó la nariz a la tela. Era un perfume exótico y fresco, como a margaritas silvestres. Sonrió al recordar lo que había sentido cuando la había agarrado de las piernas; Lacey tenía un cuerpo suave, de carnes apretadas.

«Olvídalo, McLane», pensó. El negocio que tenía con Lacey Wellington no dejaba espacio para nada que fuera ni remotamente sexual, excepto en los inquietos sueños que tendría sobre el duro camastro del barracón.

En ese momento lo que más deseaba era darse un buen baño caliente y un buen masaje con un linimento, pero primero debía hacer algo. Fue a la cocina y marcó el número en el teléfono. La secretaria lo pasó enseguida.

–Soy Max –le dijo a Wade Wellington–. Tu hermana está establecida ya, sana y salva.

Y tremendamente sexy, se dijo para sus adentros.

–¿Has conocido a Lacey? –preguntó Wade.

–Sí, nos hemos conocido.

–¿Y ha creído que eres un peón del rancho?

–Eso es lo que soy. Y tengo quemaduras de soga y moretones para demostrarlo.

Wade se echó a reír.

–¿De modo que la vida del rancho no es lo que esperabas?

–Me voy haciendo a ella poco a poco. Ayer solo me caí de culo una vez.

Wade volvió a reírse.

–Bien. Espero que con esto se te quiten las ganas de trabajar con las manos, y que vuelvas a nosotros. Aquí te necesitamos.

–Como he dicho, Wade, agradezco todo lo que has hecho por mí, pero la contabilidad se ha terminado para mí.

Seis meses atrás se había presentado voluntario en una empresa sin ánimo de lucro que construía casas para personas con bajo presupuesto utilizando materiales y mano de obra donados. Justo después de la muerte de su padre, había llegado una invitación por correo a nombre de su padre, un carpintero profesional. Cuando Max había llamado para rechazar la oferta en nombre de su progenitor, se había enterado de que también necesitaban trabajadores sin experiencia; de modo que impulsivamente, y en honor a su padre, se había apuntado para formar parte del equipo de fin de semana. Había disfrutado de cada momento del trabajo, a pesar de los martillazos que se había dado en los dedos, y había sido una manera de sentirse más cerca de su padre.

Después de ver la alegría de las personas a las que había ayudado a construir sus casas, una hoja de cálculo se le había antojado desprovista de satisfacción alguna. Deseoso de que su hijo llegara más alto que él, el padre de Max había insistido mucho para que fuera a la universidad, quitándole con ello importancia a su trabajo. De modo que por esa razón Max había decidido seguir los pasos de su padre, si no en la carpintería, al menos en la construcción.

–Pero eres un contable de primera –se quejó Wade, continuando con la discusión que habían mantenido tres semanas atrás, cuando Max había dimitido de su trabajo de director del departamento de contabilidad en la oficina de Tucson de la empresa que regentaba Wade–. ¿Por qué rechazas ese don que tienes?

–Sé lo que hago, Wade –le debía mucho a Wade, pero había llegado el momento de hacer lo que a él le apetecía–. Además, no he echado a perder del todo mis conocimientos de contabilidad. Hice un análisis del presupuesto para el alimento del ganado para ahorrar algo de dinero en invierno, aunque a Buck no le interesa lo que pueda decir un chico de ciudad.

–No te sientas mal. Según he oído, Buck no respeta a nadie que no sea capaz de beberse de un trago un cuarto de litro de tequila.

–Creo que perdí toda credibilidad con él cuando le pregunté dónde había una lavandería. «¿Para qué quieres cambiarte de camisa?», me dijo. «¿Crees que a los animales les importa cómo huelas?» Está seguro de que soy gay.

–Deberías haberle dicho que lo que querías era llevarte a una mujer a la cama. ¿No fuiste tú el que me dijiste que una de las cosas que más excita a las mujeres es una camisa limpia y recién planchada? Tú solías prestarme tus camisas limpias en la fraternidad cuando quería ligarme a alguna chica.

Max había sido un chico de clase obrera que había estudiado en Claremont College gracias a una beca. Eso no había parecido importar a Wade y al resto de sus compañeros, que lo habían valorado como

compañero de estudios y habían apreciado su sentido del humor.

Nada de eso había importado hasta que había conocido a Heather. Ella le había mostrado el abismo inabarcable que existía entre ellos. No había tenido inconveniente en jugar con Max, pero cuando las cosas habían ido más en serio, ella lo había sustituido por alguien que pertenecía a su mundo. Max había aprendido junto a ella una lección, y había sido que nunca debía olvidar quién era.

En el presente estaba seguro de que cuando se decidiera en serio por alguien sería una persona que compartiera los mismos valores que él y que supiera lo que de verdad importaba en la vida.

Y no estaba buscando nada; tenía toda la vida por delante. Con solo treinta años tenía tiempo suficiente para enamorarse de la mujer adecuada.

–En realidad, Buck me dijo que estaba contento de que estuvieras ahí –dijo Wade, devolviendo a Max al presente–. Dice que le recuerdas a su hijo, que solía ir a trabajar al rancho durante los veranos –Wade hizo una pausa–. De verdad, Max, significa mucho para mí que estés vigilando a Lacey. Jasper es demasiado despistado para ser de mucha ayuda.

–Me alegro de estar haciéndolo –mintió, más inquieto que nunca después de haber conocido a Lacey.

A Max le había alegrado que Wade le ofreciera el trabajo para echarle una mano a Buck en el rancho. El dinero no le iría mal hasta que empezara el trabajo en la construcción, y la idea de ser un vaquero durante un tiempo se le había antojado atractiva; le apetecía trabajar al aire libre y realizar un trabajo físico duro.

Entonces Wade le había pedido el favor. Esperaba que Max vigilara en secreto a su hermana, hasta que esta se cansara de preparar café malo y de vender tarántulas de goma y volviera a su bonito y seguro trabajo en Phoenix. Max sintió que estaba en deuda con Wade por darle un empleo bien pagado en la oficina de Tucson tres años atrás, cuando su padre se había puesto enfermo y lo había necesitado a su lado. En ese momento el favor que Wade le había pedido le había parecido poco para un viejo amigo. Y por lo que Max había visto, la mujer necesitaba que alguien la vigilara. Ni siquiera sabía preparar café.

–¿Y dime, qué tal le va? –preguntó Wade–. ¿Algún problema?

Max pensó en la serpiente encaramada sobre la puerta, en la marioneta de plástico con la que Lacey había pretendido atraparla y en la idea de transformar la vieja cafetería en un café.

–Está en ello –dijo–. Quiere convertir el local en un café con sala de conciertos.

–¿Cómo?

Max repitió lo que le había contado Lacey.

–Oh, por amor de Dios –gimió Wade cuando Max terminó de hablar–. Es tan típico de Lacey idear algún plan grandioso. Debería haberla enviado al local de Scottsdale, donde la habrían mantenido ocupada. Cree que tiene que demostrarme algo. Pero yo solo quiero que tenga un buen trabajo, que se case y sea feliz. ¿De dónde se ha sacado la idea de que ese lugar puede ser un café?

–Parece que tiene algunas teorías –dijo Max.

–Estupendo. Ahora tengo que ser el malo de la película y decirle que no. ¿Cómo piensa financiar ese proyecto?

–Dijo que tenía algo de dinero.

–Sé que tiene algo de dinero ahorrado, pero no puedo dejar que se lo gaste en eso. ¿Acaso ha elaborado un presupuesto adecuado?

–De eso no sé nada.

–¿Ha contratado a alguien para llevarlo a cabo?

–Tampoco sé nada.

–Maldita sea.

Wade tenía razón para preocuparse. Lacey tenía tantas posibilidades de convertir aquel local polvoriento en dinero como Max de ganar un rodeo, pero se sentía muy mal por haberla traicionado. No podía olvidar el brillo de sus ojos verdes cuando le había hecho partícipe de su proyecto, mientras le preparaba aquella taza de café aguado.

–Si le pongo impedimentos, no dejará de darme la tabarra –dijo Wade.

–Tal vez ella misma se dé cuenta de lo que va a hacer –dijo Max en defensa de Lacey.

–No conoces a Lacey. Es terca como una mula.

–Tal vez pueda convencerla para que lo deje –dijo Max.

–¿Crees que podrás hacerlo?

–Claro –mintió.

Era un bocazas. Pero la verdad era que las mujeres con coraje y los ojos verdes le volvían loco.

–Si tú la convencieras para abandonar la idea, no tendría por qué saber que yo he tenido nada que ver con ello –continuó Wade–, y de ese modo su orgullo no la empujaría a exagerar.

–Supongo.

–Sí, eso sería estupendo, Max. Ayúdala a que vea lo descabellado de la idea, y a que se dé cuenta de lo feliz que sería en Phoenix, donde la esperan un estupendo trabajo, un futuro lleno de posibilidades y su prometido.

–¿Su prometido?

Por alguna razón, aquello lo molestó.

–Sí. Pierce Winslow. Trabaja para mí. Y es un buen amigo. Es perfecto para Lacey.

–Qué bien.

–No la pierdas de vista –dijo Wade–. Sé como un hermano mayor para ella –continuó–. Mi sustituto, ya que a mí no quiere escucharme.

Lo malo era que cuando pensaba en Lacey, no tenía ganas de ser su hermano mayor.

Colgó el teléfono y se quedó pensando en su nueva y más compleja misión. De algún modo tenía que ganarse la confianza de Lacey y desviarla de su plan, pero sin herirla en su amor propio. ¿Cómo demonios iba a hacer eso?

Supuso que tendría que acercarse más a ella. Solo de pensar en eso, sintió un latigazo de deseo. Bueno, no tan cerca. Estaba prometida a un ejecutivo de la empresa, de modo que ni siquiera se fijaría en un vaquero;

aunque, si mal no recordaba, le había echado un par de miradas especulativas mientras se comía la tarta de Jasper. Esperaba que el resto de la comida fuera tan buena como esa tarta, porque a partir de ese día iba a hacer muchas comidas en la cafetería.

A media tarde del día siguiente, Lacey iba arrastrando otra de las esculturas de Jasper, un cucurucho de casi tres metros de altura, al patio. Se detuvo un momento para limpiarse el sudor de la frente.

Ramón, un artista de *graffiti* amigo del tío Jasper, había hecho algunas pinturas con pincel de aire y barría el café. Cuando le apetecía.

–Ya no me acordaba de esta –Jasper le gritó a Lacey delante de una escultura de un hombre y una mujer abrazados, hecha de piezas de metal oxidado.

–¡Fabulosa! –exclamó Lacey–. Pero tenemos que seguir sacando cosas, ¿recuerdas? ¿Ramón, podrías echar una mano?

Pero Ramón estaba ocupado pintando parte de la escultura.

Lacey, que trabajaba casi sola, apenas había limpiado una cuarta parte del almacén donde irían el escenario y los asientos. El plan era meter todo lo que no pudieran tirar en una especie de caseta para almacenar que llegaría al día siguiente.

Lacey se sentó en un champiñón hecho de escayola y pintado a lunares. Exhausta, frustrada y dolorida, miró los escombros y deshechos que cubrían el patio, por donde se dijera que había pasado un tornado.

Estaba claro que ni Jasper que estaba ocupado con otra escultura ni su amigo iban a ayudarla. Tendría que buscar a un par de ayudantes, junto con el obrero que había contratado para construir el escenario, para cambiar las cañerías e instalar el equipamiento nuevo en la cocina.

Miró hacia el otro lado de la carretera, donde su mirada se fijó en Max McLane, que trabajaba debajo de un Jeep en el camino de grava que llevaba a la casa del rancho. Al ver sus piernas fuertes saliendo por debajo del vehículo, el corazón le dio un vuelco. Además de vaquero, era mecánico. Mmm…

¿Pero qué diablos le ocurría? ¿Se le hacía la boca agua por un simple peón de rancho con el problema que tenía entre manos? El teléfono móvil que llevaba en el bolsillo de los pantalones cortos empezó a sonar, y Lacey lo sacó y lo abrió.

–Hola, Wade –dijo, intentando no aparentar estar molesta por la segunda llamada de su hermano en el mismo día.

–Soy Pierce.

–Ah, Pierce. Hola.

Había pensado llamarlo esa noche con un discurso cuidadosamente planeado. Le sentaba fatal tener que hacer ese tipo de cosas por teléfono, pero ni siquiera le parecía bien tener fantasías con un vaquero mientras estuviera con Pierce.

–¿Qué pasa? Pareces cansada.

Lacey frunció el ceño, sintiendo la conocida sensación de agobio. Pierce la trataba igual que su hermano, como a una niña pequeña.

–No pasa nada, Pierce. Tenemos que hablar…

–Caramba, parece preocupante –dijo con exagerada alarma.

–Detesto hacer esto por teléfono, pero…

–No pasa nada, Lacey –Pierce se echó a reír–. Wade dijo que te sentías algo rara con lo del compromiso. ¿Qué te parece si me acerco este fin de semana, te invito a cenar y cerramos el trato?

–¿Cerrar el trato? ¿Qué es esto? ¿La fusión de dos empresas? –dijo mientras alzaba las manos con frustración.

–Ya sabes a lo que me refiero –dijo Pierce–. Resulta incómodo hablar de sentimientos por teléfono –hizo una pausa–. Te quiero –susurró–. Eso es lo que querías oír, ¿no?

–No, no lo es. Lo que hay entre nosotros no es amor, Pierce. Es inercia.

–¿Inercia? ¿Entonces es por lo de la otra noche? Te dije que sentía haberme dormido a mitad de… lo que estábamos haciendo, pero había tenido un día horrible y…

–No se trata del sexo, Pierce.

–¿Entonces de qué? Nos llevamos bien. Nos lo montamos bien en la cama, cuando estamos despiertos, claro, y hacemos buena pareja. ¿Qué más quieres?

Una intensa pasión, una intimidad real y tener un alma gemela, pero no quería que él la sacara de su sueño más codiciado. Lo único que sabía era que su relación ni siquiera se acercaba a eso.

–Tiene que haber más, eso es todo. Para los dos.

–Has estado leyendo demasiadas novelas rosas, Lacey. Sé realista.

–Soy realista, Pierce. ¿No notas que falta algo? No te vuelvo loco de alegría, ¿no es así?

–¿Loco de alegría? Vamos, Lacey. El matrimonio es una asociación, no corazones y flores. Y tú y yo seríamos unos socios estupendos.

Ya estaba con la terminología de los negocios.

–Ambos merecemos algo más. El estar aquí me ha ayudado a ver todo con más claridad –fijó la mirada en el trasero perfecto de Max, que en ese momento se inclinaba sobre el motor.

Pierce se quedó callado unos segundos, y entonces dijo:

–Tú no eres así, Lacey.

–Sí, lo soy. Por primera vez en mucho tiempo, soy «yo» misma.

Sabía lo que quería e iba a conseguirlo. De repente se dio cuenta de que no había dejado de mirar a Max McLane. Lanzó una llave inglesa al suelo con gesto de fastidio.

Pierce suspiró con impaciencia.

–Voy a darte un tiempo para que se te pase.

Lacey no quería que se le pasara.

–No me lo pongas más difícil, Pierce. Si eres sincero contigo mismo, te darás cuenta de que tengo razón.

–Lacey –intentó hablar con firmeza, pero ella captó cierta vacilación.

Se daba cuenta de que estaba dolido.

–Encontrarás a la mujer adecuada para ti, Pierce –le dijo en tono suave, pues no quería herirlo–. Solo que esa mujer no soy yo –se limpió el sudor de la frente y de pronto vio que Jasper, que había estado pegando

martillazos, se tambaleaba y se sentaba en el suelo; tal vez a causa del calor–. Tengo que ayudar a mi tío Jasper. Piensa en lo que te he dicho. Adiós, Pierce.

Se metió el teléfono en el bolsillo y corrió junto a su tío.

–Me ha dado un pequeño mareo, eso es todo –le dijo Jasper, e hizo un gesto con la mano para quitarle importancia al episodio mientras se ponía de pie.

Aun así tenía la cara colorada y sudorosa, y parecía respirar con dificultad.

–Tienes que meterte a la sombra –dijo ella, que inmediatamente lo agarró por el codo y le condujo hacia el porche del café–. Estás haciendo demasiado esfuerzo.

–¿Esfuerzo? Por supuesto que no, maldita sea.

Ramón salió del taller con dos botes de pintura en las manos, pero nada más verlos los dejó en el suelo y cruzó el patio corriendo con expresión alarmada.

–¿Qué ocurre?

–Jasper está agotado. ¿Quieres traer un poco de agua y una toalla húmeda?

Ramón asintió y entró corriendo en el café.

–Me siento tan bien de poder meterme de nuevo con cosas más grandes –le dijo Jasper; señaló hacia los escombros que había en el patio y suspiró con nostalgia–. Tal vez me esté haciendo demasiado mayor para esto.

–Por supuesto que no eres demasiado mayor.

Ramón salió en ese momento con el agua y la toalla empapada, y tras beber y refrescarse un poco Jasper pareció mejorar.

–Me gustaría empezar a trabajar con un material que vi en una escombrera en Tucson –Jasper puso cara de lástima–. Pero no tengo sitio para guardarlo. Mi taller es demasiado pequeño y necesitaré algo de sombra si quiero seguir trabajando. Qué pena que acabamos de comprar esa nueva unidad de almacenamiento.

En cuanto se aseguró de que Jasper estaba bien, Ramón se metió de nuevo en el local a preparar algo de comer.

–Supongo que podríamos comprar una unidad mayor…

Los ojos azul pálido de Jasper la miraron fijamente.

–Sí que tenían unas de metal a muy bien de precio. Prefabricadas, claro.

–¿Ah, sí?

Lacey sintió la trampa de Jasper pillándole los talones.

–Sí. Es lo suficientemente grande para poder meter todas estas esculturas y aún quedaría sitio para montar el taller.

–Jasper, no tengo dinero suficiente para comprar otra unidad.

–Sería barata. Con lo mínimo, electricidad para mis herramientas y un buen sistema de aire acondicionado.

–Entiendo –dijo–. Dame el número de la tienda, y llamaré para preguntar por esa unidad mayor –dijo con resignación.

–No hace falta. Más o menos ya les he dicho que me la reserven.

Lacey sabía que cualquier profesor de empresariales le pondría un cero por desviarse de su meta, pero todo plan sufría reajustes. Además, hacer

feliz a Jasper era tan importante como demostrarle a los demás su valía. Ya se las arreglaría para sacar todo adelante.

Ramón salió en ese momento con una fuente de hamburguesas.

Lacey agarró una y le dio un mordisco.

–Mmm –miró a Ramón–. Está muy buena. ¿Cómo la has hecho?

Las hamburguesas de Jasper sabían a cartón, pero aquella se le deshizo en la boca.

–He mezclado salchichas con la carne picada, y después lo he cocinado a fuego lento. Nada especial –se encogió de hombros.

Vaya… Lacey pensó de nuevo en su negocio.

–¿Te gusta cocinar, Ramón?

–Sí…

–Tal vez podrías ayudarme un poco en la cocina –entonces vio que Ramón la miraba con interés–. Si eres bueno, te pagaré.

–¿Podré hacer la compra yo? –preguntó Ramón.

–Si eres bueno, ¿por qué no?

–Oh, soy bueno –dijo, y Lacey vio un brillo de orgullo en la mirada.

–De acuerdo –le dijo, ofreciéndole la mano–. Es un trato.

Ramón sacudió la cabeza con sobriedad.

–Muy bien.

Lacey sintió una gran satisfacción. Tal vez habría dejado que el tío Jasper la convenciera para comprar la otra estructura, pero acababa de tomar una buena decisión para el negocio. Sencillamente no debía dudar de sí misma. Cada vez que notaba que su hermano no tenía fe en ella, se echaba a temblar. Lo mismo le pasaba con Pierce. Pensándolo bien, Pierce ni siquiera creería que había roto con él.

Pero lo suyo había terminado. Para siempre. Aunque Pierce fuera bueno para ella, Lacey no lo quería. Lo que quería era… su mirada volvió al otro lado de la carretera… a Max McLane. Sí. Quería acostarse con Max McLane. Jamás en su vida había tenido una aventura, con todo lo que conllevaba de libertad y emoción. Siempre había mantenido relaciones serias y aburridas. ¿Acaso no se merecía algo emocionante? Los hombres lo hacían continuamente.

Un lío pasajero le haría ver las cosas desde otra perspectiva para el día en que se enamorara de verdad. Al menos sabría lo que quería en la cama. Y Max sería el hombre adecuado. Era un vaquero, un hombre independiente. Un romance con él sería la manera perfecta de dejar atrás su antigua vida y prepararse para la nueva.

Lo haría. Claro estaba, si él mostraba interés.

Una vez tomada la decisión, pensó que la mejor manera sería sugerirle que tomaran una cerveza en algún bar texano, y el resto lo dejaría en manos de Max McLane.

Con el corazón latiéndole muy deprisa, Lacey fue a su caravana a darse una ducha. Aquella era la nueva Lacey, se recordó, la que iba a agarrar al toro… o al vaquero en ese caso… por los cuernos.

La que se aferraba a la vida.

Capítulo Tres

Solo debía cambiar el filtro y el aceite, le había dicho Buck. Max había trabajado en su viejo Karmann Ghia cupé en la facultad, pero los bajos de aquel Jeep eran totalmente distintos; y el manual de instrucciones no parecía servir de mucho.

Soltó unos cuantos insultos, y entonces oyó el ruido de pasos sobre la grava. Cuando volvió la cabeza vio unos dedos de unos pies, pequeños y regordetes con las uñas pintadas de un rosa rabioso, embutidos en un par de sandalias de tacón muy a la moda.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó la dueña de los pies.

Era Lacey Wellington. Se puso de cuclillas e inclinó la cabeza para poder mirarlo.

–Cambiando el aceite –dijo, intentando ahogar su frustración.

–¿Y no va bien la cosa?

–Sí… va… bien… –pronunció, girando la llave inglesa con cada palabra.

–Si eso va bien, no quiero ni oírte cuando algo vaya mal –dijo–. Me ha parecido oírte soltar unos cuantos improperios mientras cruzaba la carretera.

Max percibió su perfume y sintió que ese aroma lo acariciaba por dentro. Vio que ella evaluaba su trabajo.

–Vas a necesitar algo para recoger el aceite.

Sí. Justo lo que él había pensado.

–Sé lo que hago.

En ese momento se le fue la llave inglesa, saltó el cable, y un chorro de aceite espeso le salpicó en la cara y el pelo. Max se retiró enseguida, pero al hacerlo se arañó los nudillos con los bajos del coche.

–¡Pfff! –escupió el aceite que le había entrado en la boca–. ¡Ah! –salió rápidamente de debajo del coche, sacudiendo la mano herida–. ¡Hijo de… su madre! ¡Maldita sea! –escupió un poco más.

–Oh, Dios mío –dijo Lacey mientras se ponía de pie–. Iré por algo –se metió en el garaje y salió al momento–. ¡Toallas de papel! –exclamó Lacey mientras avanzaba hacia él con un rollo en la mano.

–Estoy bien –dijo mientras ella le limpiaba la cara con empeño.

–No, no lo estás. Estás cubierto de aceite –le miró la mano–. Y tienes la mano llena de sangre. Deja que vaya a buscar el botiquín que tengo en la cafetería –le puso la toalla de papel en la mano y echó a andar con sus sandalias de tacón.

Max no pudo evitar apreciar el bonito movimiento de su trasero.

Mientras ella estuvo fuera, se quitó la camiseta y la fregó con un poco de jabón que había en la pila de porcelana del garaje.

A los pocos minutos oyó pasos y vio que volvía a toda prisa con un bote

de agua oxigenada y un paquete de gasas en una mano, un rollo de esparadrapo en la otra, y los pechos balanceándose suavemente al caminar.

Llegó hasta él, se detuvo bruscamente y abrió los ojos como platos.

–Vaya… –suspiró con sorpresa mientras se fijaba en su torso desnudo.

A Max le resultó extraño. En el rancho hacía ejercicio, pero no musculación.

Lo único que decepcionó a Lacey del torso desnudo que tenía delante fue que no tuviera ningún tatuaje. Tenía unos músculos bonitos, aunque no demasiado trabajados, y el estómago plano. Se había lavado y tenía la cara y el pecho cubiertos de diminutas gotas de agua. Una tira de vello fino y oscuro le bajaba desde el pecho hasta la cinturilla del pantalón. Tenía el cabello negro, brillante y de aspecto suave.

Lacey se dio cuenta de que aquel podría ser el momento perfecto.

–Estoy bien, en serio –dijo Max, y levantó la mano para evitar que ella le aplicara aquel pedazo de algodón empapado en agua oxigenada.

–Debemos evitar la infección –contestó Lacey, intentando utilizar un tono sensual al hablar.

Mientras le limpiaba los nudillos con el algodón, le tembló un poco la mano.

–¡Ay! ¡Cómo quema!

–Venga, no seas niño –le soltó antes de poder contenerse; insultar su hombría no era un buen comienzo para seducirlo–. Lo siento –se disculpó, y con mucho cuidado le colocó una gasa sobre la herida y partió una tira de esparadrapo del rollo con los dientes.

–Ya está. Mucho mejor –dijo cuando hubo completado las tareas de enfermería.

Lo miró a la cara y tragó saliva, mientras pensaba en cómo sugerirle que salieran a tomar una cerveza. Pero las palabras se le atascaron en la garganta. En sus ojos oscuros vio algo que le impidió hablar.

–Gracias –dijo, y señaló la capota abierta del Jeep–. Será mejor que vuelva a ponerme.

Él quería que ella se marchara; lo malo era que ella aún no le había invitado a salir. No podía marcharse sin hacer planes.

–Únicamente no te olvides de ponerle el tapón al depósito del aceite o se te volverá a salir –dijo para continuar conversando con él.

–Para ser una mujer que no sabe hacer café, pareces saber mucho de motores –dijo con irritación.

–Para tu información, una vez di una clase. ¿Y tan malo estaba el café?

La miró y suspiró.

–Siento estar de mal humor. Solo es que no necesito ayuda alguna, ¿de acuerdo?

–Supongo que solo quería devolverte el favor por ayudarme a atrapar la serpiente.

–Claro.

Entonces se miraron.

Lacey aspiró hondo y se lanzó.

–Estaba pensando que… tal vez… pudiéramos salir a… ¿tomar una cerveza?

–O a cenar –se apresuró a decir Max–. ¿Qué te parece cenar?

–Estupendo.

Vaya, no había estado tan mal. Por fin se había atrevido a invitarlo a salir.

Max, por su parte, sintió una alegría indescriptible. Lacey había caído en la palma de su mano como una ciruela madura. Durante la cena sería el momento perfecto para empezar a hablarle de abandonar la idea de reformar el café.

–Te recogeré a las siete –le dijo él.

–Muy bien. La caravana de la izquierda es la mía –dijo ella, y señaló hacia las dos caravanas junto al café, al otro lado de la carretera–. Hasta luego –dijo, y se marchó corriendo con sus tacones, dejándole los sentidos embriagados con el aroma a flores de verano.

Tenía una cita con Lacey. Fantástico. Excepto que tenía miedo de que su entusiasmo tuviera menos que ver con el favor que le había pedido Wade que con el modo en que Lacey se había pasado la punta de la lengua por aquellos labios sensuales y rosados.

Se dijo para sus adentros que esa noche sería un encuentro estrictamente serio y formal. Solo iba a cumplir su deber. De pronto recordó algo que le dejó preocupado. Él le había pedido a Lacey que salieran a cenar, pero momentos antes ella le había invitado a tomar una cerveza. ¿Por qué? Sabía lo que él quería de ella esa noche, ¿pero qué querría ella de él? ¿Compañía? ¿Amistad? Posiblemente. Esperaba por el bien de todos que no fuera otra cosa. Otra cosa húmeda, caliente y desnuda. Porque, a juzgar por el modo en que le había arrancado la serpiente de las manos, se veía que podía ser una mujer muy testaruda. Y tal vez él no estuviera por la labor de resistirse.

Le costó ducharse dos veces con jabón industrial para quitarse el resto del aceite del pelo y la cara, pero Max llegó a tiempo a la puerta del trailer de Lacey en la vieja furgoneta de Buck. Se había pasado también una hora limpiando la furgoneta, quitando la paja, el barro, el pelo de caballo y el sudor que Buck y el resto de los peones del rancho habían dejado impregnado en el interior de la cabina.

Lacey lo estaba esperando a la puerta de su caravana, con un atuendo tan sexy que se le paró el corazón al verla. Llevaba un vestido elástico en color rojo con un escote de pico que realzaba la turgencia de sus senos, y unos zapatos de tacón a juego.

Según su experiencia, cuanto más ajustado y más corto fuera el vestido de una mujer, más posibilidades había de que ella quisiera acostarse con el hombre en cuestión. Eran matemáticas simples. Con eso en mente, medio imaginó que ella lo desnudaría en el coche. ¿Pero por qué él? ¿Y por qué iba tan deprisa? No le había parecido de las que se metían en la cama con un hombre a la primera oportunidad. Y supuestamente estaba prometida.

De una cosa estaba seguro. Se había vestido así para decirle algo, y su cuerpo había recibido el mensaje sin ningún problema.

Salió de la camioneta y se acercó a ella.

–Estás muy bonita –se limitó a decir, para no parecer el lobo de Caperucita.

Tenía un cuerpo esbelto y menudo, y una melena entre rubio y rojizo cuyos mechones rizados le caían con gracia sobre los hombros. Sus movimientos eran como los de un duendecillo, cosa que le daba un aspecto de niña, hasta que uno captaba la seriedad y la inteligencia reflejada en aquellos preciosos ojos verdes.

Él le dio la mano y la ayudó a subirse a la camioneta.

–Gracias –dijo una vez sentados, mientras él se fijaba en los muslos de piel blanca que quedaban al descubierto.

No llevaba medias. Caramba… Y parecía que no se le notaban las braguitas tampoco…

–Tú también tienes buen aspecto –dijo Lacey–. Muy… texano.

Él se echó a reír.

–Claro.

–Lo siento. He dicho una estupidez. Solo es que nunca he salido con un vaquero.

Por su manera de hablar, Max entendió que al decir que nunca había salido con un vaquero, se refería a que nunca se había acostado con uno. Vaya, vaya. De modo que eso era lo que quería Lacey. Qué poco sabía ella que en realidad él era un contable con los muslos irritados.

Dio la vuelta y se metió en el coche a su lado, esperando poder mantener la cosa tranquila.

–Esto está muy limpio –dijo Lacey mirando el interior de la cabina–. Ni siquiera huele demasiado mal.

–Vaya, gracias –respondió él con ironía.

Como ella le dijo que quería ir a un sitio típico texano, dio la vuelta y se dirigió a un local donde Buck le había dicho que servían cerveza y hamburguesas de calidad.

La Vaquería de Leo tenía las paredes de madera, el suelo cubierto de serrín, el ambiente cargado, una máquina de discos de donde salía una melodía country y un mar de sombreros y botas de punta.

–¿Es suficiente para ti? –le preguntó.

–Si es aquí donde tú vienes –contestó Lacey–. Quiero que te sientas a gusto.

Ya. Seguramente tenía miedo de que no supiera qué tenedor elegir de haber ido a un sitio con manteles de lino. Normalmente eso le habría hecho reír, de no haber estado tan ocupado intentando no fijarse en el modo en que los hombres miraban a Lacey al pasar. Aquel era de esos sitios donde uno acababa peleándose con alguien. Lo cierto era que no le extrañaba que la miraran. Con cada paso que daba, los músculos de sus nalgas se apretaban de un modo tan sensual que él mismo empezó a sentir una incómoda presión bajo el cinturón.

Aparte de dos camareras con uniformes cortos y blusas de encaje, Lacey era la única mujer en el local.

Se sentaron en una de las mesas, y Lacey se afanó en limpiar las manchas de ketchup y la ceniza que había sobre la mesa con una servilleta de papel.

–¿De modo que es aquí dónde venís? –le preguntó con interés–. ¿Después del trabajo?

–Supongo.

–¿Qué van a tomar? –les preguntó la camarera de mediana edad con voz ronca.

–No estoy segura. Pide tú primero, Max.

–Quiero un chupito de Jack Daniels y una caña de Bud –dijo–. Y los menús, por favor.

–Yo tomaré lo mismo –añadió Lacey.

–¿Estás segura? –le preguntó Max–. El whisky con cerveza puede ser peligroso.

–Donde fueres, haz lo que vieres –contestó alegremente.

Cuando se marchó la camarera, Lacey apoyó los brazos sobre la mesa y se inclinó un poco hacia delante, deleitando a Max con un primer plano de sus pechos, redondos y turgentes como pomelos. Max se dio cuenta de que se moría por tocarlos.

Le miró la boca, que también resultaba provocativa. Tenía la costumbre inconsciente de chuparse los labios. Max, que de pronto se sintió turbado, se obligó a mirarla a los ojos. Pero la cosa no mejoró. Eran de un verde esmeralda con motas doradas. Max pensó que podría perderse en esos ojos vulnerables, inteligentes y…

Aterrados.

–Relájate, Lacey. Aquí todos somos amigos –dijo–. No estés nerviosa.

–No estoy nerviosa –dijo Lacey–. ¿Qué te hace pensar que estoy nerviosa?

Nada más llegar la camarera, agarró el chupito y se lo bebió de un trago.

–Eso, para empezar. No hace falta que te lo bebas de un trago, ¿sabes? Te lo puedes beber a sorbos.

–Sé… lo… que… hago… –contestó entre tos y tos.

La camarera se acercó, le dio a Lacey unas palmadas en la espalda y tomó nota de lo que iban a comer antes de volver a la barra.

Max se tomó el whisky, esperando que el alcohol le distrajera del efecto que Lacey tenía en él. El licor le quemó hasta llegar al estómago. Entonces dejó el vaso sobre la mesa con un golpe seco.

–¡Así se hace! –exclamó Lacey sonriendo.

Entonces Max recordó que debía empezar con la tarea que se había impuesto para esa noche.

–Bueno, cuéntame más cosas sobre este proyecto que tienes para transformar el local en un café –dijo.

–¿No me digas que te interesa? –le preguntó extrañada, pero encantada al mismo tiempo.

–Desde luego –dijo y chocó su vaso de cerveza con el de ella–. Cuéntamelo todo.

–Si estás seguro –le dijo, y entonces le contó todo lo que había hecho

hasta ese momento y las cosas que había comprado ya.

Max no dejaba de distraerse con el modo en que sus pechos se bamboleaban cuando ella se inclinaba hacia delante. Y aquellos labios… Ah, cuánto le gustaría probarlos.

–¿Entonces, qué te parece?

–¿Eh? Ah –balbuceó Max–. Me suena arriesgado. Quiero decir, el sesenta por ciento de los restaurantes fracasan durante el primer año.

–¿Cómo? –lo miró como si acabara de hablar en Swahili.

Oh, estupendo. Se estaba preguntando de dónde habría sacado un vaquero estadísticas como esas.

–Lo leí en algún sitio. Me gusta leer de todo –le explicó–. Todas esas noches solitarias en el barracón. Además, siempre llevo un libro en el morral.

–Entiendo –dijo mientras lo miraba especulativamente.

–Y, además, puedes tomar un café en cualquier sitio. ¿Para qué necesitas montar un local específicamente para ello?

Lacey se echó a reír.

–Uno no va a un café solo para beber café, sino por el ambiente, por la atmósfera, para ver y ser visto. Créeme, es un concepto muy popular.

Él se encogió de hombros.

–Mientras puedas salir de apuros si las cosas no funcionan, supongo que sí.

Ella dio un trago de cerveza y lo miró.

–¿Y por qué iba a estar en apuros?

–No lo sé. Solo que no me gustaría verte perder la camisa, o fracasar y sufrir una decepción…

Ella lo miró con terquedad.

–Hablas igual que mi hermano.

La camarera llegó y Lacey levantó el chupito de la bandeja y se lo bebió de un trago.

–Y, créeme, lo que menos necesito en estos momentos es otro hermano.

Estupendo. Le decía eso cuando él le había prometido a Wade que sería como un hermano para Lacey.

–No deberías haberte bebido dos chupitos tan seguidos –le avisó Max.

–Esta vez apenas he tosido –dijo Lacey, y sonrió.

–Tal vez no sepa de cafés, pero sé de whisky, Lacey. Y, créeme, no está tan suave al subir como al bajar.

–Solo me estoy relajando, como tú sugeriste –dijo en tono pensativo–. Estoy un poco nerviosa. Quiero decir, no te conozco muy bien.

–No te preocupes por mí. No muerdo. O al menos no lo suficiente para dejar una marca.

Ella se echó a reír, con una risa como campanillas que Max deseó escuchar más a menudo, aunque fuera producto del licor.

–Bueno, cuéntame más cosas sobre tu proyecto –dijo, queriendo distraerla de su nerviosismo para que no siguiera bebiendo.

Durante la hora siguiente, Max escuchó más detalles sobre la trasformación que quería hacer en el café, intentando sembrar dudas cada vez que podía. El único problema era que cada vez que él decía algo

negativo, ella se ponía nerviosa y bebía más. Pasado un rato empezaron a cerrársele los ojos y a caérsele la cabeza para los lados. Se estaba sin duda emborrachando, y en parte era culpa suya por disgustarla.

–Bueno, basta de hablar de negocios –dijo Lacey, dando una palmada en la mesa para añadir énfasis a sus palabras–. Hablemos de nosotros –se inclinó hacia delante y cerró un ojo como queriendo guiñárselo, pero le salió un guiño un poco torcido–. No he parado de hablar de mí –dijo y de pronto le entró hipo–. Hablemos un poco de ti. Cuéntame cómo te hiciste vaquero –apoyó la barbilla en la palma de la mano y lo miró con los ojos entrecerrados.

–¿Vaquero? –no había inventado ninguna historia para esa noche, de modo que tendría que improvisar–. Fue por casualidad.

Eso era cierto. Con un empujoncito de Wade, claro estaba.

Lacey levantó el vaso vacío para que lo viera la camarera.

Max miró a la camarera sin que Lacey lo viera, para que le rebajara un poco el whisky.

–¿Entonces, qué te gusta del oficio de vaquero? –le preguntó Lacey.

–¿Qué me gusta… ?

–¡No, espera! –se movió en el asiento y meneó los dedos–. Yo lo adivinaré, y tú me dices si me equivoco.

–De acuerdo –dijo despacio.

La idea no le pareció nada mala.

–Te encanta estar cerca de la tierra, ¿no es así?

–Sí.

Excepto cuando se caía al suelo de culo.

–Y odias las alambradas de las vallas.

–No te has equivocado.

–Y no te sientes bien si no estás sobre un caballo.

No se había sentido bien desde que estaba sobre un caballo.

–Mmm –dijo sin comprometerse.

–Y no dejas que las personas se acerquen demasiado a ti. Sobre todo las mujeres.

Por fin estaban llegando a algo. Era la oportunidad perfecta de asegurarse de que aquello que había surgido entre ellos no fuera más lejos.

–Eso es. Soy un solitario.

–Y te gustan las mujeres fuertes, como el whisky –levantó su trago a modo de saludo.

–Ten cuidado con tanto alcohol, Lacey –la avisó.

Ella frunció el ceño.

–Como he dicho…

–Sé que sabes lo que haces. ¿Pero sabes cuántos dedos hay aquí? –le enseñó tres dedos.

–No te preocupes. Me siento bien –se bebió el whisky de un trago y dejó el vaso vacío sobre la mesa–. Suave como el agua. Bueno, como iba diciendo, con el sexo te gustan las cosas sencillas. Ella te desea. Tú la deseas a ella. Deseo puro. Y cuando se termina, se terminó.

–Sí… –dijo despacio.

No le gustaba hacia dónde iba todo eso.

–Es estupendo –le dijo mientras levantaba el vaso de cerveza para brindar con él–, porque así es exactamente como me gustan a mí los hombres.

Ella lo miró a los ojos fijamente, con la mirada ardiente. Muy ardiente. Y Max sintió una oleada de deseo repentino.

–Esas cosas te las hace decir el whisky –dijo él.

–Alguien tenía que ser –sonrió de medio lado–. Ahora no estoy tan nerviosa –hizo una pausa y aspiró hondo, dejando al descubierto un centímetro más de pecho al hacerlo–. Estoy mucho más có.. mo.. da… –le costó pronunciar la palabra–. ¿Entonces qué te parece? ¿Estás dispuesto?

–¿Dispuesto a qué? –arqueó una ceja.

–A que nos demos un revolcón.

–¿Un revol… ? –tragó saliva.

–Sí. Ya sabes. El mambo horizontal.

Él sacudió la cabeza con estupor, riéndose a pesar de lo que sintió solo de pensar en ello.

–Lacey, eres especial.

–Solo sé lo que deseo. Y te deseo a ti –lo señaló, pero el modo en que cerró un ojo Max entendió que seguramente estaba viendo doble–. Sabes, no creo que necesite ningún chupito más –dijo–. ¿Me deseas tú entonces, Maxie?

¿Maxie?

–Has bebido demasiado, Lacey.

–Estoy perfectamente bien –contestó Lacey–. Mira, soy capaz de tocarme la nariz.

Cerró los ojos, echó la cabeza para atrás y se llevó el dedo a la cara. Vaciló un momento y pasados unos segundos se dio por vencida. Dejó caer la mano y lo miró.

–No importa. No voy a conducir y tú no eres policía –lo miró con tranquilidad–. Dejemos de hablar y hagámoslo.

Max aguantó las ganas de aceptar su proposición y decidió mostrarse razonable.

–Tú no quieres tener nada conmigo, Lacey. Como te he dicho, soy un tipo solitario. Un bohemio. Y no tengo un duro. Mastico tabaco y, bueno, no me lavo demasiado.

Ella se inclinó hacia delante y aspiró un par de veces.

–Pues a mí me hueles de maravilla. Nada de eso importa, Max. Esto será un romance pasajero. Algo casual.

–Las mujeres nunca dicen eso en serio –dijo–. Además, esto no va a ocurrir. No me puedo aprovechar de una mujer en tus condiciones.

–Solo estoy un poco relajada –dijo arrastrando las palabras.

–Cariño, estás prácticamente en coma.

–¿Por qué tienes que ser tan… tan… caballeroso?

–Mira, voy al servicio y después te llevaré a casa. Espérame aquí.

De camino al servicio de caballeros, Max pagó la cuenta. Sonrió para sus adentros. Lacey estaba muy guapa cuando bebía. Todo lo que tenía que hacer era llevarla a su caravana y luego él podría volver a casa tranquilo; no habría hecho nada que no pudiera contarle después a Wade.

Solo que cuando salió del servicio Lacey no estaba donde la había dejado. Estaba sentada en un taburete, hablando con una especie de bestia humana vestida de vaquero.

Max fue hacia ella y le agarró del brazo.

–Lacey, vamos.

–Espera, tío –gruñó el vaquero, entrecerrando los ojos–. La señorita y yo estamos charlando.

–Eso es –dijo Lacey, totalmente ajena a la tensión entre los dos hombres–. Randall me ha estado contando cosas del rodeo. Es fascinante.

–Es suficiente, ¿vale? –gruñó Max–. Vamos.

–Acabo de pedirle una cerveza a la señorita –dijo Randall en tono amenazador.

–Lo que menos necesita la señorita es una cerveza –contestó Max en el mismo tono.

–Lo que ella necesita es que la dejes en paz –Randall se puso de pie, sacó pecho y se movió amenazadoramente.

Entonces Lacey abrió los ojos como platos, como si acabara de darse cuenta de la tensión entre los dos hombres. Se bajó del taburete.

–Tal vez debería irme –le dijo a Randall.

–Tú quédate aquí mismo –dijo Randall, impidiéndole el paso con un brazo; miró a Max con frialdad y continuó hablando con Lacey–. Tú siéntate y bébete la cerveza, y este tío puede irse donde le dé la gana.

Max decidió tomar un camino más diplomático.

–De acuerdo, tío, tú ganas –le dijo en un tono como queriendo decir que esperaba que supiera lo que hacía–. Solo espero que tengas tus multas de aparcamiento pagadas y tu arma registrada –se acercó al oído del tipo–. Su padre es policía y se pone de mal humor cuando su hija llega a casa oliendo a whisky. A ver si me entiendes.

El ardor en la postura del vaquero pareció ceder y el gesto duro desapareció de su rostro.

–¿Su padre es poli?

–En realidad no hay problema –continuó Max–, mientras no te importe que te haga un análisis de orina y te desnude nada más verte. Ah, y nada de tatuajes. Detesta los tatuajes –miró significativamente el águila que el tipo llevaba en el antebrazo, dio media vuelta y echó a andar.

–¡Espera! –gritó el vaquero.

Max se volvió.

–Puedes llevártela –dijo de mala gana–. Pero no la maltrates. Te lo digo en serio.

–De acuerdo –dijo Max con impaciencia–. Vamos –le dijo a Lacey–. Te llevaré a casa con papá. ¿Tienes spray para el aliento en el bolso? –Max agarró a Lacey y la sacó del local sin perder más tiempo–. Tranquila, Lacey. Has estado a punto de meterme en un buen lío –le dijo cuando estuvieron fuera.

–Lo siento –dijo con pesar–. No pensé que fuera a ponerse tan macho de repente.

Él le echó el brazo a la cintura y la ayudó a meterse en el coche. Lacey lo miró a los ojos.

–¿Entonces te habrías peleado por mí? Es tan heroico, tan primitivo, tan…

–Estúpido. ¿Ves estos? –le enseñó los dientes–. Me gustan donde están. La próxima vez que quieras sacudir un trapo rojo delante de un toro como ese, búscate a otro para pelearse con él.

Cuando se sentó detrás del volante, se sintió mal por haberle echado el sermón. La miró mientras ponía el motor en marcha. Ella apoyó la cabeza en el asiento y pareció meditar sobre su sermón, de modo que Max decidió guardar silencio.

Un minuto después, cuando la cabeza de Lacey le cayó suavemente sobre el hombro, Max se dio cuenta de que se había dormido. Aparte del olor a whisky percibió un aroma floral, especiado, femenino. Automáticamente sintió una punzada de deseo. Maldición. La testosterona resultaba tan imprevisible.

El escuchar su respiración suave y regular lo ayudó a sentirse menos tenso. Max sintió ganas de echarle el brazo, de estrecharla contra su pecho y de descansar la barbilla sobre su suave mata de pelo.

A los pocos minutos se detuvo delante de su caravana. El olor de la creosota del desierto se mezcló con el perfume de Lacey, y el canto de las chicharras se fundió con su respiración. Tendría que despertarla para llevarla dentro. Rezó para que ella hubiera olvidado la alocada sugerencia que le había hecho en el bar, porque en ese momento no creía que pudiera controlarse demasiado.

–Mmm –murmuró ella, entonces levantó la cabeza–. ¿Dónde estamos? –le preguntó con voz adormilada.

–En casa –contestó con firmeza–. Sanos y salvos.

Y para continuar así, lo que debía hacer era ayudarla a entrar en su casa y seguidamente salir fuera. Salió del coche y fue a abrirle la puerta para ayudarla a salir.

–¿Vas a vomitar?

–¿Vomitar? Oh, no, nunca vomito –dijo con remilgo–. Me da mucho miedo.

–Te sentirías mejor si lo hicieras. Tendrías menos resaca.

–No puedo hacerlo –sacudió la cabeza con obstinación y salió del coche–. Eh… –dijo mientras se tambaleaba y acababa apoyándose en él.

Lacey le echó los brazos al cuello y apoyó la cabeza sobre su hombro. Max empezó a andar, apretando los dientes para no pensar en la agradable sensación de sentir su cuerpo menudo entre sus brazos.

–Qué agradable –murmuró mientras caminaban–. Como una mecedora.

A Max le hubiera gustado mecerse junto a ella, sin duda, y que no hubiera ningún tipo de silla de por medio.

Cuando llegaron a la puerta, ella sacó una llave del bolso y se la dio.

Max abrió la puerta mientras la agarraba a ella con el otro brazo. La ayudó a apoyarse en la pared que había a la entrada de la puerta, pero él no entró.

–Ya estás, Lacey –dijo–. Tómate una aspirina y duerme un poco. Buenas noches.

Con la cabeza apoyada sobre la pared, se volvió a mirarlo.

–¿No vas a llevarme a la cama?

Él tragó saliva.

–No puedo –dijo, y cerró rápidamente la puerta para no tener delante a aquella voluptuosa mujer.

Estaba a punto de darse media vuelta y marcharse cuando oyó un golpe seco contra el suelo y supo que se había caído al suelo. No podía dejarla así. Tendría que meterla en la cama para que no se volviera a caer. Para que no se volviera a caer, se repitió para sus adentros.

Lacey no se había desmayado, tan solo se había quedado dormida. De nuevo la levantó en brazos. La pequeña caravana olía a su perfume, y a flores de vainilla y limón. La llevó por el estrecho pasillo, hasta el diminuto dormitorio donde apenas había sitio para una cama y un escritorio.

Intentó dejarla sobre la cama con suavidad, pero se tropezó con algo, perdió el equilibrio y cayeron los dos sobre el colchón. Se oyó un crujido y un golpe fuerte, y el lado de la cama que estaba pegado a la pared cedió hasta el suelo. Estupendo. Le había roto la cama.

Max se levantó rápidamente. Allí estaba ella, como una flor roja sobre fondo azul, suave y provocativa. Max la miró y sintió la urgente necesidad de tumbarse a su lado y tomarla entre sus brazos. Lo que debería hacer era llamar a Wade y dimitir de su puesto como guardián de Lacey. Se sintió como un zorro en un gallinero donde una hermosa gallina se ofrecía para ser su cena.

–Buenas noches –dijo finalmente, y se volvió para marcharse.

–No te vayas –dijo de pronto Lacey, dándose la vuelta para mirarlo–. Se supone que tienes que acostarte conmigo.

Él ignoró la sugerencia.

–No es demasiado tarde para que te levantes y vayas a vomitar –dijo–. Te sentirás mejor después.

–¿No te atraigo? –le preguntó en voz baja.

Parecía tan triste que a Max se le ablandó el corazón. Se sentó en el borde de la cama y le retiró el cabello de la frente.

–Por supuesto que me atraes, Lacey. Eres una bomba.

–Bien –dijo con alivio–. Supongo que me he pasado. Estaba nerviosa por salir contigo, y entonces empecé a preocuparme por el café… –lo miró a los ojos y un fuego abrasador prendió entre ellos.

Lacey le echó los brazos al cuello y se incorporó hasta pegar sus labios a los suyos.

Max se quedó quieto al sentir los labios femeninos rozándole los suyos. Después de haber pasado toda la noche con ella, estaba a punto de perder el control. Deseaba besarla con toda su alma; sus manos ardían en deseos de deslizarse por sus pechos.

En contra de su voluntad su boca se movió sobre la de ella, y Lacey emitió un gemido desconsolado y gutural. El corazón empezó a latirle con tanta fuerza que Max pensó que se le saldría por la boca. Caramba. Si movía las manos o la lengua un milímetro lo echaría todo a perder. La desnudaría y estaría dentro de ella en unos segundos.

Pero después se odiaría a sí mismo. Estaba más borracha que una cuba,

y él tenía una obligación con su hermano. Y, además, no era a él a quien deseaba en realidad. Deseaba al duro vaquero cuyas preferencias había adivinado entre whisky y whisky; no al contable que no dejaba de caerse del caballo.

Con los últimos retazos de sensatez, Max se apartó de ella, la tumbó sobre la cama y se levantó.

–Deja que te traiga una aspirina.

Cuando volvió con el medicamento en la mano, Lacey estaba, gracias a Dios, dormida.

Dejó el vaso de agua y las pastillas en la mesita de noche, le quitó los tacones de aguja y los dejó en el suelo. Le tapó medio cuerpo con la colcha, intentando no mirarle los pechos, que terminó tapándole también.

La tarea de esa noche no había ido bien. Lacey no estaba interesada en su consejo, sino más bien en su cuerpo. De pronto entendió a las mujeres que decían que los hombres solo deseaban sus cuerpos.

Suspiró. Si Wade supiera lo mal que estaba vigilando a Lacey, lo despediría inmediatamente. Claro que, se dio cuenta de que tal vez aquello fuera lo mejor que podría ocurrirle.

Capítulo Cuatro

Lacey se despertó con un terrible dolor de cabeza y muy arrepentida. La noche anterior había metido la pata hasta el fondo. Su intención había sido mostrarse sexy y provocativa, pero en lugar de eso se había puesto nerviosa por Max, luego por el café, y había terminado emborrachándose y tirándose encima de Max como una tonta.

Seguía con el vestido puesto, que la oprimía y apenas le dejaba respirar. Entonces se dio cuenta de que la cama estaba caída, y vagamente recordó el golpe cuando se había roto.

Vio el vaso de agua y las aspirinas en la mesita. Se agarró la cabeza y rodó despacio para colocarse de lado, aunque al hacerlo le dio la impresión de que se le movía el cerebro. Con gratitud, se metió las dos aspirinas en la boca y se bebió el agua. Seguramente Max se las habría dejado allí. Vagamente recordó que Max había dicho algo de «aspirinas» y de «vomitar». Después, se habían besado. La mayoría de los detalles del final de la velada eran borrosos, pero recordaba el beso con precisión. Había sido un beso típico de un vaquero, ardiente y fuerte, salvaje e independiente, viril y fiero. ¡Ay, y lo que le había hecho sentir… !

¡Uy! ¡Qué dolor de cabeza, por Dios! Sin embargo, el beso había sido maravilloso. Había atravesado la nube de aturdimiento producida por el alcohol y le había llegado hasta el corazón… y a otras partes que quedaban algo más abajo. No se había equivocado al pensar que no se parecería nada a Pierce. No se parecía en nada a ningún hombre que había conocido en la vida. Era dinamita pura.

Necesitaba más, mucho más. Más besos, más caricias. Más Max. El único problema era que, después de cómo se había comportado, no podría volver a mirarlo a la cara. Y eso sería un enorme impedimento para su plan de acostarse con él.

Pero con Max o sin Max, el café la necesitaba; de modo que Lacey tenía que levantarse.

Mientras se duchaba, acabó de entender el alcance total de su error. No solo se había comportado mal, sino que ella había sido la agresora. Vagamente recordó que le había sugerido que lo hicieran así sin más. ¿Pero en qué demonios había estado pensando?

Tenía que dejar de lado el plan de acostarse con un vaquero y centrarse en demostrarle a Wade lo que valía.

En su diminuto dormitorio, abrió el paquete que contenía el uniforme de camarera de prueba que había comprado en Tucson unos días atrás. Se lo pondría ese día para estar segura de que era cómodo para trabajar. Cuando llegara a la cafetería, llamaría a algún anuncio del periódico para buscar dos ayudantes económicos que limpiaran la zona de

almacenamiento, toda vez que había perdido a Jasper en favor del arte y a Ramón en favor de la cocina. El obrero iría al día siguiente. Lacey se vistió con cuidado y fue al café para llamar. Pero primero se prepararía la cura para la resaca que había aprendido en la facultad.

El sol de la mañana le irritó los ojos como si fueran rayos láser, y Lacey agradeció llegar al porche y entrar en la penumbra del local. No vio a Jasper por ninguna parte, pero le llegó el olor de algo que se quemaba en la cocina.

Descubrió que era pan de maíz, e inmediatamente lo sacó del horno. Sobre la cocinilla había una olla destapada, en cuyo interior había tan solo verduras picadas y agua. Jasper tenía la intención de hacer menestra de verduras, lo sabía, pero no vio ningún pedazo de carne. La cocinad de Jasper había sufrido un bajón desde que había vuelto a descubrir la escultura.

Lacey decidió que ya hablaría con él después de preparase el remedio. ¿Cómo era la receta? Zumo de tomate… dos huevos crudos… un toque de salsa Worcester, zumo de limón… un buen pellizco de sal y, sobre todo, salsa picante. Mucha salsa picante. Buscó el Tabasco entre los estantes de las especias y luego fue a la nevera tipo despensa. Nada. La salsa picante era crítica para preparalo. El picante y el sudor limpiaban el cuerpo.

Seguía buscándola cuando entró Jasper, con la atención puesta en lo que llevaba en la mano.

–Buenos días, tío Jasper –dijo–. Se te ha quemado el pan de maíz y creo que a tu menestra le falta algo.

–Ah, sí –dijo–. Se me ha olvidado echar la carne –entonces la miró–. Por cierto, tu obrero se ha echado atrás.

–¿Cómo? ¡No me digas!

De repente se le quitó la resaca en un momento.

–Dijo que le había salido otro trabajo en Tucson que pagaba mejor. También dijo que lo sentía.

–No tanto como yo. ¿Qué voy a hacer?

–No te inquietes –dijo Jasper mientras sacaba un cuchillo de un cajón–. Ramón y yo haremos lo que necesites. Ya te lo he dicho.

En ese momento se oyó el ruido de la puerta y entró Ramón con dos bolsas de comida.

–Mis herramientas de trabajo –anunció mientras sacaba de las bolsas verduras frescas, harina de maíz y de trigo y una jarra de barro cocido.

–¿Qué hay en esa jarra? –le preguntó Lacey mientras quitaba la tapadera de corcho para oler el contenido.

Un intenso olor a tomate y vinagre le irritó los ojos.

–Chile fresco. Cuidado. Es muy picante.

Perfecto para el remedio contra la resaca. Antes de poder añadirlo al mejunje, sonó la puerta. A regañadientes, Lacey salió a atender al primer cliente de la mañana. Cuando vio que era Max, el corazón le dio un vuelco.

Solo había algo peor que tener que levantarse a las cinco de la mañana

después de una noche en blanco. Y era tener que levantarse a las cinco de la mañana, en un barracón, después de una noche en blanco, pensaba Max mientras se levantaba del camastro. Se puso los vaqueros de mala gana. Se sentía fatal. Y encima tenía que cabalgar por la finca.

Hasta el día anterior solo había tenido que enfrentarse a las coces de las bestias y a las espinas de los cactus. Pero por la noche una mujer tremendamente sexy había intentado llevárselo a la cama. Si Lacey volvía a acercarse a él, estando sobria, no estaba seguro de poder resistirse.

Estaba claro que él no estaba hecho para esa tarea. Pensó en varias maneras de explicarle eso a Wade, pero se lo dijera como se lo dijera, solo conseguiría quedar como un cobarde. Y Max McLane no era un cobarde.

El sol de la mañana hizo que se reafirmara su fuerza de voluntad. Tendría que poner freno a su deseo, mantener a Lacey lejos de la bebida y disuadirla de continuar con su plan. Tendría que ganarse su confianza y eso significaba pasar más tiempo viendo esos pechos suaves, bamboleándose delante de sus narices. Maldición. Sabía que acabaría poniéndose un esparadrapo en sus partes. Ay. Con la cantidad de vello que tenía allí.

Por un momento la vio tumbada sobre su cama, preguntándole lastimeramente si la encontraba atractiva.

¿Atractiva? A él le parecía una diosa. ¡Diantres!

De acuerdo, le resultaría difícil resistirse. Entonces se le ocurrió que tal vez pudiera dedicarse al otro lado de la ecuación, e intentar que ella dejara de desearlo. ¿Pero cómo? Si ella se enteraba de que era contable en lugar de vaquero, eso lo arreglaría al momento, pero también suscitaría más preguntas de las que quisiera contestar y sin duda la llevaría a sospechar la verdad.

A lo mejor si Max le mostrara el lado sórdido de la vida en un rancho, ella dejaría de fantasear con él. Sí. Iría al café oliendo a boñiga, a sudor y a animales y la ahuyentaría para siempre.

Terminaron al mediodía, y Max se bajó de los lomos de Seesaw, la yegua más mansa que Buck tenía en el establo.

Comprobó su aspecto para ver si estaba lo suficientemente sucio como para darle a Lacey un buen atisbo de la realidad. No olía demasiado mal para llevar toda la mañana montado a caballo, pero tenía los pantalones sucios y llenos de paja y las botas manchadas de barro. A punto estuvo de pisar una boñiga de vaca, pero se lo pensó mejor. Quería ahuyentarla, no hacerle vomitar.

Detrás de la valla, Max vio a Buck abrir la petaca y sacar unas hojas.

–¿Eh, puedes darme un poco?

–¿Desde cuándo mascas tabaco? –le preguntó Buck.

–Estoy pensando en empezar.

Buck sacudió la cabeza y le pasó un paquete arrugado.

–Empieza despacio –le dijo–. Como se suele decir, un pellizco entre la mejilla y la encía.

–De acuerdo –dijo Max, y se marchó para que Buck no lo viera haciendo la prueba.

Abrió el paquete y se metió un poco en la boca. Asqueroso. Sabía a

menta, a polvo y a posos de café, y tenía la textura del heno. La amargura de las hojas hizo que le lloraran los ojos y que se le encogiera la boca por dentro.

Puaj. Qué asco. Masticó mientras caminaba, y el corazón empezó a latirle con fuerza por la subida de nicotina. O al menos esperaba que fuera de eso y no por el hecho de que iba camino del café. Su trémula sonrisa se amplió nada más verla afanándose detrás de la barra. Solo de mirarla el corazón empezó a latirle con tanta fuerza que Max pensó que se le saldría por la garganta, y olvidó la hierba que le amargaba la boca.

–Hola –le dijo ella tímidamente, ofreciéndole aquella sonrisa encantadora.

Estaba tan guapa que Max estuvo a punto de olvidar para qué había ido.

Llevaba una maya con estampado de cebra y escote de pico, que se ceñía a sus pechos y le marcaba los pezones, una falda por medio muslo color negra que se pegaba a sus caderas y unas sandalias negras de tacón.

–Hola –dijo, alarmado al percibir un retazo de deseo en la voz.

–Me he puesto el uniforme de camarera que compré para asegurarme de que es cómodo para trabajar –le dijo–. ¿Qué tal queda?

Se dio la vuelta despacio para que la viera bien. Y desde luego que la vio bien. En realidad, se la imaginó desnuda excepto las sandalias negras, y tal vez la boina… y el corazón empezó a latirle con más fuerza de lo que lo había hecho latir la nicotina.

–Conseguí que me dejaran las mayas a mitad de precio. Van a juego con la tela con la que voy a cubrir los taburetes. La falda no es demasiado corta, ¿verdad? No quiero que las chicas se sientan acosadas por las miradas. ¿A ti qué te parece?

–Pues… Me parece muy bonito –dijo, y se tragó sin querer un poco de tabaco.

–Aunque los tacones no van a poder ser –dijo–. Necesitaremos zapato plano para poder estar de pie cómodamente.

Se mordió el labio inferior de un modo que puso a Max aún más nervioso. ¡Maldición!

Tenía que decir algo de la noche pasada; dejarle claro que había sido un error.

–En cuanto a lo de anoche… –dijeron los dos al mismo tiempo.

Ambos sonrieron.

–Adelante –dijo ella.

–Las damas primero.

–De acuerdo. Quería disculparme. Sé que estaba algo, mareada…

–¿Mareada? –se echó a reír–. Estabas como una cuba, Lacey.

–De acuerdo, estaba como una cuba. No hagamos un mundo de ello –se mordió de nuevo el labio de aquel modo que resultaba tan provocativo–. Normalmente no me comporto tan… Normalmente yo no…

–¿No actúas con tanto empeño?

–Bueno, tampoco te pases…

Él arqueó una ceja.

–«Dejemos de hablar y hagámoslo» –dijo, citando las palabras de Lacey.

–Bueno, no fui muy discreta, eso es cierto. La próxima vez actuaré con

más tiento.

Max prometió que no habría próxima vez. Claro estaba, si él tenía algo que decir, o algo de control sobre la situación.

–¿Quieres que te traiga un café? –le preguntó Lacey.

–Me encantaría.

Al menos esperaba que le quitara el sabor a tabaco de la boca. Tenía la lengua dormida, estaba algo mareado y su estómago no estaba demasiado contento con los jugos del tabaco que se había tragado.

–¿Tienes un vaso de plástico?

Buck siempre escupía los restos de tabaco en un vaso de plástico.

Ella le pasó un vaso, y Max escupió el jugo y la mayor parte del tabaco en el vaso; entonces la miró y sonrió.

–Una costumbre desagradable, ¿no?

–Algo incómoda –dijo y arrugó la nariz de un modo tan gracioso que a Max le dieron gana de darle un beso.

Ella lo miró a la cara.

–Parece que hoy has estado trabajando mucho.

Max recordó que se había pasado la mano llena de tierra por la cara para añadir veracidad a su imagen de vaquero sucio y maloliente.

–Oh, sí. Así es la vida de un vaquero. Siempre sucio y maloliente. Estoy ya tan acostumbrado a ella que ya ni siquiera me fijo.

Bien, ella se había fijado en ese aspecto que él había querido destacar. Lo malo era lo revuelto que tenía el estómago en ese momento. No descartó la posibilidad de vomitar.

–Tal vez debería marcharme –dijo, e hizo ademán de ponerse de pie.

–Tonterías –le puso la mano en el brazo–. Eres un trabajador, y a mí no me importa. ¿Quieres que te traiga algo de comer?

–No. Aún no me apetece comer –tenía el estómago demasiado revuelto para pensar en comer siquiera.

–Insisto en que comas algo. Invita la casa. Deja que me disculpe por lo de anoche –dijo mientras iba ya camino de la cocina; se detuvo a la puerta y se volvió–. ¿Beicon o salchichas?

Solo de pensar en ello le entraban ganas de vomitar.

–Solo huevos –consiguió decir.

Max intentó quitarse las náuseas con el café, pero solo consiguió empeorar la cosa. Cuando Lacey le colocó el plato de huevos delante, a Max se le revolvió el estómago. Retiró el plato a un lado.

–¿Tan mal aspecto tienen? –preguntó Lacey en tono apenado.

–No. Solo es que estoy algo revuelto.

–¡Ah, pues claro! Tienes resaca –dijo Lacey en tono alegre–. Tengo precisamente lo que te hace falta.

¿Sería una camilla?

Pasado un momento estaba de vuelta con un paño húmedo y un vaso de lo que parecía jugo de tomate. Dejó el vaso sobre la barra y empezó a pasarle el paño húmedo por la frente y las mejillas.

–Bebe –dijo, pasándole el vaso de tomate–. Es la mejor cura para la resaca. La necesitas más que yo.

–Pero si yo no… –empezó a decirle que no tenía resaca, pero de pronto

se dio cuenta de que no podía darle a entender que no se había emborrachado como haría un vaquero.

De modo que se dio por vencido y aceptó el vaso que ella le pasaba. ¿Tan mal podría estar?

Max bebió y se quedó paralizado. ¡Caramba! Un fuego líquido le bajó por la garganta.

–Ay… Dios mío… –dijo en tono entrecortado mientras agachaba la cabeza sobre el mostrador–. Agua… –consiguió decir.

Le lloraban los ojos y le goteaba la nariz. Aquel mejunje le había dejado el estómago como un volcán.

Le sirvió un vaso de agua y se lo dio.

–Esa es la salsa picante. El calor te quita la resaca –dijo mientras él se bebía el agua a toda prisa–. ¿Te sientes mejor?

–Sí… Claro. Estoy mejor.

–Parece que siempre me toca cuidar de ti –dijo en tono afectuoso–. Vas a tener que empezar a llamarme enfermera Lacey.

¿Enfermera Lacey? Tenía el estómago totalmente quemado. Seguramente no podría tragar nada durante varias semanas.

–Muchas gracias –dijo con un hilo de voz.

–Ha sido un placer.

Se inclinó un poco hacia delante, dejándole ver un provocativo plano del canalillo.

Maldita sea. Parecía que su pequeño teatro no había tenido en Lacey ningún efecto negativo. Claro que a él, desde luego, lo estaba matando.

¿Era posible que aquel hombre pudiera resultar más sexy?, se preguntaba Lacey mientras lo veía recuperándose de la ingestión de su mezcla contra la resaca. Olía a sudor limpio y a pradera, y tenía un cuerpo atlético y musculoso. Esas manchas de polvo en las mejillas parecían pinturas de guerra. Le había sentado fatal tener que limpiárselas. Estaba tan guapo.

Solo de estar cerca de él se ponía a temblar. Pero no diría ni haría nada. Dejaría que fuera él el que se acercara a ella.

Tenía que mantenerse fuerte, ser femenina y recatada, y pronto Max haría algo.

En ese momento oyó el ruido de un motor y se asomó por la ventana. En la parte trasera de una camioneta vio unas planchas de metal y unas tablas de contrachapado. Corrió fuera a tiempo de ver a Jasper subiéndose al remolque de la camioneta.

–¿Es eso lo que pienso?

–Claro. Es la caseta que encargué.

–Pero está desmontada.

–Por eso costó tan barata –le dijo desde el remolque–. ¿Puedes ayudarme a bajarlo? –y seguidamente bajó una de las planchas de metal.

–Espera un segundo, Jasper. Primero tenemos que pensar dónde vas a montarla.

Pero Jasper, o bien no la había oído, o bien la estaba ignorando, porque

en ese momento le pasó otra plancha de metal. Al llegar al suelo, Lacey se topó con algo duro y cálido; el cuerpo de Max.

–¿Puedo ayudar? –le preguntó Max con voz profunda y tranquila.

–¿Quién es este? –preguntó Jasper, deteniéndose un momento para mirar a Max.

–Max McLane –dijo Max–. Trabajo en el rancho de enfrente –le tendió la mano.

–Soy Jasper Wellington –dijo Jasper mientras le daba la mano–. Me alegro de conocerlo, joven. ¿Le importa cederme un poco de su fuerza?

–Será un placer. Si no le importa esperar un momento, creo que se me está ocurriendo una cosa.

Jasper se lo pensó, entonces asintió y se sentó sobre un montón de contrachapado a esperar.

Max avanzó por el costado del trailer, contando las planchas. Entonces salió al patio y miró a su alrededor, y finalmente al sol. Hecho eso, volvió a ellos.

–A juzgar por lo que hay ahí, esto medirá unos ciento cincuenta metros de largo y unos quince de ancho. El mejor sitio para colocarla es allí –señaló hacia la parte norte del local–, donde los árboles le darán sombra a la fachada oeste.

Entonces le indicó al conductor dónde colocar el camión.

Lacey fue a seguir al camión con Max, pero él la detuvo.

–Yo ayudaré a Jasper. Puedes volver dentro si quieres –dijo él.

–Este es mi proyecto. Haré lo que sea necesario.

–¿Estás segura? Te ensuciarás el, esto, uniforme –le miró el pecho, pero enseguida desvió la mirada.

–Claro. Haré lo que haga falta. Además, harán falta dos personas para echarle el freno a Jasper antes de que le dé un golpe de calor.

Ramón, que estaba en la cocina, salió a ayudarlos, y en poco tiempo parecía que se había producido una explosión en el patio, donde Jasper ya había empezado a ensamblar las piezas.

Como Max había previsto, Lacey se manchó el uniforme enseguida. Estaba empapada en sudor y le dolían los brazos.

–Necesito que firme aquí… y que me pague –dijo el conductor del camión mientras le pasaba una tablilla con sujetapapeles.

Lacey miró el precio y tuvo que ahogar un grito entrecortado. Si aquello era barato, no sabía qué habría costado la otra. Eso le quitaría un buen pellizco al presupuesto para la renovación.

Entró en el café para extender un cheque, y cuando se lo pasó al conductor notó que Max la miraba.

–¿Mucho? –le preguntó cuando se marchó el hombre.

–El triple de lo que había pensado –dijo con un suspiro–. Pero no importa. Nunca he visto a Jasper tan contento –ambos lo observaron uniendo las piezas–. Eso es lo que más desea en el mundo, tener un sitio donde trabajar y un lugar donde desarrollar su arte. Al menos no tendré que preocuparme de que le dé un golpe de calor trabajando al sol. Esa caseta vale cada centavo que he pagado por ella –sonrió levemente–. Eh, haced un descanso –les gritó a Jasper y a Ramón–. Traeré un poco de té

helado.

–Te ayudaré –dijo Max y entró con ella en el café.

A Lacey le gustaba tenerlo a su lado.

En la cocina, sacó una jarra de té helado del frigorífico tipo despensa.

–Iré por los vasos –dijo Max.

–Tú quédate sentado. Ya has hecho demasiado. Has trabajado toda la mañana en el rancho y después nos has ayudado –llenó cuatro vasos altos con hielo y los colocó en una bandeja junto con la jarra de té–. Te agradezco mucho que nos hayas ayudado –dijo mientras trabajaba–. Si no hubieras calculado dónde colocar la caseta, habríamos tenido que arrastrar las planchas de un lado a otro –llenó dos vasos y le pasó uno; sus dedos se rozaron y sus miradas se encontraron–. Lo has calculado todo muy rápidamente –dijo en voz baja.

–Se me dan bien las matemáticas. No es para tanto, además –dijo en el mismo tono suave, y entonces dio un buen trago de té.

Un vaquero, mecánico y al que se le daban bien las matemáticas. Max era como un hombre del Renacimiento. Y eso le dio una idea estupenda.

–¿Querrías hacer un trabajo para mí?

–¿Cómo? –Max se atragantó y dejó el vaso sobre la mesa.

–Acabo de perder al tipo que contraté y necesito ayuda desesperadamente. ¿Podrían prescindir de ti en el rancho durante un tiempo? Intentaré pagarte lo mismo. ¿Qué te parece?

A ella le parecía una idea estupenda. Max le sería de gran ayuda. Además, trabajando juntos, ¿quién sabía lo que podría surgir de ahí?

–Oh, no. No lo creo –dijo Max, sacudiendo la cabeza con empeño–. Quiero decir, Buck no podría prescindir de mí.

–Ah. Qué pena.

Lacey se bebió el té de mal humor.

–Tal vez este no sea el mejor momento para ponerse a renovar el café –dijo Max–. Quiero decir, tú misma has dicho que estás mal de dinero y que no puedes contratar a nadie.

–Es un momento perfecto… En realidad, es el único momento –apretó los dientes–. Ya me las apañaré como pueda.

Él la miró, como si la estuviera evaluando de algún modo. Resultaba extraño la forma en que Max se preocupaba tanto por el café.

–Si las cosas no funcionan, no pasa nada porque cambies de planes –dijo.

¿Qué estaba pasando allí? La noche pasada también había intentado descorazonarla. ¿Tanto se le notaba el miedo que tenía?

–El presupuesto es un poco corto, pero recortaré en publicidad y alguna otra cosa más. Y estoy segura de que podré contratar a alguien. Tengo que conseguir que esto funcione. Ya.

Él la miró con aquellos ojos oscuros e intensos. Entonces la sorprendió cuando levantó la mano y le tocó la mejilla.

–Tienes la cara un poco manchada… –dijo mientras le pasaba los dedos muy despacio por el pómulo.

–Gracias –susurró ella.

–Siempre me estás limpiando a mí. Lo menos que puedo hacer es

devolverte el favor –sonrió–. Tienes una piel tan suave –dijo, casi como si no pudiera evitarlo.

¿Sería deseo lo que vio reflejado en sus ojos negros?

Se miraron durante un rato… la tensión aumentó… Max se inclinó hacia delante, le ladeó la cara suavemente… ¡Oh, Dios mío! ¡Iba a besarla! Cerró los ojos un momento y esperó, algo temblorosa. Estaba deseándolo.

Su aliento le rozó la cara, oliendo a té y a menta y a algo muy masculino, seguramente el tabaco. Lacey se inclinó.

–Yo lo haré –dijo Max bruscamente.

¿Hacer qué? ¿Echarse sobre ella en la cocina? Abrió rápidamente los ojos de la emoción.

–Yo trabajaré para ti.

–¿Qué?

–Creo que Buck podrá prescindir de mí por las tardes.

–Ah, bueno. Eso es estupendo –dijo más aliviada–. De acuerdo. Dame un momento para limpiarme y después te enseñaré el café para decirte lo que tengo planeado. Esto será perfecto.

Perfecto. Desde luego. Max no podía creer que se lo hubiera dicho. Se suponía que tenía que convencerla para abandonar su idea, no ayudarla. Dios. Y lo peor era que sabía menos de albañilería y esas cosas que del trabajo de un rancho. Su experiencia en la construcción había sido recibir órdenes para hacer cosas sencillas. ¿En qué se estaba metiendo?

No importaba. Lacey necesitaba ayuda, y él no había podido resistirse al embrujo de aquellos ojos verdes.

Capítulo Cinco

Lo único que a Lacey se le ocurrió pensar cuando Max entró en la cafetería una hora después fue lo guapo que estaba limpio. Se le veía muy apuesto con pantalón y camisa tejana, recién afeitado y con el sombrero un poco ladeado.

Ella había optado por un atuendo inocente pero sexy al mismo tiempo, eligiendo una blusa de seda cruzada de tirantes finos y unos shorts vaqueros. Max la miró de arriba abajo disimuladamente, como si intentara no mirarla pero sin poder contenerse. Bien.

–Deja que te presente el nuevo Café de las Maravillas. Yo te contaré mis planes y tú me darás tu opinión sobre la logística.

En el almacén que había quedado vacío, Lacey le señaló dónde quería montar el escenario y la barra del bar, y después lo llevó hasta la cocina para hablarle del nuevo fregadero, las encimeras para trabajar y el nuevo lavavajillas.

Pero durante la media hora siguiente, su entusiasmo empezó a decaer como consecuencia de las poco entusiastas opiniones de Max, que se redujeron a «sí, pero… » A todo le ponía pegas.

Y cuando no estaba poniéndole peros a algo, estaba hablándole de dinero. Dijo que solo lo hacía para ahorrarle gastos, pero tantos inconveniente acabaron poniéndole de mal humor.

Terminaron en la Sala de Especies Sorprendentes.

–Me gustaría hacer algunos cambios aquí –dijo–. Pero es la piedra de toque de Jasper, de modo que supongo que tendré que aguantarme con el lince rojo de dos cabezas y la aulaga más grande del mundo.

–Pero eso es lo bonito de este lugar –dijo Max, y fue lo primero positivo que le oyó decir en todo el tiempo–. En realidad, el café está bien como está. Tal vez podrías limitarte a mejorar la calidad de la comida, cambiar el cartel de la carretera y poner punto final a las renovaciones.

Ella se detuvo y se volvió a mirarlo, con las manos en jarras y la garganta atenazada por la frustración.

–Estoy segura de que estás intentando ser de ayuda, Max, pero me gustaría que confiaras en mi juicio un poco. He estudiado el tema, ¿me entiendes? Sé lo que hago.

–Claro, claro. Solo es que cuando calcules los gastos para el equipamiento del nuevo restaurante, más los gastos de mano de obra…

–Por favor. Estás empezando a hablar como un contable.

Por la cara que puso cualquiera diría que lo había acusado de un triple asesinato.

–Oh, no. Yo no soy eso –dijo–. Recuerdo un amigo que montó un restaurante y…

–Escucha, Max, te agradezco que te ocupes tanto del tema y, créeme, tengo preocupaciones, pero lo tengo todo controlado. No necesito que nadie más se preocupe por nada –suspiró largamente–. Yo me ocuparé del presupuesto, y tú ocúpate del edificio, y todo irá bien.

–De acuerdo –dijo Max, y se encogió de hombros como si Lacey estuviera tirándose por un precipicio.

Se preguntó por un momento si habría hecho mal en contratar a Max. No. Estaba segura de que haría un buen trabajo. Su instinto le decía que había hecho bien y que Max era un tipo con múltiples talentos.

Vayamos a mi caravana y prepararé algo de comer. Haremos una lista de materiales para que puedas ir mañana a la tienda a comprarlos. Y te prometo que podrás ser de lo más ahorrativo que quieras.

A la puerta del trailer, Max vaciló un momento, pero ella le urgió a entrar y lo dejó sentado en el sofá con una calculadora en la mano, mientras ella iba a la cocina a preparar algo de comer.

Como la nevera estaba algo vacía, abrió un paquete de lechuga y metió un par de bandejas de comida precocinada en el microondas. Entonces sacó una cerveza para Max y una copa de vino blanco para ella, para demostrarle que no iba a emborracharse y tirarse encima de él.

Max estaba sentado todo derecho en el sofá, como si estuviera en casa de los padres de una chica con la que salía por primera vez, con el cuaderno de notas en el regazo.

–La cena estará lista enseguida –dijo mientras se sentaba junto a él–. ¿Qué tenemos de momento?

Se inclinó a ver lo que había escrito. Estaba lo bastante cerca para captar el aroma de su piel mezclado con el de la loción para después del afeitado, especiada y masculina.

–Pensé que sería mejor comenzar con pocas cosas –dijo, y se volvió a mirarla.

Sus miradas se encontraron un momento. La tensión aumentó.

–Me parece bien –dijo ella en voz baja, incapaz de despojarse de aquel tono sensual de su voz.

El corazón empezó a latirle con fuerza.

–Y después ir comprando más.

Intentó no mirarle los labios, pero le resultó imposible. Eran perfectos. Fuertes, pero sensuales. Recordó la sensación de emoción que había experimentado la noche antes al sentir sus labios sobre los suyos.

–¿Te parece que son suficientes… –señaló el primer elemento de la lista con un dedo tembloroso– placas para construir los tabiques?

–De sobra –susurró él.

Lacey recordó el tacto de sus manos cuando le había agarrado de la cintura la noche pasada. Max había intentado aguantarse, ella se había dado cuenta, incluso bajo los efectos del alcohol. No pudo evitar imaginarse qué pasaría si Max se dejara llevar, si hiciera lo que deseaba. Allí mismo, en ese mismo momento.

–Eso está bien –dijo, algo aturdida por la sensación intensa que experimentaba.

Max cerró los ojos un momento. Tenía que estar sintiendo la misma

descarga que ella. Los abrió y la miró fijamente.

–Necesito ver… –dijo despacio.

Su mirada pasó de sus ojos a su boca.

–¿Necesitas ver… ? –repitió ella.

–Tu… –posó la mirada en sus pechos, y continuó bajando.

–¿Mi… ? –tragó saliva.

Él se aclaró la voz.

–Tu presupuesto –terminó de decir con firmeza–. Necesito ver tu presupuesto.

–¿El qué? –preguntó Lacey mientras emergía de la bruma de seducción–. Ah, mi presupuesto –repitió–. Claro.

Maldita sea. Aquel hombre estaba hecho de piedra. Suspiró con frustración y fue a buscar la carpeta donde tenía sus cuentas y sus planes.

Volvió hasta donde estaba él con brusquedad y le dejó caer la carpeta sobre las rodillas.

–Ahí lo tienes. Mi presupuesto. Un estudio de mercado. Balances de ganancias y pérdidas. Todo.

Se dejó caer en el otro extremo del sofá y se cruzó de brazos. No iba a entender lo que significaba todo aquello. Él era un vaquero, no un hombre de negocios, pero tal vez terminara de convencerlo de que lo tenía todo controlado.

Max fue pasando las páginas, estudiándolas con interés como si de verdad las entendiera. Volvía de una a otra, hacía anotaciones y emitía sonidos de aprobación o de duda de un modo que desconcertó a Lacey.

Y Lacey se sentía cada vez más enfadada. Al igual que su hermano Wade, Max pensaba lo peor. Pero no tenía ningún motivo para dudar de ella.

Finalmente cerró la carpeta y la miró.

–Esto es bueno –dijo.

–Por supuesto que es bueno. Llevo horas intentando decírtelo. No soy una tonta. Está claro que tengo preocupaciones. Mi presupuesto es reducido, y tendré que ahorrar aquí y allá. No soy ajena a los riesgos. Pero sé que esto funcionará –dijo, sin poder ocultar la rabia.

La expresión de Max se suavizó.

–Mira, Lacey, no estoy intentando ponértelo difícil. Es que no quiero que cometas ningún error.

–No lo haré. No puedo permitírmelo. Hay demasiado en juego en esto. Tú no lo sabes.

–Entonces, cuéntamelo, Lacey. Dime lo que está en juego –la miró con suavidad, pero con intensidad, diciéndole con la mirada que quería saberlo de verdad.

En parte le pareció raro. Al fin y al cabo, eran casi dos extraños, e incluso aunque terminaran acostándose juntos, no llegarían a hablarse de sus respectivas infancias. Aquello debía ser una cosa pasajera. Sin embargo, desde que se habían conocido, Lacey tenía la impresión de que Max la entendía, como si ya supiera muchas cosas de ella, casi como si supiera lo que iba a decir antes de que lo dijera.

De modo que se lo dijo. Estaba demasiado disgustada como para no

hacerlo. Le contó que Wade había sido como un padre para ella tras la muerte de sus padres, cómo su hermano no confiaba en ella, y la necesidad que sentía de ganarse su respeto más que nada en el mundo.

–Si sabes que vales, ¿qué te importa lo que piense Wade?

–Porque quiero ser parte de la empresa familiar. No quiero que Wade me dé un trabajo; quiero ganármelo. Quiero que se dé cuenta de que estaría echándome a perder a mí misma si me quedara en el departamento de publicidad. Quiero que se dé cuenta de que tengo una contribución mayor que hacer.

Max estaba en silencio, reflexionando sobre sus palabras.

–Entonces esto es algo muy importante para ti.

–Es mi sueño, Max. Seguramente no me entiendas porque tú ya estás viviendo el tuyo. Pero este es el mío.

La miró largamente, como si quisiera tomar una decisión.

–De acuerdo, te ayudaré –dijo por fin.

Ella se echó a reír.

–Pero si ya habías dicho que trabajarías para mí. No te lo tomes tan en serio. No es como si estuviera en juego tu profesión. Solo es un trabajo.

–¿Estás intentando decirme que debería dejar que lo hiciera? –le preguntó Wade cuando Max lo localizó al día siguiente.

–Sí. Eso es exactamente lo que estoy intentando decirte –dijo Max con un suspiro–. No tiene mucho capital, su plan de marketing es flojo y la propiedad está algo alejada de todo, pero con una inyección, podría despegar –le explicó lo que había deducido de los papeles que había estudiado.

–Las propiedades de ese tipo no entran dentro de nuestro plan estratégico –dijo Wade–. Iba a cerrar el café cuando Jasper se jubiló.

–¿No me dijiste tú una vez que Wellington necesitaba diversificarse?

Max decidió centrarse en el negocio puramente dicho para llamar la atención de Wade, aunque realmente era Lacey la que lo preocupaba.

Lacey Wellington lo había golpeado de nuevo. Max se había dado cuenta después de cenar pollo a la naranja congelado y una ensalada de lechuga mustia y de pasar dos horas en compañía de toda aquella mujer. Unos cuantos golpes y había sido como masilla entre sus manos.

Primero, había accedido a ser su ayudante en la obra, un trabajo del que no tenía idea, y de repente estaba intentando convencer a Wade para que dejara que Lacey renovara el café. Afortunadamente, el plan de Lacey tenía buena pinta, porque después de ver la ilusión que tenía por empezar, el corazón se le había encogido al ver lo mucho que todo aquello significaba para ella. De modo que por eso había decidido hablar con Wade.

–Se quedará muy decepcionada si le cierro el negocio –dijo Wade, sorprendiendo a Max con su atención hacia los sentimientos de Lacey.

–Se le partiría el corazón.

–¿No puedes convencerla para lo contrario?

–He pasado horas intentándolo. Finalmente, me ofrecí para echarle una

mano en los trabajos del local, y así tener una excusa para estudiar sus planes. Y la verdad es que me quedé muy impresionado. Desde un punto de vista del negocio, claro está.

El punto de vista personal era algo totalmente distinto.

–Podría ser un experimento interesante. Si los números tienen buena pinta… –Wade hizo una pausa y Max aguantó la respiración–. Venga, va, envíame una copia de lo que está haciendo y le echaré un vistazo. Si me parece que se puede trabajar en ello, no me interpondré.

Max sintió una mezcla de alivio y placer. Estupendo. Ya no sería responsable por partirle el corazón a Lacey. Incluso podría volver a Tucson, lleno de moretones y arañazos, pero con su honor aún intacto.

–Por supuesto, tú dirigirás el proyecto –dijo Wade, sacando a Max de su ensimismamiento.

–¿Eh?

–La ayudarás a contener gastos y te asegurarás de que no se pasa del presupuesto.

–Eso no es necesario –dijo, pensando con la mayor rapidez posible–. Ella es perfectamente capaz y…

–Necesito que alguien controle el proyecto, y yo no puedo ir para allá. Ya estás trabajando para mí, ¿verdad? Así que tú eres perfecto. Puedes supervisar las cosas. Discretamente.

–¿De verdad? –dijo débilmente.

–Yo aprobaré esto dependiendo de lo que tú digas, Max. Necesito poder contar con tus sugerencias.

–Claro –dijo–. Estaré encantado de poder ayudarte.

Allí estaba de nuevo, arrastrado de vuelta hacia Lacey. Parecía ser víctima de algún tipo de corriente oculta que tirara cada vez más de él. Solo que tenía miedo de cansarse de nadar contra corriente y dejarse llevar.

Una semana después, Lacey estaba sentada a la mesa que había colocado en medio de la zona de asientos del café, para contestar a las preguntas de los trabajadores y ayudar donde fuera necesario; pero sobre todo para observar la trasformación del café que se producía ante sus ojos.

Le encantaba oír el ruido de la sierra mecánica y los golpes de martillo.

Detestaba tener que reajustar el presupuesto. Había sobrestimado los gastos de los materiales de construcción, especialmente por las tuberías nuevas que había tenido que colocar, Max no se había equivocado en eso, e incluso a pesar del chollo que había conseguido con las sillas negras de artesanía y las mesas de imitación de granito, cada vez que calculaba el total, el programa le daba cifras erróneas.

Suspiró y alzó la vista. Justo detrás del ordenador portátil, estaba Max agachado clavando los tablones de las escaleras del escenario. Tenía un trasero tan perfecto. Suspiró de frustración. Max se había mantenido alejado de ella durante toda la semana, y cada vez que ella lo había invitado a cenar, él había buscado alguna excusa para rechazar su invitación.

Era, sin duda alguna, el obrero más sexy que había visto en su vida. Se movió un poco en el asiento para no tener que mirar de frente esos brazos musculosos, esos muslos fuertes y largos, ese trasero…

–¡Ay!

Max dejó caer el martillo y se agarró la mano que aparentemente se había golpeado. Sin duda era el obrero más sexy que había visto, pero no el más habilidoso.

–¡Iré por un poco de hielo! –dijo Lacey, y corrió hasta la hielera y sacó unos cuantos pedazos que se los llevó enseguida.

–Estoy bien –dijo con los dientes apretados.

–Así no se te hinchará –dijo, pasándole el tazón.

De mala gana, Max metió los dedos en el recipiente y le dio las gracias.

Lacey miró detrás de él, cerró un ojo y ladeó la cabeza.

–Ese escalón está torcido.

Max se volvió a mirarlo.

–No lo está.

–Sí lo está –fue al escenario, agarró el nivel y lo puso en el escalón; la burbuja estaba por encima de la línea.

–Maldición –dijo Max.

–No pasa nada, cualquiera podría haber cometido ese error –dijo, esperando no haberle herido en su amor propio.

Menos mal que los otros tres que había contratado sabían lo que hacían. Los rápidos cálculos de la situación de la caseta de Jasper la habían conducido a las conclusiones erróneas sobre su competencia en el terreno de la construcción. Por supuesto, tal vez también había influido lo mucho que deseaba acostarse con él.

Agarró el martillo, apuntaló el pie sobre la madera y tiró del clavo, que salió con un chirrido. Le encantaba el trabajo manual. Rodney, uno de los ayudantes que había contratado, le había enseñado a utilizar la sierra, y ella misma había cortado la mayoría de las tablas que después se utilizarían para la barra. Rodney incluso le había dicho que tenía muy buena mano.

En unos segundos colocó bien el escalón. Cuando se dio la vuelta, vio que Max estudiaba el monitor del ordenador.

–Tienes el factor equivocado para los gastos por pieza.

–¿De verdad?

Se acercó a mirar por encima del hombro de Max. Tenía el pelo corto y la cabeza bien formada. Le gustaba el perfil musculoso de su cuello. Lacey pensó en el aspecto de su torso desnudo cuando se había quitado la camiseta para lavarse después de intentar cambiar el aceite. Cuando pensó en cómo sería debajo del pantalón se estremeció.

–¿Cómo es que sabes tanto de hojas de cálculo?

–Te lo dije. Se me dan bien las matemáticas –se puso de pie y retiró una silla–. ¿Quieres que te enseñe esto?

Lacey se sentó y él le señaló unos datos en la pantalla. Cuando la manga de su camisa le rozó el brazo desnudo, Lacey sintió que se le ponía la carne de gallina.

–¿Ves esta suma de aquí?

–Sí –dijo, pero en realidad le pareció que estaba entre sus brazos.

Sentía su calor, olía el suave olor a loción de su piel, sentía su respiración.

–Esa suma no refleja… –su voz se fue apagando–. No refleja…

Cuando vio que Max le estaba mirando los pechos, sintió una oleada de satisfacción femenina, y se movió de modo que el canalillo quedara más apretado.

–¿No refleja el qué? –preguntó inocentemente.

–La suma de esta columna –dijo él apresuradamente.

Antes de que las cosas pudieran ir más lejos, oyeron un grito que salía de la cocina, unos insultos en español y el ruido de agua corriendo.

–¡Ay, Dios mío!

Lacey se levantó y fue corriendo a la cocina, donde el agua salía a chorros de la pared del fregadero. Ramón tenía el grifo en la mano, que claramente se había roto.

–«No» puedo trabajar con estas condiciones –dijo Ramón, y le pasó el grifo a Lacey y se dio la vuelta–. Además, necesito una freidora nueva –dijo antes de cruzar la puerta de la cocina.

Max se agachó para cerrar la llave de paso del agua, y Lacey corrió a buscar unas herramientas. Cuando volvió con ellas en la mano, Max había conseguido cerrar el agua, pero estaba empapado.

Se puso de pie y se quedó allí junto a ella. Muy cerca.

–Qué refrescante –dijo, sacudiéndose el agua de la cabeza.

–Estás todo mojado –observó mientras apreciaba sus apuestas facciones.

Tenía las mejillas mojadas y la camisa pegada a los pectorales.

–Tú también –bajó la vista–. Encaje negro –murmuró, refiriéndose a su ropa interior–. Muy bonito.

Levantó la mano y le enrolló con el dedo un mechón de pelo rizado. En el silencio de la cocina solo se escuchaba el goteo del grifo y sus respiraciones.

Max gimió y cerró los ojos. Cuando los abrió, la miraban con ardor.

–Me tientas, Lacey –dijo en tono ronco, cargado de deseo–. Demasiado.

–Déjate llevar –le susurró ella–. Ambos lo deseamos.

–Lacey… –le agarró la cara con las dos manos y le rozó el labio suavemente con el pulgar.

Lacey supo que la deseaba, y eso le encantó.

–Hemos pasado anteriormente por esto. Podría ser solo sexo, Lacey. Nada más.

–Es lo que yo deseo.

Sacudió la cabeza, como si la conociera mejor que a sí misma.

–¿Y cuándo has mantenido una relación solamente sexual con alguien?

–Muchas veces –mintió.

–Lacey –le dijo–. Me apuesto a que ahora mismo tienes novio.

–Ya no –dijo, alzando la cabeza–. Rompí con él. Y lo que deseo ahora es sexo, simple y llanamente –dijo, y se inclinó hacia delante.

–El sexo nunca es simple –respondió él despacio.

–Sí que lo es. Es tan simple… como.. esto…

Se puso de puntillas y lo besó. Para delicia de Lacey, tras un segundo de

vacilación, él empezó a besarla largamente y con dulzura. Justo cuando estaban a punto de cederle las rodillas, él se apartó de ella.

–Tengo que ocuparme de ese grifo roto –le susurró.

–Lo sé –contestó ella con la mirada aturdida.

Cuando abrió los ojos, ya se había ido.

Lacey se pasó toda la noche dando vueltas, pensando en Max e intentando no precipitarse contra la pared. Tenía que arreglar aquella cama. Se lo pediría a Rodney por la mañana. A diferencia de Max, que no sabía distinguir entre un tipo de sierra y otro, Rodney era maravilloso con el metal.

Pero lo que le preocupaba en ese momento era cómo iba a convencer a Max de que podrían acostarse juntos sin que eso supusiera compromiso alguno para ninguno de los dos.

A la tarde siguiente, Lacey le enseñó a Rodney la cama rota y él se puso a trabajar, martilleando el somier mientras ella estudiaba su técnica por si volvía a ocurrirle en el futuro. Se dio cuenta de que era un chico guapo. De unos veintitantos años, tranquilo y de modales afables. Y sensato. ¿Y si se acostara con él? Era un poco joven para ella, pero si pudiera darse un revolcón con Rodney le demostraría a Max que era capaz de llevar una relación sexual sin problemas.

–Creo que esto aguantará, señorita Lacey –dijo Rodney, que se puso de pie y fue hacia ella–. La juntura tal vez esté un poco floja, pero la reforzaré de algún modo. Para soldarla tendría que sacarla fuera.

–Nos apañaremos de momento.

–Si quiere, puedo enseñarle a soldar cuando hagamos las cañerías de la cocina.

–Estupendo.

¿Y qué tal un revolcón con Rodney? Pero, la verdad, no podría hacerlo. No sentía nada por él. Ni chispa, ni química, ni el calor que sentía con Max. Qué pena.

–Gracias, entonces.

–No hay de qué, señorita Lacey.

Lacey miró por la ventana que había a espaldas de Rodney en ese momento y vio que Max iba hacia la caravana. Seguramente necesitaría las llaves del camión.

Y eso le dio una idea. No tenía por qué tener un lío con Rodney, solo hacer creer a Max que lo había tenido.

Bruscamente se tiró sobre la cama.

–Solo quiero probarla –le explicó a Rodney, haciendo una breve pausa para darle tiempo a Max a llegar junto al trailer–. Oh… Qué bueno… –dijo en tono ronco pero en voz alta; rodó sobre el colchón y entonces pegó un bote–. Mmm. Qué bien haces tu trabajo.

–Gracias –le contestó Rodney, que la miraba como si se hubiera vuelto loca–. Solo era una pata torcida; no tiene mayor importancia.

–No, quiero decir, eres maravilooooso. Está tan bien.

Sin duda Max habría oído eso.

Rodney retrocedió hacia la puerta; tenía la cara colorada.
–No te vayas –dijo, saltando de la cama–. Espera aquí y te pagaré.
–No pasa nada. Ya lo arreglaremos después –dijo, con aspecto algo aterrorizado.
–¿Por qué no… bueno… miras un momento el ropero? El panel de la derecha está a punto de caerse –dijo, colocándose entre el pobre Rodney y la puerta del dormitorio.
Encerró a Rodney en la habitación justo cuando Max llamaba a la puerta de entrada. De camino por el pasillo, se revolvió un poco el cabello y se descolocó la blusa.
–¡Max! ¿Qué te trae por aquí?
Él la miró, con el aspecto que ella habría esperado. Parecía celoso y algo sofocado.
–Necesito las llaves de la camioneta de Jasper –dijo despacio, algo vacilante–. Parece que te he pillado en mal momento.
Ella echó el cabello hacia atrás.
–En realidad, estoy algo «ocupada». Lo hago de vez en cuando, sabes, el estar ocupada.
Bruscamente él sonrió y le brillaron los ojos.
–No me digas –dijo pausadamente.
–Juro que no la he tocado, señor McLane –dijo Rodney a espaldas de Lacey.
Maldición.
Lacey se dio la vuelta y vio que Rodney tenía los brazos levantados, como si Max lo estuviera apuntando con una pistola.
–Solo le he arreglado la cama, eso es todo. De pronto se tiró sobre el colchón y empezó a decir cosas raras.
Max apenas podía contener la risa, y los ojos le brillaban de alegría.
–Solo ha sido una broma Rodney –dijo Lacey–. Puedo explicártelo…
–No pasa nada. Tengo que irme –dijo Rodney, y cruzó delante de ella para salir.
–Tengo que pagarte –dijo en voz alta.
–No hay necesidad –le contestó Rodney mientras corría.
–Teniendo en cuenta lo mucho que te has emocionado con la cama, no puedo esperar a ver lo que harás cuando termine el escenario –dijo Max.
–Muy gracioso –dijo Lacey algo avergonzada, irritada y, a decir verdad, divertida.
Le cerró la puerta en las narices.
Max llamó y ella volvió a abrir.
–¿Qué?
–Las llaves.
–Ah –fue a buscar su bolso, sacó las llaves y se las llevó–. ¡Toma!
–No te enfades. Ha sido bonito, ¿vale? Me siento halagado –sus ojos marrones estudiaron su expresión.
–Solo quería demostrarte que el sexo no me asusta.
–Incluso aunque eso fuera verdad, Lacey, ni siquiera sabes quién soy, ni cómo soy…
–Por supuesto que sí. Eres un hombre y yo una mujer. Eso es todo lo que

necesito saber.

–No es tan sencillo. Nuestras vidas son totalmente distintas. Vivimos en mundos muy diferentes.

–Lo sé. Me gusta que seas diferente.

–Tú no sabes ni la mitad –dijo con una sonrisa de pesar.

Agarró las llaves, se caló el sombrero y se despidió de ella, dejando a Lacey pensativa con su última excusa para no acostarse con ella. De modo que, según él, vivían en mundos muy diferentes.

Bueno, bueno, pues tendría que hacer que colisionaran.

Capítulo Seis

Parecía como recién salida de un anuncio de Wrangler, pensaba Lacey mientras se miraba como podía en el estrecho espejo del ropero. Llevaba sus tejanos más ceñidos, una blusa blanca cruzada, unas botas de punta rojas y un sombrero del mismo color.

Si el problema era que ella y Max pertenecían a mundos distintos, entonces ella se acercaría un poco al suyo. Había empezado en el bar texano, pero lo había estropeado emborrachándose. Tenía que demostrarle a Max lo mucho que le gustaba todo lo relacionado con los vaqueros.

Su plan era pedirle a Max que la llevara a dar una vuelta a caballo por el rancho. Ella no había montado a caballo desde que era pequeña, pero debía ser como montar en bicicleta, que a uno nunca se le olvidaba. Y ese era el día perfecto, puesto que debía dejar que se secara el suelo de terrazo, y no podría trabajar en el café.

Conseguir estar con Max se había convertido en un reto para probar a la nueva Lacey; a la mujer que se fijaba objetivos e iba tras ellos. Y todo ello por Max. Tenía algo, su aire de vaquero, por supuesto, pero más que eso su complejidad, su inteligencia, la atraían y le hacían desear más. No podía dejar de pensar en él, incluso soñaba con él. Casi, casi se había convertido en una obsesión. Sabía que harían una pareja perfecta, al igual que sabía que ella sería una pieza clave en Restauración Wellington.

Aquello terminaría con la última de sus objeciones. La pasión de Max por el rancho se le pegaría. A él se le pegaría la pasión de Lacey por él. Y muy pronto estarían pegados el uno al otro, compartiendo sus pasiones.

Se caló el sombrero con determinación y cruzó la carretera, sintiéndose sexy, dura y salvaje con su atuendo de vaquera. Encontró a Max en el establo, metiendo a un caballo en su compartimiento.

–Hola, chico –dijo en tono pausado, colocando un pie en una bala de paja, como una chica del anuncio de vaqueros.

Max la miró boquiabierto.

–¿Qué estás haciendo aquí? –hizo una pausa–. Y vestida así.

Le gustaba. Bien, bien…

–Esperaba que me llevaras a dar una vuelta a caballo por el rancho.

–¿Y para qué hacer eso? –se retiró el sombrero con el dedo.

–Sería divertido. Además, hoy no podemos trabajar en el café. Y me gusta montar –hizo una pausa–. En realidad, me encanta.

Él sacudió la cabeza, sonriendo.

–Nunca te das por vencida, ¿verdad?

Le quitó la silla y la manta al caballo y le dio unas palmadas en la grupa, levantando una nube de polvo.

–Vamos, Max. Será divertido –se acercó a él–. Podrás enseñarme todo

sobre el rancho; lo que te gusta, cómo funciona, todo…

Sí, claro. Como que un contable le iba a enseñar cómo funcionaba un rancho. Si ni siquiera sabía montar bien a caballo.

–¿Estás segura?

–Totalmente. ¿Qué caballo voy a montar?

Oh, Dios. No se le ocurría ninguna razón para rechazarla. Al menos montada sobre un caballo no podría besarla.

–¿Has montado alguna vez?

–Cuando era niña. Entonces me gustó. Y mucho.

–No es tan fácil como parece –dijo–. Tienes que demostrarle al caballo que tú mandas y moverte con confianza.

–Tal vez puedas hacerme una demostración.

–Claro –dijo.

Normalmente acababa en el suelo cuando montaba otro caballo que no fuera Seesaw.

Como este parecía cansado, eligió un caballo castrado color marrón que parecía tan manso como Seesaw. Le puso las bridas y lo sacó al patio, donde le colocó la silla y la cincha sin que el animal se moviera demasiado. De momento la cosa iba bien.

Solo faltaba subir a Lacey.

–¿Puedes montar? –le preguntó él.

–Hace tanto tiempo –se mordió el labio nerviosamente, y a Max no se le escapó el detalle.

–De acuerdo, pon el pie aquí.

Colocó un pie en el estribo, una mano en el hombro de Max, se agarró al pomo de la montura y subió, para descender al momento.

–Los vaqueros me quedan un poco ceñidos –dijo casi sin aliento.

Se inclinó más sobre él, se agarró con más fuerza al hombro e intentó subir de nuevo, pero no tuvo suerte.

–Permíteme –dijo, y le rodeó la estrecha cintura con las manos, intentando no pensar en la maravillosa sensación que experimentó al agarrarla así.

Le empujó una pierna por encima del caballo y entonces ella cayó sobre la montura. Sus miradas se encontraron y él percibió una chispa que saltaba de las profundidades verde esmeralda.

Se la veía cómoda montada a caballo. La blusa de reina del rodeo resultaba muy femenina, el sombrero le ocultaba un poco la cara, dándole un aire misterioso, y el cabello le salía por debajo del sombrero en bonitos mechones que brillaban al sol.

El pomo de la montura le quedaba justo entre las piernas, precisamente ahí, y Max sintió algo especial mientras apreciaba la vista.

–Tal vez prefieras echarte un poco para atrás –dijo, tanto por la estabilidad de Lacey como para su propia paz.

Deseaba bajarla del caballo y besarla hasta dejarle los labios hinchados.

Dejó de pensar en esas cosas y decidió que él necesitaba también un caballo. Entró en el establo y lo echó a suertes, decidiéndose finalmente por uno color marrón rojizo algo más alto que Seesaw y de aspecto agradable.

Preparó al caballo y se dispuso a montarlo.

–¿No deberías apretarlo más? –le indicó Lacey, refiriéndose a la montura.

–Está bien así –dijo él–. Pongámonos en marcha.

–¿Qué estás haciendo, McLane? –Buck le preguntó desde la valla–. ¿Qué tal, señorita Lacey? –se tocó el sombrero al tiempo que la saludaba.

–Hola, Buck –dijo ella.

–¿Qué te trae por nuestro rancho? No te he visto por aquí desde que eras pequeña.

–Max me va a llevar a dar un paseo por el rancho a caballo.

–¿Ah, sí? –el rostro moreno y curtido de Buck se arrugó al sonreír.

–A no ser que me necesites por aquí –dijo Max de buena gana.

–Oh, no. Id y pasarlo bien –Buck se agachó para recoger el sombrero de Max que se había caído y se acercó a él para dárselo–. Estás montado sobre Starfine –le dijo en voz baja–. Es un zángano al que le gusta quitarse de encima a los jinetes bajo las ramas de los árboles, de modo que ten cuidado.

Max asintió.

–Está en buenas manos, señorita Lacey –dijo Buck–. McLane es uno de mis mejores hombres –Buck le guiñó un ojo a Max.

–¿Nos vamos? –preguntó Lacey.

Giró su caballo y lo puso al trote con una eficiente maniobra de las riendas.

Tras unos segundos de inútil esfuerzo, Max consiguió que Starfine arrancara, pero al paso. Aquella iba a ser una larga tarde. De eso se había dado ya cuenta.

Una hora más tarde, Max estaba tumbado sobre el sofá del trailer de Lacey, con una bolsa de hielo que Lacey había insistido ponerle sobre la cabeza.

–No fue culpa tuya, Max. El caballo estaba intentando lanzarte todo el tiempo.

–Sí, pero si hubiera apretado la cincha cuando tú me lo dijiste, la montura no se habría deslizado.

–Siempre sacan las costillas cuando se les ensilla.

–Aun así, podría pasarle a cualquier vaquero. ¿Qué tal tu cabeza?

–Está bien. Solo es un pequeño chichón, eso es todo. Ni siquiera necesito esta bolsa de hielo.

–Déjatela ahí. Así no te saldrá un chichón. No tienes sueño, ¿verdad? Deja que te mire a los ojos.

Eran tan marrones, tan profundos, que sintió deseos de hundirse en ellos. Pero se obligó a examinarle las pupilas para ver si estaban igualmente dilatadas. Eran como dos gotas negras en medio del terciopelo marrón.

–Deja que te traiga algo para la mejilla –le dijo mientras iba al baño por un medicamento.

Volvió al salón y se sentó junto a él, y le rozó el costado con la rodilla,

algo que le resultó de lo más agradable. Al menos el hecho de cuidarle le daba una excusa para acercarse más a él.

–Me lo he pasado fenomenal en el rancho –dijo mientras vertía un poco de agua oxigenada en un pedazo de algodón–. Entiendo por qué te gusta trabajar al aire libre. Aire puro, ejercicio, trabajar con el ganado. Arreglaste bien ese poste de la valla.

–Dijiste que estaba torcido –dijo y esbozó una sonrisa.

–Bueno, una chispa. Y después sacaste a la ternera de esa grieta en la roca. Fue estupendo.

Le limpió los arañazos de ambas mejillas con el algodón.

–Me estás matando, Lacey –dijo Max.

–Solo es un poco de agua oxigenada, por amor de Dios.

–No me refiero a eso –dijo en tono sensual, y le agarró la mano por la muñeca para detenerla.

Entonces la miró a los ojos.

Lacey sintió un calor que la recorrió de pies a cabeza.

–Oh. Entiendo.

Y vaya que si entendía. Llegaba la parte de la película en la que la heroína arreglaba al maltrecho héroe, sus miradas se encontraban y, de pronto, la escena de amor.

Antes de que le diera tiempo a pensar en nada más, Max se incorporó y sus labios le asaltaron la boca, fuertes y calientes, incluso mejor que cuando la había besado en la cocina. Ella ladeó ligeramente la cabeza para que él la besara mejor. Su beso era tan bueno, tan intenso. Pura magia. Finalmente sus lenguas se encontraron, pero al momento un frío helador se interpuso entre ellas. Era la bolsa de hielo que se le había resbalado a Max de la cabeza.

Se separaron y la bolsa cayó sobre el regazo de Max. Lacey la empujó al suelo. No quería que Max tuviera nada frío en el regazo.

Lacey se inclinó para continuar donde lo habían dejado, pero Max se apartó.

–No podemos hacer esto, Lacey –la llama que ardía en su mirada contradecía sus palabras.

Estaba casi jadeando, y a Lacey le pasaba lo mismo.

–Claro que podemos. ¿Por qué no? –marcó sus varias objeciones con los dedos–. No estoy borracha. Ambos hemos quedado en que esto es algo casual, y acabo de decirte lo mucho que me gusta tu trabajo y tu mundo. ¿Así que, cuál es el problema?

Cerró los ojos y se inclinó hacia delante. Entonces sintió que Max vacilaba un momento y suspiraba.

–Oh, al cuerno con todo –y la besó apasionadamente, pero a los pocos segundos se apartó de ella–. Tengo que irme –dijo.

–¿Por qué? –preguntó, aturdida por el beso.

–Tengo que limpiar los compartimientos.

–¿Qué? –el aturdimiento desapareció–. ¿Prefieres limpiar boñigas a acostarte conmigo?

–No es eso, Lacey –la miró con deseo–. Si me quedo aquí un minuto más, no podré marcharme.

Entonces agarró su sombrero y fue hacia la puerta, donde se detuvo un momento para mirarla.

–Te veré mañana –le dijo antes de salir.

–Sí –dijo finalmente, sorprendida por lo que acababa de decirle–. Hasta mañana.

Vaya. Max la deseaba tanto que solo bastaría un beso para que no pudiera parar. Un solo beso. De acuerdo, pensó mientras se dejaba caer sobre el sillón, se lo tomaría como un desafío personal.

–¿Cómo fue la vuelta? –Buck le preguntó a Max a la mañana siguiente mientras tomaban un café en el establo antes de ir a ver cómo estaban las cercas, reunían al ganado perdido o distribuían bloques de sal.

–Bien, supongo –sin pensar se frotó el golpe de la cabeza–. Lo malo fue que Starfine me tiró y mi dignidad quedó por los suelos, nunca mejor dicho.

–Acabaste en el suelo, ¿no?

–Desde luego.

Buck lo miró con especulación.

–Me pregunto si sabes lo que haces, hijo.

–No lo recinché después de salir del cercado.

–No, me refería a la señorita Lacey. Es un cielo. Sé dulce con ella.

–No quiero ser de ninguna manera, Buck. Te lo juro, estoy haciendo todo lo posible para vigilarla sin, esto…

–¿Sin pensar con una parte de tu anatomía? Bien. Sé que harás lo correcto. Wade aplastaría a cualquiera que quisiera aprovecharse de su hermana. Tal vez sea mejor que te duches con agua fría, chico.

Al pensar en las duchas frías recordó que la bolsa de hielo lo había salvado el día anterior en la caravana de Lacey. Tendría que mantenerse alejado de aquella pequeña caravana y su acogedora camita.

Buck lo miró pensativamente.

–Sabes, Ray, del Rancho Arroyo Rojo, podría echarme una mano aquí –dijo–. ¿Y si trabajas a tiempo completo en el café durante un tiempo? Así podrías terminar antes el trabajo y salir lo antes posible. Y la tentación sería menor.

Max miró al hombre a la cara; no quería dejarlo tirado.

–Eso no estaría mal, Buck. Si estás seguro de que no me necesitas.

–Nos las apañaremos sin problemas.

–Entonces aceptaré tu oferta. Además, sé que no te he sido de mucha ayuda.

–Lo has hecho bien –dijo Buck con afecto–. Me recuerdas a mi hijo. Él también era un chico de ciudad –hizo una pausa y empezó a escupir tabaco en el suelo–. Sabes, tal vez puedas echarle una mano a un amigo mío.

–Cuéntame.

–Riley Sotker trabaja muy bien el cuero. Ha hecho unos ronzales que no cuestan demasiado caros. Los vendería muy bien en establos donde se enseña a montar y sitios así, pero no sabe nada de números. Necesita a

alguien que le enseñe cómo venderlos. ¿Te importaría sentarte con él y repasar lo que tiene?

–Me encantaría.

–Estupendo –contestó Buck–. ¿Ahora, por qué no vas y cargas los bloques de sal en la camioneta?

Max fue a hacer lo que le había pedido, agradecido de que le hubiera hecho una sugerencia para pasar menos tiempo con Lacey.

¿Por qué demonios se comportaba como un adolescente cada vez que estaba con ella? Aunque no hubiera sido hermana de Wade, Lacey no era su tipo.

Eran muy distintos, aunque no del modo en que pensaba Lacey. Al igual que Heather, la novia que tuvo en la facultad, Lacey se había criado con dinero y la inconsciente seguridad que eso implicaba. Él, por otra parte, fracasaba o destacaba él solo. No tenía a nadie que lo ayudara a levantarse si se caía.

Le gustaba ser auto suficiente y quería una mujer que entendiera y valorara eso. Lacey no actuaba como si le importara el dinero, pero Max sabía que no era lo mismo.

Lacey no era la mujer que él quería, y por ese motivo le costaba explicar la intensidad de la atracción que sentía por ella.

Además, según Wade, estaba casi prometida en matrimonio. Y aunque hubiera roto con el tipo, como ella decía, Lacey no era de las que le gustaban los líos de una noche. En su mirada había visto fuerza y resolución, pero también fragilidad. Y Max no quería hacerle daño. Ni tampoco permitiría que nadie más se lo hiciera. Por un momento, pensó que le gustaría conocer a aquel tal Pierce para ver si era bueno o no para Lacey. Le sobrevino una sensación de rabia y pesadez solo de pensar en que aquel ejecutivo cretino pudiera ponerle a Lacey las manos encima.

Pensándolo bien, tal vez sería mejor no conocer al tipo. Si se enteraba de que había molestado a Lacey de cualquier manera, habría un duelo al estilo texano.

Capítulo Siete

–Lacey, creo que ya es hora de que hablemos.

Caramba, era Pierce el que la llamaba por teléfono. No había sabido nada de él desde que habían roto, y Lacey había esperado que eso significara que aceptaba su decisión.

–Has tenido tres semanas para pensártelo todo bien, y ahora necesito verte.

Estaba claro que él no se lo había pensado bien.

Lacey se puso derecha sobre el taburete forrado de piel de cebra sintética.

–Nada ha cambiado, Pierce.

–Dame una oportunidad para hablar contigo. El viernes se celebra un banquete para los chicos de California. Podremos hablar, y después te llevaré a Alberto's –hizo una pausa–. Tu favorito.

–No puedo, Pierce. Estoy muy ocupada aquí.

–¿Entonces no puedes tomarte una noche libre?

–Este viernes no.

En realidad, iba a escuchar unas cuantos grupos de música para la inauguración del local, pero no podía decirle eso. Podría decírselo a Wade y su plan se echaría a perder.

–Vente para acá, Lace. Te echo de menos. Estamos sufriendo con la tensión de la separación.

–Siento que me eches de menos, Pierce, pero es para bien. Yo…

–Ven a probar esto –le gritó Ramón desde la cocina–. ¡Corre!

–Hay un problema en la cocina, Pierce. Tengo que dejarte. Te volveré a llamar –le colgó, preguntándose qué más podría decirle.

El problema en la cocina era que Ramón se había vuelto tan exigente y temperamental como cualquier jefe de cocina famoso, esperando que lo dejara todo para ir a probar una salsa o un plato nuevo. Habría resultado irritante si la comida no hubiera sido tan buena.

Mientras iba hacia la cocina deseó poder estar en el banquete de los chicos de California. Sintió también cierta envidia por no haber estado presente en las negociaciones para las propiedades de California. Estaba algo alejada de todo en aquel pueblo perdido. Debería haber estado en contacto con Wade acerca de los planes para California, o enviándole por correo electrónico sus ideas.

No importaba. En seis semanas, cuando El Café de las Maravillas empezara a tener éxito, le habría demostrado a Wade su valía y podría estar en donde deseaba estar: en medio de todos los tratos de negocios que quisiera.

Al pasar por el arco que llevaba a la cocina, vio a Max sentado a una

mesa con un vaquero de aspecto curtido. Ambos estaban inclinados sobre el ordenador de Lacey, y Max estaba explicándole algo al hombre, que en ese momento asentía. Junto al ordenador había un montón de algo que parecían ronzales.

¿Qué demonios hacían unos vaqueros con un ordenador? A Lacey se le ocurrió que no sabía mucho de la vida en un rancho actual. Suponía que tenían que llevar una contabilidad y calcular gastos, pero a Lacey le había sorprendido la facilidad con que Max se había ocupado de su presupuesto.

En ese momento, el vaquero le estrechó la mano a Max, se puso de pie, agarró sus ronzales y se marchó.

Max levantó la vista y la miró. Entonces agarró el ordenador y lo puso sobre el mostrador, junto a unos papeles en los que había estado trabajando.

–¿De qué iba todo eso? –le preguntó Lacey.

–Era un amigo de Buck. Le estaba ayudando un poco con, esto, unos números –dijo, visiblemente cortado.

–Ya era hora –Ramón se asomó en ese momento por la puerta de la cocina y la vio–. Prueba esto –dijo, y le pasó un cucharón lleno de un líquido marrón oscuro.

Lacey probó el líquido caliente. Tenía sabor a chocolate, especiado y cremoso.

–Mmm –dijo ella, y entonces miró a Max y vio que la miraba.

–¿Quieres probarla? –le preguntó, y seguidamente acercó el cucharón a los labios de Max.

Este separó un poco los labios y en ese momento sus miradas se encontraron. Lacey sintió un escalofrío por dentro. Max tenía los ojos tan oscuros e intensos como la salsa de chocolate que ella le estaba dando a probar, y Lacey sintió como si, al igual que la salsa, se disolviera en su lengua.

Sin dejar de mirarla, Max saboreó la salsa.

–Mmm –dijo, refiriéndose tanto a lo que estaba mirando como a lo que estaba probando.

Entonces cerró los ojos de placer. ¿Haría lo mismo mientras hacía el amor?

–Dios mío –murmuró Ramón–. Id a un hotel.

Lacey se puso colorada y le pareció que Max también.

–Está deliciosa, Ramón –le dijo Lacey.

–Ramón es un auténtico cocinero –le dijo Max en tono normal, claramente intentando cambiar de tema.

–El mejor. Incluso tiene temperamento –dijo Lacey, pero no pudo conseguir que Max la mirara a los ojos.

Había estado muy distante con ella desde el incidente de la bolsa de hielo en su caravana. Lo único que le hacía falta era un beso más y lo tendría, pero no pensaba atacarlo. Tenía que llegar el momento adecuado.

–Pedí el equipo de música del que hablamos –dijo él.

–¿Podemos permitírnoslo?

–He conseguido ahorrar en otras cosas.

–Tal vez deberías enseñarme el presupuesto.

–Lo intenté la semana pasada, pero estabas trabajando en el arco del escenario.

–Lo sé –dijo ella–. No debería ponerme tan práctica. Pero fue tan divertido ver cómo encajaba la madera en su sitio después de cortarla.

–La sierra circular no tiene secretos para ti, Lacey –le dijo sonriente.

Seguramente se había metido demasiado en el proceso de construcción del local y había dejado el presupuesto en manos de Max. Por otra parte, él parecía mucho más contento con una hoja de cálculo que con una sierra.

–El presupuesto está bien –dijo él, y la miró como si quisiera preguntarle si se fiaba o no de él.

Lacey pensó que por supuesto que se fiaba de él, pero tal vez hubiera llegado a depender demasiado de Max. Su carrera profesional dependía de aquel proyecto.

–Creo que necesito organizarme para repartir bien el capital –dijo con firmeza.

–De acuerdo. Lo que quieras. Jasper quiere hablar contigo de algo en su estudio. ¿Por qué no vas a ver lo que quiere y, mientras tanto, yo pensaré en algo? –dijo con recelo.

–De acuerdo –respondió Lacey llena de dudas.

¿Por qué se mostraba tan renuente? ¿Iría a darle una mala noticia?

Lacey se dio cuenta de que el estudio estaba empezando a tomar forma cuando cruzó la puerta de madera para entrar en la enorme caseta: un gigantesco túnel semicircular de metal ondulado. Jasper había montado sus antiguas esculturas en la parte de delante y el equipamiento y los bancos de trabajo estaban en la parte trasera.

El ruido de martillazos sobre el metal la condujo hasta Jasper, que estaba dándole golpes a la parte de abajo de un sapo hecho de un timbal y diferentes piezas metálicas.

–Eh, Jasper –gritó para que lo oyera con el ruido–. Has hecho ya mucho trabajo.

Jasper se levantó del taburete y se estiró.

–Hola, chica.

–La caseta está fenomenal –dijo mientras miraba a su tío a la cara, que la tenía roja y sudorosa.

Definitivamente tendría que comprar unos cuantos aparatos más de aire acondicionado.

Entonces continuó mirando alrededor, al tiempo que empezó a ocurrírsele una idea.

–Sabes, Jasper, casi tienes aquí material para una exposición.

–Qué casualidad que digas eso –dijo Jasper, con un brillo de interés en los ojos–. Uno de mis antiguos compañeros de cooperativa estuvo aquí ayer para ver lo que estoy haciendo. Se trajo con él al dueño de la Galería de Arte en Movimiento. El tipo dijo que varias personas le habían pedido cosas mías. Pero tal vez lo dijera por decir.

–Seguro que no. Eres prácticamente un icono, tío Jasper. Estoy seguro

de que tienes muchos seguidores y que ni siquiera lo sabes.

–Tú, Lacey no eres objetiva, la verdad. Eres mi mayor fan –la miró con afecto. Aunque una exposición podría ser divertida…

–Una exposición, sí, pero se me está ocurriendo una idea mejor –hizo una pausa mientras se lo imaginaba–. ¿Por qué no trasformamos este lugar en una galería de arte?

–¿En una galería? No… es demasiado complicado. No soy un hombre de negocios.

–Para la parte empresarial siempre se puede contrata a alguien, Jasper. Tú eres el artista.

Miró a su alrededor, imaginándose un grupo de patrocinadores admirando su Torre Eiffel de alambre y el cucurucho de helado gigante.

Sería fabuloso. Echó a andar, hablando mientras caminaba.

–Podríamos partir en dos esta zona, y bajar parte de los techos para colgar piezas más ligeras de ellos –avanzó unos pasos–. Pondríamos la mesa de recepción a la entrada. Dejaríamos las paredes curvas, pero utilizaríamos placa de yeso para colgar las esculturas de las paredes. Seguiría teniendo un aspecto industrial, pero con el toque de Jasper Wellington –se dio la vuelta para mirar a su tío–. Podríamos hacerlo. Llevaría un par de meses construirlo todo. Y, por supuesto, tendrías que renovar tus contactos en la comunidad artística, para mover el tema un poco. Diantres, Jasper, podrías incluso exponer la obra de otros artistas. ¿Qué te parece?

–No sé, Lacey –sacudió la cabeza–. Ahora me lo estoy pasando bien. Con eso me basta.

–No te subestimes, Jasper. Esto podría ser estupendo. Es el siguiente paso lógico.

–Cariño, tú preocúpate del café.

Pero Lacey sabía que la afición de Jasper le costaría un riñón. Por otra parte, si trasformaba el estudio en una galería de arte, tal vez pudiera conseguir un préstamo para el negocio.

–Hablaré con Max del presupuesto –dijo.

–De verdad que estoy bien –dijo–. De verdad. En cuanto traigamos un torno nuevo, claro está…

Lacey esperaba desesperadamente que Max no le hubiera estado ocultando alguna mala noticia en relación al dinero, porque acababa de descubrir una nueva y fabulosa inversión que, conociendo a Jasper, cada vez sería más costosa.

Cuando Max repasó las hojas de cálculo con ella una hora después, Lacey respiró aliviada al ver que el presupuesto parecía alto.

–Estaba segura de que me había pasado con los gastos –le dijo.

–Pues al final está saliendo bien –apuntó Max mientras se encogía de hombros–. Es que no te habías dado cuenta de todos los recursos que tenías.

–Tal vez no –frunció el ceño.

Habría jurado que el cálculo para la publicidad que él le acababa de

enseñar era más alto que el anterior. ¿Y no faltaban algunos costes? En ese momento deseó haber llevado más de cerca los cálculos.

–No sé cómo lo has hecho –dijo despacio.

¿Habría cometido Max algún error? Hizo un apunte mental para comprobar sus primeros cálculos.

–Como he dicho, es una cosa de números.

–Supongo que sí –dijo, pensando que debía tener algo más de fe en él–. Bueno, sencillamente eres un mago de los números, es todo lo que puedo decir.

–No ha sido nada, te lo aseguro –dijo.

Se comportaba como si hubiera hecho algo mal, como si la hubiera engañado, en lugar de haber hecho un milagro presupuestario.

–De verdad, Max, no seas tan modesto.

–Créeme, no lo soy.

–Sabes, con tu talento, podrías ser contable en un abrir y cerrar de ojos. Podría recomendarte si quisieras un empleo en…

–No, gracias –contestó.

–Lo digo en serio. Podrías hacerlo con facilidad…

–No quiero ese tipo de trabajo, Lacey –dijo, cortándola–. No tengo interés en los negocios.

–Oh, lo siento –dijo ella, sorprendida por su repentina agresividad–. Por supuesto, estás haciendo lo que te apetece. No quería implicar que ser un vaquero no fuera estupendo ni nada. Yo…

–Olvídalo. Solo fueron unas pocas cuentas –le sonrió–. No tiene tanta importancia.

–Claro. Supongo que me emocioné porque tenemos fondos suficientes y porque tengo un plan para el estudio de Jasper.

Una vez que Max la había aliviado de sus preocupaciones financieras, el entusiasmo inicial volvió con más fuerza.

–¿Tú tienes un plan? Por lo que he visto, Jasper tiene más planes que ninguna otra persona

–Quiere colocar unas claraboyas en el estudio y algunas unidades más de aire acondicionado. Pero he visto todas las esculturas que tiene ya, y me he dado cuenta de que podríamos transformarlo en una galería de arte.

–¿Una galería de arte?

–Sí. Lleva un par de años fuera de circulación, pero solía montar exposiciones en las galerías del centro, también en Phoenix. Me dijo que hay personas que aún preguntan por su trabajo. Esto le daría un empujón tremendo. La verdad es que le encanta su trabajo.

–Muy interesante… –dijo Max, observándola detenidamente.

–A mí me parece una idea estupenda. Y haría revivir a Jasper. He estado pensando que tal vez estuviera un poco deprimido desde que se rompió la pierna hace tres años. Y aquí es donde tú nos puedes ayudar, Max. Estaba pensando en solicitar un crédito para reducir el desembolso de capital. También estaba pensando que tal vez la Comisión de las Artes de Arizona podría ayudarnos con una beca o algo así, sobre todo si empieza a dar clases a chicos sin recursos como Ramón –dejó de hablar y lo miró–. ¿Entonces, qué te parece, Max?

Max la miraba con curiosidad. En su mirada se veía ternura y su sonrisa era casi, como decirlo, soñadora.

–Me estás mirando de una manera muy extraña.

–Solo te estoy escuchando, sintiendo tu entusiasmo, eso es todo.

–Bueno, pues deja de hacerlo, ¿vale? Me estás distrayendo.

–Claro. No hay problema –pestañeó y cambió de cara.

–No sé cómo puedo sacar esta idea adelante cuando hay tanto que hacer en el café –suspiró Lacey.

–¿De verdad?

–Oh, sí. Tengo que programar las inspecciones del seguro contra incendios y la de sanidad, contratar a camareras y montar la publicidad y las audiciones de grupos –Lacey se calló bruscamente al ver que Max la miraba otra vez de aquel modo.

–Lo estás haciendo otra vez –dijo.

–¿Haciendo el qué?

–Mirándome así –frunció el ceño con sospecha–. ¿No estarás a punto de decirme que soy muy mona o algo así?

–No me atrevería –dijo–. Es que no puedo dejar de mirarte. Me sorprendes.

–¿De verdad? –preguntó mientras se ruborizaba.

–Sí, me sorprendes. Trabajas con tanto empeño en esto. Eres indomable, y eso lo admiro. Y encima de todo, estás ayudando a tu tío.

–Lo intento.

Su elogio le llegó directamente al corazón.

–Y sé que tendrás éxito.

–¿Tú crees?

–Lo sé. Y si tu hermano no se da cuenta de eso, entonces es un imbécil –dijo en tono apasionado, pero también con ternura; levantó la botella de cerveza a modo de brindis–. Por ti, Lacey –dijo.

–Y también por ti, Max –respondió ella–. Has hecho mucho por mí –dijo mientras brindaba con su botella de cerveza.

Se produjo un largo silencio. El tema del negocio había concluido, pero ninguno de los dos parecía inclinado a marcharse. Lacey sintió la familiar tensión hombre mujer que había sentido antes, surgiendo entre ellos como las volutas de humo de un fuego inextinguible.

Max se aclaró la voz.

–Bueno, creo que los dos nos hemos esforzado mucho por controlar nuestros… antojos. Eso habría sido un gran error.

–¿De verdad lo piensas?

–Oh, sí –dijo con finalidad, como si entre él y ella no pudiera haber nada más, como si el estar sentado tan cerca de ella no lo afectara en absoluto.

–Brindo por la sensatez –dijo Max mientras levantaba la botella para brindar de nuevo.

A Lacey se le encogió el corazón. Tal vez fuera el momento de darse por vencida. ¿De otro modo, cuánto tiempo podría pasar intentando seducirlo sin humillarse? Probablemente había llegado el momento de darse por vencida.

–Brindo por ello –dijo con pesadumbre.

¿Qué más podía decir?

En ese momento captó un movimiento a través de la ventana de la fachada delantera del café. Observó con horror que un BMW se detenía en el aparcamiento. Pierce. Había ido a verla, a hablar con ella para que volvieran a estar juntos. Estupendo.

–¿Qué ocurre? –le preguntó Max, mientras se daba la vuelta para ver lo que estuviera mirando ella.

–Nada… –dijo, tirándole del brazo para que la mirara a ella.

Pierce estaba saliendo del coche. Lacey decidió que tenía que arreglar aquello de una vez por todas. Tenía que demostrarle a Pierce no le había dicho lo que le había dicho por decir. Y sabía exactamente cómo hacerlo. Tan solo si Max quisiera cooperar…

–Escucha, Max. ¿Recuerdas que te dije que había roto con mi novio? Bueno, va a entrar de un momento a otro y te necesito para… –Pierce subía ya por las escaleras del porche–. Bueno, qué más da…

Se bajó del taburete, le echó los brazos al cuello y empezó a besarlo.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó Max, aturdido.

Ella se retiró lo suficiente para decirle:

–Por favor, sígueme la corriente, ¿vale? Aquí viene.

La campanilla sobre la puerta tintineó y Lacey agarró a Max por el cuello con más empeño, para que él siguiera besándola unos segundos más. Los suficientes para que Pierce los viera.

Pero Max no estaba por la labor. Le quitó las manos del cuello y utilizó una bota para empujar el taburete y volverse de frente al hombre que acababa de entrar.

–¿Pierce, qué estás haciendo aquí? –le preguntó ella sin aliento.

–He venido a verte –Pierce frunció el ceño–. Pero parece que te he pillado en mal momento.

Lacey percibió una sombra de dolor en su mirada y lo sintió. No quería hacerle daño, solo que la tomara en serio.

–Este es Max McLane –dijo–. Y estamos juntos.

Sintió que Max se ponía tenso.

–Max, este es Pierce Winslow, mi ex novio.

Max se tocó el sombrero para saludar a Pierce y, tras una pausa, le echó el brazo a Lacey con gesto protector. Menos mal que por fin la estaba ayudando.

Miró a Max y en sus ojos vio una mezcla de irritación y deseo. No le gustaba lo que Lacey había hecho; tendría que disculparse más tarde. En ese momento, tenía que dejarle a Pierce las cosas muy claras.

–Siento que hayas tenido que presenciar esto, pero al menos ahora me creerás cuando te digo que lo nuestro se terminó.

–¿Podría hablar contigo a solas? –le preguntó Pierce.

–Ya hemos hablado antes. Cualquier cosa que quieras decirme, puedes hacerlo delante de Max.

Pierce miró a Max con rabia y sospecha. ¿Y si se peleaba con Max? ¡Eso sería horrible! Pero Pierce debió de pensárselo mejor y se volvió de nuevo hacia ella.

–¿Qué estás intentando demostrarme? –Pierce le preguntó con agresividad.
–No estoy intentando demostrar nada.
–Y un cuerno…
–Déjelo ya, señor.
Max estaba muy enfadado por la pequeña charada a la que lo había arrastrado, pero al notar que le clavaba los dedos en el costado entendió que lo necesitaba, de modo que pensó que no podría dejarla en la estacada. Además, con el beso que le había dado deseaba hacerle el amor allí mismo. De modo que, por el bien de Lacey, haría que aquel tipo se largara.
–Me parece que la señorita se lo ha dejado claro –dijo Max en su mejor tono texano–. Creo que lo que quiere es que usted se marche. Y espero que lo haga. Inmediatamente.
–Manténgase al margen de esto –dijo el muy cretino.
–Estoy metido en ello –dijo Max tranquilamente, pero con frialdad–. Lacey y yo significamos algo el uno para el otro –Max apretó a Lacey contra su cuerpo, y ella lo miró y sonrió.
–¿No se da cuenta de que Lacey está jugando? –le preguntó Pierce.
–Ella no haría eso.
Y dicho eso, Max se puso de pie y dio un paso adelante. Pierce se quedó quieto un segundo mientras Max le echaba una mirada en plan vengador texano.
Y funcionó. Pierce retrocedió también y fue hasta la puerta.
–Solo le está utilizando –le dijo antes de salir.
–Y le doy gracias a Dios por ello. Espero que me utilice del todo.
Pierce emitió un sonido de desagrado, salió por la puerta y la cerró de un portazo. Max lo observó marchar, entonces puso el cartel de cerrado en la puerta, bajó las persianas y echó el cerrojo.
–Gracias Max por seguirme la corriente –dijo Lacey.
Max estaba pensando que seguramente aquel idiota estaría ya llamando a Wade al móvil para contarle que el vaquero se había liado con su hermana. Qué ironía que, después de haber evitado acostarse con Lacey todo ese tiempo, acabara siendo acusado de ello por culpa de aquel alocado plan que ella había ideado.
–¿Seguirte la corriente? ¿Por qué no iba a hacerlo, cuando es verdad? –la agarró de la cintura y la apretó contra su cuerpo–. No tenía idea de que lo dijeras en serio, Lacey. Pensé que solo querías un amante. Esto lo cambia todo.
–¿De verdad? –Lacey lo miró muy sorprendida, y Max ahogó una sonrisa.
Pronto tendría que darle cuentas a Wade, pero mientras tanto le enseñaría a Lacey el peligro de jugar con fuego. Solo esperaba poder hacerlo sin quemarse.
–Oh, sí… –le dio un beso en serio y después se retiró, intentando no echarse a reír por la sorpresa que vio en su cara.
–¿De verdad? –preguntó mientras se mordía el labio.
–De verdad –respondió, mirándola con tranquilidad–. Ahora veo que

tenemos un futuro juntos.
–¿Te… tenemos?
–Claro. Yo me marcharé dentro de un mes y tú podrás venir conmigo. Habrás terminado aquí con el café. Estaba pensando en marcharme a Oregon, tal vez a talar árboles.
–¿Talar árboles?
–Sí. Yo talaré árboles y tú puedes hacer de ama de casa en una de las cabañas. A veces las cañerías son algo deficientes, pero al menos tienes los bosques donde puedes ir a hacer tus necesidades. Me comentaste lo mucho que te gusta estar al aire libre. Y para bañarte puedes calentar el agua en la cocina de leña; después de recoger la leña, por supuesto. Claro que debes tener cuidado de los osos y las culebras.
–¿Osos y culebras? Max, tenemos que pensar en esto. No sé si lo de talar árboles…
–Tal vez prefieras Colorado –le dijo para insistir en su idea–. Hay un rancho de ovejas donde sé que me contratarían. Bueno, las ovejas dan más trabajo que las vacas, pero tal vez te apetezca hacer algo tú también. Como por ejemplo teñir lana, o tejerme un suéter para los largos y fríos inviernos.
–Tengo un empleo en Phoenix, Max. No puedo moverme. Y ni siquiera sé tejer.
–¿No quieres que estemos juntos? –intentó poner una expresión triste.
–Bueno, yo…
Cuando Lacey lo miró con tristeza, Max sintió lástima por ella, al tiempo que un enorme deseo. Maldita sea, le daría solo un beso.
Cuando sus labios se encontraron, Max sintió como si hubiera tocado un tendido eléctrico. Empezó acariciándole la espalda y poco a poco fue subiendo las manos hasta hundírselas entre los rizos y acariciarle la nuca.
Ella se estremeció pegada a su cuerpo. Le hundió las manos en los cortos cabellos y se arrimó aún más a él, como si quisiera meterse dentro de él. Él le sacó la blusa con brusquedad y seguidamente le metió las manos por debajo para presionarle la suave carne de los costados unos momentos antes de meterlas donde él deseaba de verdad, bajo el encaje del sujetador para acariciar los pechos que le habían estado provocando desde el primer día. Dio con el broche delantero del sujetador y lo abrió. Al momento siguiente estaba en posesión total de sus pechos, suaves y turgentes y mucho más maravillosos de lo que se los había imaginado.
Lacey gemía entre beso y beso, como si intentara decir algo. Tenía que tocarla más; necesitaba quitarle la blusa para tener más libertad de movimientos, y también poder quitarse él la camisa. Brevemente, se le pasó por la cabeza que aquello era un error. Había estado jugando con fuego para enseñarle una lección, pero de pronto era él quien se estaba quemando. Él mismo. Pero no le importaba.
Se había apartado de su boca y estaba ya desabrochándole los botones de la blusa, cuando Lacey le susurró:
–Tal vez podamos arreglarlo de alguna manera.
–¿Eh? –murmuró, aún aturdido.
–Tal vez yo pudiera irte a ver a Oregon y tú a mí a Phoenix, y…

–¿Cómo?

Se quedó paralizado al tiempo que asimilaba la realidad de sus palabras.

Entonces hizo lo único que podía hacer. Fingir que ella había estado bromeando.

–Muy graciosa, Lace –dijo y soltó una risotada seca.

–¿Eh? –Lacey sacudió la cabeza brevemente y pestañeó.

El dolor que vio en sus ojos hizo que se le encogiera el corazón, y a punto estuvo de dejar la charada y contarle todo: su promesa a Wade, su condición fingida de vaquero, todo. Pero eso no lo ayudaría.

–Solo estabas bromeando conmigo –dijo–. Siguiéndome la corriente como yo he hecho con Pierce.

–Sí, claro –confirmó con una risotada aún más seca que la de él–. Vale.

Retrocedió un paso, se bajó la blusa y se abrochó el sujetador.

–Por un momento me habías engañado –respondió, y le dio una palmada en el brazo con suavidad, como si fueran colegas.

Pero se sintió como un cretino total al ver la tristeza reflejada en su rostro. Solo le consolaba que al fingir que no había ocurrido había hecho lo mejor para ella.

–Sí –ella se echó a reír y le devolvió la palmada, pero se veía lo mal que se sentía.

–Bueno, será mejor que me marche –dijo mientras se apartaba, ignorando el modo en que los pantalones le apretaban por la parte de la entrepierna–. Hasta mañana –añadió, retrocediendo hacia la puerta.

–Hasta pronto –contestó ella, pero no lo miró a los ojos, tan decepcionada como estaba.

Deseaba hacerle el amor solo para que ella se sintiera mejor, pero sabía que eso sería un gran error. Tanto para ella como, se dio cuenta en ese momento, para él.

Max fue directamente a llamar a Wade. Como no lo encontró en la oficina, decidió llamarle al teléfono móvil. Aquello era desde luego una emergencia.

–Dígame –contestó Wade en tono jovial.

Max oyó música y risas de fondo.

–Max McLane. Siento molestarte a estas horas, pero…

–Eh, Max. Me alegra que me hayas llamado.

–Escucha, Wade, necesito hablarte de Lacey.

–No se habrá dado cuenta de que hemos aumentado el presupuesto, ¿verdad?

–No.

Lacey le tenía por un genio de los números. No sabía que Wade había autorizado que se le diera una inyección de capital y, si Max podía evitarlo, jamás se enteraría.

–Bien –continuó diciendo Wade–. Tiene lo que quería, de modo que debería estar feliz. ¿Está contenta, Max?

–¿Contenta? ¿Con el proyecto? Sí –contestó con sinceridad; en cuanto a lo demás, le daba miedo pensarlo–. Escucha, acaba de ocurrir algo y quiero explicártelo antes de que lo haga Winslow.

–¿Winslow? ¿Qué tiene que ver Pierce con todo esto?

–Acaba de estar en el café de tu hermana.
–¿Allí?
–Sí. Hubo un incidente con Lacey.
–¿Un incidente? –Wade se puso tenso al momento–. ¿Qué pasó? ¿Está bien Lacey?
–Sí, está bien –hizo una pausa–. Parece ser que Lacey rompió con Winslow, pero él no lo aceptó, de modo que tu hermana quiso… ilustrar su intención.
–¿Y qué hizo? –preguntó Wade en tono receloso.
Max aspiró hondo y habló sin detenerse.
–Me sugirió que nosotros, ella y yo, fingiéramos que estábamos, esto, saliendo.
–¿Saliendo? ¿Tú y Lacey?
–Sí. De modo que hicimos eso –rezó para que Wade no le preguntara por los detalles– delante de Pierce. Lo siento, Wade. Fue ridículo y debería haberme negado, pero no lo hice y…
Su voz se fue apagando y Wade se quedó en silencio. Max temió el discurso que se le avecinaba.
Entonces, bruscamente, Wade se echó a reír.
–¿Y Pierce se lo tragó?
–Sí, la verdad es que sí.
¿Y por qué no? Hasta Max había estado a punto de creérselo.
–Pero eso es imposible, Lacey y tú, vamos…
–Sí, imposible –intentó reírse con él, pero la reacción de Wade lo había fastidiado.
–Lacey cree que eres un vaquero, por amor de Dios.
–Algunas mujeres se vuelven locas por los vaqueros, ya sabes –dijo con cierto malhumor.
–Ya, entiendo. Será por la fama de chicos malos que tienen. Pero Lacey no es así. Solo está intentando demostrar su independencia. De mí, sobre todo, pero parece que también ha incluido a Pierce en el tinglado –hizo una pausa–. Es una verdadera pena, porque esos dos se llevan bien. Seguramente lo arreglarán en cuanto ella esté de vuelta.
–No lo sé. Me pareció algo… –«imbécil», pensó Max– egocéntrico –añadió.
–¿De verdad? ¿Eso crees tú?
–Solo ha sido una primera impresión.
–Siento que Lacey te metiera en eso –dijo Wade.
–No hay problema.
Le hubiera gustado añadir que no había sido un castigo cruel. Aún tenía en la boca el sabor de sus labios y sentía en las manos el peso de sus senos…
–Mi hermana es la chica más difícil y testaruda del mundo.
Quería decirle que no era una chica, sino una mujer. Y tan sexy que ningún hombre en su sano juicio sería capaz de rechazarla.
–Bueno, solo quería que supieras lo que ha ocurrido por si te llama Pierce, para que no te imagines nada raro.
Wade volvió a reír.

–Relájate, Max. Sé que nunca irías detrás de mi hermana. Tú eres mi sustituto. Gracias a Dios que estabas tú y no un verdadero vaquero que podría haberse pasado de la raya cuando Lacey le dijera que había cambiado de opinión –Wade suspiró–. Me alegro que estés ahí vigilándola.

Estupendo. Eso terminó de fastidiarlo del todo. Wade confiaba tanto en él que jamás pensaría que Max sería lo bastante canalla como para acostarse con su hermana.

Colgó, pero en lugar de sentirse aliviado por la confianza que Wade tenía en él, se sintió ligeramente decepcionado. Y también algo resentido por el trasfondo en la conversación. Como si la confianza de Wade se basara no tanto en su fe en las intenciones honorables de Max, sino en la sensación de que Max no era el tipo de Lacey. Y con tipo se refería a clase. Esa posibilidad hizo que la rabia empezara a hervir lentamente en su interior.

Una rabia a la que siguió la alarmante conclusión de que deseaba a Lacey. Con toda su alma. Y no era solo deseo físico. Era ella. Solo ella. Había conseguido derribar todas las barreras que él había erigido en contra de ella con su energía, sus ojos fieros y vulnerables, su empeño y su inteligencia. Le encantaba su modo de morderse el labio, su modo de mirarlo, los sentimientos que expresaba su rostro. Había sido una lucha paso a paso para evitar estrecharla entre sus brazos y besarla hasta quedar los dos inconscientes. Desde luego no se lo podía tomar a la ligera como había hecho Wade.

Y le encantaba su generosidad, el modo en que había ayudado a Ramón, contratando a sus hermanos para ayudarla en el café, y cómo se preocupaba por Jasper, cuyo taller no era más que un enorme agujero por donde se escapaba el dinero de Lacey.

Tenía un corazón tan generoso. Si tan solo se diera a sí misma el tipo de apoyo que daba a los que la rodeaban. Por eso se alegraba tanto de que ella confiara en él, de que dependiera de él para sus ideas y su olfato para los negocios. Eso le hacía sentirse fenomenal.

Y fatal al mismo tiempo. Porque era un mentiroso y un fraude. Aunque fuera por su propio bien.

¿Y si supiera quién era él? Max suspiró. Si supiera que era un contable en paro a punto de intentar meterse en el negocio de la construcción, su atracción probablemente se disiparía como una burbuja. Lacey deseaba llevar una vida de ejecutivo de alto nivel; una vida que Max había abandonado para siempre.

Wade tenía razón. No pegaban ni con cola. De modo que él debía centrarse en la tarea que tenía entre manos. Ambos debían hacerlo. La de Lacey era demostrarle a su hermano su valía con El Café de Las Maravillas. La de Max asegurarse de que se ceñía al presupuesto.

Sí, una relación con Lacey sería del todo imposible, sin duda. Y eso fue exactamente lo que le hizo pensar a Max que tal vez estuvieran hechos el uno para el otro. Con eso en mente, Max se dirigió hacia su caravana.

Capítulo Ocho

Cuando Lacey abrió la puerta y vio que era Max, se quedó muy sorprendida.

–¿Qué ocurre? –le preguntó muy seria, como si solo algo horrible lo fuera a llevar a ella.

–Tenemos que hablar.

Ella suspiró.

–¿Tú también? Igual que Pierce.

–¿Puedo pasar?

–De acuerdo –contestó en tono vacilante–. Si te parece necesario –se apartó para dejarlo entrar.

Tenía el rostro demacrado y los ojos llorosos. Max sabía que estaba dolida por culpa de él, y eso le hizo sentirse fatal. Se había prometido a sí mismo no volver a hacerle daño.

En la pequeña caravana, Max sintió que apenas podía respirar. Lacey percibió también su proximidad excesiva, pues en ese momento se apartó de él.

Pero él se acercó con testarudez.

–Quiero explicar lo que ha pasado antes.

–No hay nada que explicar. Yo te obligué a tomar parte en mi pequeña charada y tú me devolviste la pelota. Fue una broma. No ha tenido importancia –intentó echarse a reír.

–No fue mi intención herir tus sentimientos.

–Pero no lo hiciste. Y lo importante es que me ayudaste a librarme de Pierce, de una vez por todas.

–Pero no quería que pensaras que no me importaba, porque…

–Sé que tu intención fue buena. Déjalo estar –pero tenía los ojos sombríos y la voz hueca–. Por supuesto que no podría irme a un rancho de ovejas o a talar árboles contigo. Hiciste bien en hacerme ver eso. Pierce también tuvo razón. He estado jugando, y se me metió de tal modo en la cabeza que nos acostáramos juntos que he estado comportándome como una quinceañera. He sido una pesada, la verdad –añadió con voz trémula.

–En absoluto. Eres increíblemente atractiva, Lacey –la agarró por los hombros y la miró a los ojos–. ¿Es que no sabes lo duro que ha sido para mí abrazarte sin más? He tenido que luchar como un loco para no… ya sabes.

–No. Por favor. No finjas –vio que le temblaba el labio, y entonces ella se lo mordió de ese modo que tanto le gustaba a Max–. Es ridículo obsesionarse con algo tan tonto como el sexo. Perdí el norte. Tengo que terminar las obras en el café y después continuar. Tengo mucho futuro por delante.

Sonrió a través de las lágrimas, y Max vio la determinación de aquella mujer. Y su fragilidad. Y se dio cuenta de que no podía discutir con ella. Y no podía besarla. Tenía razón. A Lacey le esperaba un brillante futuro, y él no podría ser parte de él. Merecía a alguien mejor que el cretino y arrogante de Pierce, pero también a alguien mejor que él.

Le soltó los brazos.

–Sabes, eres una mujer fascinante, Lacey Wellington.

–Solo soy yo misma –dijo, y consiguió esbozar una sonrisa.

Y eso era lo bastante bueno para cualquier hombre.

Lacey cerró la puerta del trailer cuando Max salió, con la sensación de que Max se había dejado algo en el tintero. ¿Qué sería? Max había visto algo en la expresión de Lacey que le había hecho callarse. Lacey abrió la puerta y fue a llamarlo.

No. Lo pasado, pasado estaba. Cerró la puerta, se apoyó sobre ella y miró a su alrededor. Su vaquero y ella jamás volverían a estar juntos allí dentro. Pasados unos momentos se dio cuenta de que estaba llorando.

¡Por el amor de Dios! ¡Debía controlarse! Se limpió las lágrimas con empeño. De repente entendió la ridiculez de su plan para acostarse con Max y se echó a reír a carcajadas. En el fondo había incluso pensado en irse con él a talar árboles o a un rancho de ovejas, solo para estar con él. Solo de pensar en ello se sonrojó de vergüenza.

El irse a la cama con Max había sido una meta estúpida. Si deseaba mantener una relación sexual con un machote, tendría que ser otro que no fuera Max McLane. Por alguna razón, él no había querido entrar en eso.

Al menos Max la había ayudado a librarse de Pierce, y eso era importante. Si el resultado era que también se había librado de Max, que fuera lo que Dios quisiera. De todos modos, no podía dejar de llorar.

¡Oh, qué rabia! Pero si solo había querido sexo. Nada tan asombroso. Excepto que estaba casi segura de que con Max sería como rozar la gloria.

Por fin llegó la mañana del día de la inauguración. El trabajo de dos meses daría sus frutos esa noche, y Lacey estaba muy nerviosa. Su emoción le había hecho casi olvidar la decepción que sentía por lo de Max. Casi. Se había resignado a la decisión de dejar de intentar llevárselo a la cama, aunque no había sido fácil.

A medida que había aumentado el volumen de trabajo, Max y ella habían trabajado más tiempo juntos. Max era práctico, tranquilo y eficaz, y siempre resultaba positivo comentar sus ideas con él.

Desgraciadamente, cada vez que se rozaban accidentalmente, Lacey sentía un calor indescriptible, como si hubiera tocado una estufa. Se pasaba el tiempo intentando ocultar que temblaba cada vez que se acercaba a ella y perdía la razón cuando él la miraba de cierta manera.

Se decía a sí misma que eso le estaba pasando porque él era como el fruto prohibido, pero al final eso no le servía de mucha ayuda. Las noches eran peores. A veces, cuando permanecía en vela, se imaginaba que cruzaba la carretera en camisón, entraba en el barracón y se lanzaba sobre él. Pero por supuesto tenía el sentido común suficiente como para no

hacerlo. O casi.

Afortunadamente, el trabajo del café la mantenía ocupada, tanto física como mentalmente. Y esa noche sería la culminación de todo ese trabajo. Quedaban algunos detalles por ultimar, pero Lacey confiaba en que todo saliera bien. Ramón maldecía en español y se afanaba en la cocina mientras preparaba los aperitivos para la noche. Al menos Ramón actuaba con normalidad.

Para tranquilizarse, Lacey miró a su alrededor. Todo estaba tal y como ella lo había imaginado. Los tablones de madera del escenario, flanqueado por dos potentes altavoces, brillaban bajo las capas de barniz. Las nuevas mesas redondas de imitación a granito tenían un aspecto elegante y moderno al mismo tiempo. Las paredes, pintadas de color ciruela y rosa oscuro, exhibían algunas de las obras de Jasper.

Suspendidos del techo, había trozos de contrachapado en formas caprichosas pintados a rayas o lunares, recordando al pelaje de un animal. Los taburetes de piel de cebra sintética iban con los pedazos de tela de estampado de piel de tigre o leopardo que colgaban aquí y allá. El efecto era moderno, colorido y dinámico. Exactamente como ella lo había soñado.

En la gran inauguración de esa noche servirían combinados especiales de café a precios reducidos, junto con una selección de los selectos aperitivos de Ramón. Max la había convencido que valía la pena el gasto para causar buena impresión. De ahí el estupendo y carísimo grupo de música que habían contratado. Le preocupaba un poco tanto gasto, pero confiaba en Max. Gracias a Dios que lo había tenido con ella. Había sido su apoyo durante aquel último mes. Aunque no hubiera querido ser su amante, pensaba también con dolor.

Allí estaba él, a unos metros de ella sobre una escalera, colgando algo del techo. Suspiró. Era tan apuesto. Pero Lacey se dijo que aquella manera de comportarse los dos era mucho más sensata. Cada vez que sentía la tentación de hablar con él, pensaba en lo humillada que se había sentido cuando se había tomado su broma del rancho de ovejas en serio.

Le proporcionaba algo de satisfacción el hecho de que él parecía también estar sufriendo. De vez en cuando lo pillaba mirándola con un deseo que le paralizaba el corazón.

Por su parte, cuando lo miraba se sentía vacía, sola. Pero así era como debía ser. Uno tenía que sacrificarse en la vida por las cosas importantes.

Y hablando de cosas importantes… Abrió su teléfono para llamar a Wade y recordarle lo de esa noche. Maldición. De nuevo el buzón de voz. Lo había invitado a que fuera a las seis para cenar con ella, cuando en realidad planeaba llevarle en un tour y mostrarle después una presentación con el programa de ordenador Power Point, que incluía efectos de sonido.

–¡Ha llegado el camión con las sillas! –gritó Rodney desde el arco–. Y un mensajero ha traído unas cajas.

–Deben de ser las servilletas con nuestro logo –dijo Lacey.

Estupendo. Las sillas y las servilletas. Dos cosas menos de las que todavía faltaban.

–Voy a ayudar a traerlas –dijo Max mientras iba hacia la puerta.

En pocos minutos Max y Rodney metieron las sillas, mientras Jasper se dedicaba a meter cajas y cajas de servilletas. Ella no había encargado tantas, ¿no?

Salió a firmar la entrega de las sillas, pero el camión se había largado. Entonces, al entrar en el café, notó algo horrible. Las sillas eran demasiado altas para las mesas. Nadie podría sentarse y meter las piernas debajo de la mesa. ¡Por eso habían sido tan baratas!

En ese momento, Jasper, que estaba abriendo una de las cajas de servilletas, soltó una exclamación de pesadumbre.

–¿Qué pasa?

Jasper sacó una de las servilletas. Mostraba la silueta del torso desnudo y bien dotado de una mujer, debajo de la cual se leía The Rack. Estupendo. Les habían llevado las servilletas equivocadas. Y encima eran de lo más vulgar.

En ese momento sonó el teléfono, y Lacey se apresuró a la cocina a contestar, pero Max se le adelantó. Ojalá no fueran malas noticias.

–Qué pena –le dijo Max a quienquiera que fuera–. No, nos las apañaremos –dijo y seguidamente colgó con expresión perpleja–. El grupo no puede venir –anunció.

–¡No! –exclamó Lacey horrorizada.

–Están en un hospital en Nuevo México; se han intoxicado con algo que han comido.

–Oh, vaya –dijo Jasper.

–Qué bien –dijo Lacey, pálida como una muerta–. ¿Qué más va a fallar?

En ese momento las luces parpadearon y a los pocos segundos estaban a oscuras. Lacey sintió que el pánico le atenazaba el pecho y la garganta.

–¿Qué voy a hacer? –susurró con un hilo de voz.

Tenía ganas de echarse a llorar, pero sabía que no podía hacerlo.

–No te derrumbes –le dijo Max al oído–. Todo tiene solución. Tú puedes.

Y era cierto. Tenía que solucionar los problemas como pudiera. Todo tenía que quedar perfecto para esa noche. Aspiró hondo y miró a su alrededor.

–De acuerdo, solo ha sido un plomo –dijo en tono práctico–. Ramón, ve al cuadro de luces a ver qué pasa.

Ramón corrió fuera y a los pocos segundos volvió la luz. ¡Vaya! Un problema menos, pero le quedaban otros por resolver. Entonces se quedó mirando la sierra que Rodney había utilizado el día anterior para unas molduras. Fue por ella y la levantó del suelo.

–Eh, chica, espera un momento –dijo Ramón al verla con la sierra en la mano–. No querrás hacerle daño a nadie, ¿no? –Ramón retrocedió, con las manos en alto.

–No seas ridículo –contestó Lacey sonriendo.

Enchufó la sierra y fue hacia una de las sillas. Le dio la vuelta, cortó exactamente diez centímetros de cada pata, y la volvió a colocar bien. Entonces la deslizó debajo de la mesa con facilidad.

–*¡Voilá!*

Todo el mundo aplaudió, de modo que hizo una pequeña reverencia con

la cabeza.

–¿Podrías ocuparte del resto, Ramón?

–Sin problema, jefa.

–Estupendo, porque… –se miró el reloj de pulsera–. Tengo que orientar a las camareras en la filosofía de los clientes del Café de las Maravillas.

–¿Puedo echar una mano? –preguntó Jasper.

–Ve a buscar la lista de los grupos de música que escuchamos y llama a uno para que sustituya al que no puede venir, ¿quieres?

–Ahora mismo –dijo Jasper, y fue a hacerlo.

–¿Max, te importaría ir a la ciudad y traer unos cuantos paquetes de servilletas corrientes?

–Voy enseguida.

Lacey suspiró largamente y fue hacia el restaurante, donde se reuniría con las camareras en pocos minutos. De momento todo iba bien. Solo esperaba que Jasper consiguiera un grupo bueno para que todo se arreglara. Tan solo habían sido unos contratiempos sin importancia. No permitiría que nada fuera mal esa noche. Todo dependía de ello.

Dos horas después, Max volvió de hacer sus recados. Entró en el restaurante y después fue hacia la zona del escenario, donde vio a Lacey en plena acción. Las cuatro camareras se arremolinaban alrededor del ordenador de la caja registradora que había detrás de la barra del bar. Todas llevaban el uniforme de top con estampado de cebra, falda negra y boina negra, pero a ninguna le quedaba como a Lacey. Ninguna de ellas estaba tan guapa como lo había estado ella.

La observó mientras les explicaba cómo funcionaba la caja, que las chicas probaron a los pocos minutos. Quería recordarla así exactamente, llena de energía, ajustando, arreglando, consiguiendo que todo funcionara. No tendría más oportunidades de verla así. Después de la inauguración, el favor de Wade habría concluido y también su trabajo de ayudante para Lacey, y no tendría razón alguna para quedarse más tiempo por allí.

Se quedaría en el rancho un poco más. Riley Stoker estaba progresando con el plan que le había hecho para el negocio, y quería que lo ayudara un poco más. Riley había seguido su consejo de principio a fin y ya tenía varios encargos para sus ronzales. Además, un amigo de Riley que hacía botas texanas artesanales quería contratar a Max para hacerle unas consultas. Max pensó que sería divertido.

También había ayudado a Jasper a conseguir un pequeño préstamo para su galería. Con eso también había disfrutado. Además, el oficial que le había concedido el préstamo había dicho que la cámara de comercio recibía numerosas peticiones en busca de consejo a la hora de montar pequeños negocios, y Max se había preguntado si no sería interesante montar una auditoría…

Lacey debió de sentir que alguien la miraba, porque levantó la cabeza y se le iluminó la expresión.

–¡Max! –exclamó, corriendo hacia él.

El corazón le dio un vuelco. En el fondo era un sentimental.

–¡Has traído flores! –exclamó al llegar junto a él.

Con el placer que le producía el verla, había olvidado los lirios blancos moteados que había comprado para colocar en cada mesa; esa sería su contribución a la inauguración.

Lacey tomó el enorme ramo, hundió la nariz en él y lo miró.

Al ver su expresión de gratitud, de placer y esperanza, le dieron ganas de abrazarla allí mismo, con ramo y todo.

–Cuántas has comprado –dijo–. Eres un hombre muy detallista. No deberías haberlo hecho.

Avanzó un paso hacia él, con la mirada cargada de emoción. Oh, Dios, Lacey pensaba que eran para ella. Para corregir su impresión, y para evitar que ella le diera un abrazo, Max dijo:

–Son para las mesas. Para añadirles color.

–Ah, claro… –dijo con expresión alicaída.

Dejó el ramo en una mesa cercana y lo miró con fingida serenidad.

–Quedarán perfectas. Gracias, Max.

–Has hecho un trabajo estupendo en el café, Lacey –dijo para cambiar de tema–. Digan lo que digan.

–¿Qué va a decir nadie? –preguntó algo asustada.

–Nada. Nadie dirá nada malo. Todo está estupendo. No te preocupes.

–Claro. Solo estoy algo nerviosa, supongo.

Era tan sensible, tan susceptible que a Max se le encogió el corazón por ella.

Deseaba abrazarla, consolarla, hacer una caricia o darle un beso…

–Te voy a echar muchísimo de menos, Lacey –le soltó.

¡Diantres! Su intención no había sido decírselo, solo pensarlo.

–¿Echarme de menos? ¿Adónde vas?

–Yo… me iré pronto.

–Ah, sí –dijo con tristeza–. Te vas a Oregon. No me acordaba ya de eso – dijo sin dejar de mirarlo a los ojos.

–Tú también te marcharás pronto, ¿recuerdas? –le dijo él.

–Lo sé. Yo también te voy a echar de menos, Max –lo miró a los ojos, queriendo saber qué sentía él.

Max luchó como un loco para no hundirse en las profundidades de aquellos ojos verdes.

–Pensaré en ti –dijo, aun sabiendo que no debía decirlo.

–Yo también.

–Mucho, Lacey.

–Y yo.

Impulsivamente, Max le acarició un mechón de pelo.

–Solo me arrepiento de una cosa –la miró a los ojos y supo que no podría contenerse–. De que nunca… de que nosotros no…

–¿De que no nos acostáramos juntos? –terminó de decir Lacey, casi sin aliento.

Sus palabras le hirieron. A él le hubiera gustado hacer el amor con ella. Pero no podía decírselo, de modo que se limitó a asentir.

–Oh, Max –dijo ella, y le echó los brazos al cuello.

El gesto repentino lo pilló desprevenido. Retrocedió unos pasos, pero no

pudo recuperar el equilibrio y cayó sobre un pedestal de escayola, que le golpeó ligeramente en la cabeza, y después al suelo.

Lacey se agachó junto a él.

–¿Estás bien? –le miró la cabeza donde se había golpeado–. Ya te está saliendo un chichón. Voy por hielo.

Max se quedó allí sentado en el suelo, con el corazón lleno de pesar. No sabía si sentía más lo que había pasado o el hecho de que ya no pudiera volver a pasar. Parecía que la suerte lo había acompañado y había podido evitar besarla una vez más. Pero aquella debía ser la última vez, porque a lo mejor no sobreviviría si se produjera otro encuentro.

A las seis y cuarenta y cinco minutos todo estaba perfecto. Al menos eso le pareció a Lacey mientras miraba a su alrededor. Seis cafés distintos estaban listos para consumir. Las botellas de licores variados brillaban a la parte de atrás de la elegante barra negra del bar. En cada mesa de granito había un pequeño jarrón negro con dos lirios manchados de los que Max había comprado. El aroma a café, hojaldre y especias mexicanas llenaba el ambiente. Distintos aperitivos creados por Ramón esperaban en bandejas para que las camareras las pasaran entre los asistentes.

Todo estaba perfecto excepto por un detalle. Wade no había aparecido. Lacey empezó a morderse una uña nerviosamente; una mala costumbre que había dejado cuando era una adolescente. Tampoco pudo localizar a su hermano en su móvil. De mala gana, Lacey cerró la presentación de Power Point y llevó el ordenador a la caravana.

Detestaba reconocerlo, pero su éxito no sería completo hasta que no viera la expresión de admiración en la cara de su hermano. ¿Y si no aparecía para nada? No. Le había dicho que tenía algunos detalles que concluir de la venta de California. Llegaría en cualquier momento.

–Estás guapísima –le dijo Max a sus espaldas.

Lacey se volvió a mirarlo.

–Gracias.

Le encantaba el modo en que se le iluminaba la mirada al verla, y también aquella sonrisa pausada y sensual.

–Tú también estás estupendo.

Y era cierto. En realidad, estaba impresionante con su sombrero vaquero negro, su camisa de vestir blanca y la fina corbata estilo texano, los vaqueros negros y las brillantes botas también negras. Su vaquero. Si no lo hubiera empujado y tirado al suelo. Aquella caída había estropeado el momento. Desde entonces, no había tenido oportunidad de hablar con él. Pero, en el fondo, esperaba que después de la inauguración continuaran donde apenas habían empezado. ¿Pero y si Max se negaba? No sería la primera vez.

Max la miró detenidamente.

–¿Qué te pasa?

Como no pensaba contarle su preocupación inmediata, le contó la otra.

–Wade no ha llegado aún. Me da miedo que se lo pierda.

–No lo hará –dijo–. Además, aunque no venga, seguirá siendo un éxito.

Disfrútalo.

–Claro –respondió, pero en realidad no podría.

Aún no. No estaría contenta hasta que el local estuviera lleno de gente disfrutando. Y Wade «tenía» que estar allí.

–Tengo que ir a buscar a Jasper. Ha conseguido un grupo, pero quiero saber más.

–Creo que ha ido a ver a Monty.

Se dio la vuelta para ir en esa dirección, pero en ese mismo momento se abrió la puerta. ¡Sus primeros clientes! A Lacey le dio un vuelco el corazón. Aspiró hondo y fue a recibirlos.

A la media hora, el local estaba lleno y Lacey estaba casi afónica de saludar a tanta gente y de hablar con los reporteros locales. Le dolían las mejillas de tanto sonreír. Se detuvo un momento y miró a la gente que ocupaba todos los taburetes y las mesas, y a las demás personas que se reunían en grupos, hablando animadamente.

A cada rato tenía que tranquilizar a Ramón y decirle que a la gente le encantaba su comida. Pero valía la pena ver la cara de satisfacción del cocinero.

Afortunadamente, Max ayudaba en todo lo que hacía falta, sirviendo copas cuando las camareras no daban a basto o controlando a los estudiantes para que no se pusieran a alborotar. A cada rato buscaba a Lacey con la mirada y le sonreía. Ella sentía que él la miraba, sentía su apoyo, su orgullo, y todo ello la llenaba de energía y confianza.

Sin embargo, Wade continuaba sin aparecer. Intentó no sentirse decepcionada, pero se sentía como una novia a la que habían dejado plantada al altar. Deseó haberlo pensando y haber grabado en vídeo el evento. Bueno, al menos estaría cubierto en televisión, de modo que tendría que intentar grabar la retransmisión para enseñársela después.

Miró el reloj. Las ocho menos cuarto. El grupo ya debería estar saliendo al escenario. ¿Dónde estaban? De pronto sintió miedo y buscó a su tío.

–Todo va bien –le dijo con cara emocionada cuando ella le preguntó qué pasaba.

–¿Está ya listo el grupo?

–En realidad, los dos primeros grupos a los que llamé tenían actuaciones, pero mi amigo Art me ayudó a buscar algo.

–¿No tenemos grupo?

–Cálmate. Tenemos algo igual de bueno. Tres actuaciones, en realidad. No te preocupes.

–¿Que no me preocupe? Pero yo…

–Confía en mí –dijo, y seguidamente desapareció detrás de la cortina.

Se dio la vuelta y vio a Max al fondo de la sala; la observaba con tal expresión de placer y orgullo que el corazón se le derritió. Solo esperaba que todo saliera bien.

A los pocos segundos se abrió la cortina y Jasper se dirigió al micrófono.

–Buenas noches –dijo, después de dar unos golpes en el micro para probarlo–. Bienvenidos al Café de las Maravillas, Teatro y Sala de Especies Sorprendentes –anunció en tono estridente, hasta que se retiró un poco del aparato–. Como iba diciendo, el antiguo local ha experimentado un

cambio de imagen gracias a mi sobrina, que está aquí –señaló hacia donde estaba ella, cerca del escenario–. ¿No os parece que ha hecho un trabajo estupendo? Démosle un fuerte aplauso.

Jasper empezó a aplaudir cerca del micrófono. Obedientemente, los presentes siguieron el ejemplo. Lacey se ruborizó y sonrió, y enseguida intentó hacerle a Jasper una seña para que continuara.

–Ahora, antes de empezar, dejadme decir unas palabras de elogio para la Sala de Especies Sorprendentes. No dejéis de pasar. Podéis ir a saludar a La Cosa, y disfrutar de las maravillas del desierto que he pasado treinta y cinco años coleccionando. Hay un lince rojo de dos cabezas, una aulaga gigante…

–Jasper –le susurró Lacey.

–De acuerdo, Lacey. Te entiendo. Basta de publicidad –hizo una pausa y sonrió–. Esta noche vais a disfrutar de algo muy especial, porque… recién salidos de un compromiso exclusivo en Bisbee, Arizona, tengo el gusto de presentarles a… –hizo una dramática pausa antes de continuar–. ¡Mani Romero y su Trío de Polka!

Antes de que Lacey pudiera asimilar la incongruencia del nombre del grupo, tres voluminosos hombres hispanos salieron al escenario vistiendo pantalones de cuero y sombreros tiroleses, además de un acordeón colgado del cuello.

El público pareció quedarse asombrado. Unas cuantas personas se echaron a reír, pensando que era un espectáculo cómico.

Pero no lo era. El trío se lanzó a interpretar una animada polka, y las plumas de sus sombreros triangulares vibraron con la intensidad de sus movimientos. Además, eran muy buenos.

Pasados unos momentos, vio que Max se dirigía hacia ella por la pista de baile. Le agarró de la mano y tiró suavemente de ella.

–Sonríe, cariño –le dijo–. Y piensa en el ritmo.

Y entonces, sorprendentemente, se pusieron a bailar. Max la llevaba con maestría, girando al ritmo de la música, y entonces el público empezó a dar palmas al compás. Alguien silbó.

–Salgan a bailar, señores –Max invitó al público que observaba–. Eh, Buck –lo llamó al ver al capataz del rancho–. Agarra a tu chica y ven a gastar las botas un rato. ¡Es muy parecido al baile texano!

Cuando Lacey vio que la gente empezaba a animarse, se sintió más relajada. Lo mejor era que los invitados disfrutaran y se dejaran llevar. Y al menos Mani y sus compadres eran buenos músicos.

Tras unos cuantos números más, Mani y los chicos abandonaron el escenario entre rabiosos aplausos. De acuerdo. Habían hecho su trabajo sin enviar al público a casa.

–Gracias, gracias, muchas gracias –dijo Jasper, que enseguida ocupó su puesto delante del micro–. Solo ha sido un ejemplo de lo que podrán disfrutar cada noche en el Café de Las Maravillas. La siguiente es una actuación muy especial. Esta noche va a hacer su debut con nosotros un maestro de la prestidigitación, un representante del misterio, una maravilla con la varita… ¡El único, el singular, Kenny el Magnífico!

Un chico que no tendría más de trece años sacó una mesa al escenario,

que al momento cubrió con un mantel.

Llevaba puesta una capa de raso negro y un sombrero de mago.

El mago dio las gracias e hizo unos cuantos trucos sencillos antes de continuar hablando.

–Para el resto de mi actuación, necesitaré la ayuda de una encantadora ayudante –miró entre el público y se fijó en Lacey–. ¿Qué le parece a usted ayudarme, señorita?

–¿A mí? Oh, no –susurró entre dientes.

–Claro, adelante –dijo Max, y le dio un pequeño empujón.

Como todo el mundo empezó a vitorear, Lacey se remangó la falda y subió al escenario. ¿Qué podría pasar?

Pues pasó lo peor. En lugar de ser la encantadora ayudante de Kenny, acabó siendo el complemento para su comedia. El mago falló un truco detrás de otro. Le cascó un huevo en la cabeza de donde se suponía que debía salir un pájaro. En lugar de eso el huevo se rompió y la clara y yema empezaron a gotearle por el lado de la cabeza.

El agua de la jarra que él vertió en un periódico doblado y que se suponía que tenía que desaparecer, le cayó por el escote y le empapó la blusa. Y el pañuelo del cuello que intentó sacarle de la oreja, se le enganchó en el pelo y tuvieron que cortarlo. Su número final, en el que tenía que desatarle los pies y las manos sin tocarla, requirió que Max y Buck la desataran porque la cuerda le estaba cortando la circulación.

Lo bueno fue que al público le encantó. Vitorearon, gritaron y se rieron como locos todo el tiempo. Al principio Kenny estaba agobiado, pero finalmente los aplausos del público lo animaron.

Cuando Kenny se despidió haciendo una pequeña reverencia con la cabeza y sacó su mesa del escenario, Lacey se bajó con la blusa empapada y el pelo lleno de huevo pegado, y pensó inmediatamente en el aspecto positivo de la actuación. Su hermano no la había visto.

Sin embargo, en ese momento levantó la cabeza y vio a un hombre apoyado en la pared junto a la entrada, con los brazos cruzados y una sonrisa de oreja a oreja en los labios. Wade había llegado.

Capítulo Nueve

Oh, Dios mío. Esperaba que acabara de entrar.

–¡Wade! –lo llamó con nerviosismo mientras iba hacia él.

–Lacey –Wade le dio un cariñoso abrazo antes de mirarla bien–. Estás empapada.

–Se ha vertido agua…

–Ya lo he visto.

–¿Lo has visto?

–He entrado justo cuando te cascó el huevo en la cabeza.

–¿El primero o el segundo?

–¿Es que ha habido más de uno?

–Ay, Dios. Deja que te explique. Había contratado a un grupo de música, pero comieron algo en malas condiciones al pasar por Nuevo México, y Jasper tuvo que…

–Relájate, Lacey. Al público le ha encantado –señaló las personas que charlaban y reían animadamente; nadie se había marchado, sino que más bien parecía que hubiera entrado más gente–. El local está precioso.

–¿Eso crees?

–Me encanta.

–Quería darte una sorpresa –dijo Lacey, pero sintió cierta decepción.

Era como si su hermano se hubiera esperado aquel cambio.

–Pues lo has hecho, te lo aseguro –le dijo.

–Me alegro. Todo fue idea mía –afirmó–. Quiero decir, lo que ha sido el planeamiento del proyecto. Mi equipo ha hecho realidad mi plan. Tengo una presentación que me gustaría enseñarte. Podríamos hacerlo ahora, si quieres venir a mi caravana.

–No hace falta, Lacey –dijo–. Ahora estás ocupada. Podemos hacerlo mañana. Pasaré la noche en Rancho Gordo. Vendré por aquí por la mañana y podremos hablar.

–¿Mañana? ¿Quieres que hablemos mañana?

–Sí, mientras desayunamos. Tengo entendido que has sustituido a Jasper por alguien que sabe cocinar de verdad.

–¿A qué hora vas a venir?

–No sé. ¿Qué te parece a las nueve?

–A las nueve está bien. En punto.

¿Cómo podía estar Wade tan tranquilo? Llevaba toda su vida desconfiando de ella, y de repente confiaba en su buen juicio. Había gastado miles de dólares en cambiar el aspecto y la finalidad de una propiedad Wellington sin decírselo a su presidente, y él se mostraba dispuesto a hablar de ello mientras desayunaban. Lacey estaba sorprendida.

–Y ahora os presento a la… señorita Pepper. ¡La Misteriosa Mujer Pájaro! –anunció Jasper, y los dos hermanos se dieron la vuelta.

Una mujer con un vaporoso traje oriental color morado y fucsia salió al escenario. Dio una palmada y la música oriental inundó el local. Los tambores y los violines sonaban tan bien por los altavoces nuevos que parecía que hubiera un grupo tocando en vivo. La mujer empezó a tintinear los pequeños platillos que llevaba atados a los dedos y a contonearse.

¿Una bailarina del vientre? Jasper se había sobrepasado esa vez. Lacey miró a Wade, esperando ver a su hermano riéndose. En lugar de eso, tenía los ojos fijos en Pepper y parecía totalmente enamorado. Pasados unos momentos, Lacey se dio cuenta de que era la primera vez que veía a su hermano mostrando interés alguno por una mujer.

Pepper era bonita, de estatura corta, con el cabello largo y castaño y los pechos grandes y redondos. Aunque su técnica no era demasiado depurada, bailaba con exuberancia. Tras dar unas cuantas vueltas más, Pepper se quedó quieta, se metió los dos meñiques en la boca y pegó un fuerte silbido. Unos segundos después apareció en el escenario un enorme pájaro blanco. El animal avanzó despacio hacia Pepper y entonces empezó a subirle por la pierna. En cuando el pájaro alcanzó el brazo de Pepper, esta empezó a bambolear las caderas con lentitud.

El pájaro le subió por el brazo hasta el hombro, donde tiró de un hilo, que hizo que se soltara un velo que cayó al suelo del escenario.

El público lanzó exclamaciones de júbilo. Pepper estremeció un poco las caderas y se dio la vuelta. Poco a poco el pájaro le fue quitando los cinco vaporosos velos, que uno a uno cayeron al suelo. Al final se quedó solo con un bikini que cubría las partes más importantes; al menos lo suficiente para que el público no se bebiera sus reservas de alcohol.

Como final de espectáculo, Pepper se abrió de piernas, mientras el pájaro volaba por encima del público con tres velos colgando del pico.

La gente aplaudió rabiosamente y Pepper hizo una reverencia.

Cuando los aplausos terminaron, Lacey se volvió a Wade.

–El entretenimiento es algo estrambótico esta noche, pero eso lo voy a arreglar yo.

Pero Wade apenas la escuchaba.

–Mañana hablamos, Lacey –dijo–. Tengo que conocer a esa mujer –y dicho eso se fue hacia el escenario.

–De acuerdo… mañana –respondió ella, aún sorprendida por la actitud relajada de su hermano.

Lacey sabía que era algo bueno, pero no por eso dejaba de extrañarla.

Buscó con la mirada a Max para decirle lo que había pasado y que él le diera su opinión sobre la reacción de su hermano, y enseguida lo localizó detrás de la barra. Pero, como de costumbre, Max debió sentir que ella lo miraba y levantó la vista.

Lacey avanzó apresuradamente hacia él, sintiendo como si tuviera imán; sentía la necesidad de estar a su lado.

Él le pasó una bebida a la camarera sin dejar de mirar a Lacey. Entonces salió de la barra para recibirla. El corazón le latía tan fuerte que apenas

podía respirar. Había aún tanto entre ellos.

Parecía como si quisiera darle un abrazo, pero en el último momento Lacey notó que se controlaba y se retraía.

–¿Ese con quién estabas hablando era tu hermano? –dijo–. ¿Qué tal ha ido?

–Está contento. Bueno, al menos no le ha disgustado. No sé lo que pensar de su reacción. En realidad no parecía demasiado sorprendido. He quedado con él mañana a las nueve para desayunar y enseñarle mi presentación. Ya me enteraré de más cosas.

–Estoy seguro de que le va a encantar lo que has hecho –dijo Max–. ¿Cómo no? Seguramente tiene más fe en ti de lo que piensas.

–Tal vez.

Aunque le costaba creerlo.

–¿Estás contenta?

¿Lo estaba? Había estado tan nerviosa que ni siquiera había pensado en eso.

–Sí, bueno, creo que sí.

Debería de estarlo. Todo le iba bien, incluso aunque la reacción de Wade le pareciera algo extraña.

–Bien. Quiero que seas feliz. Eso es lo más importante.

Max la miró intensamente, como si quisiera memorizar sus facciones, pero sus ojos estaban llenos de anhelo y tristeza.

Avergonzada por la intensidad de su mirada, Lacey se llevó una mano al cabello, que estaba enredado y lleno de huevo.

–Estoy hecha un asco –dijo.

–No, no lo estás –le contestó él con sinceridad–. Estás preciosa, Lacey –la miró fijamente, como si ella fuera un regalo para él–. Llevo toda la noche intentando atesorarte en mi memoria –dijo–. Mientras bailábamos abrazados, cuando estabas sobre el escenario, preciosa y elegante a pesar de los huevos y el agua. Quiero recordar cada momento tuyo.

–¿Por qué me dices eso? –le preguntó, sabiendo que estaba ya despidiéndose de ella–. Max, pensé que podríamos… quiero decir… antes de…

–Lo sé. Pero eso no serviría de nada; sería una tontería. Gracias a Dios que me contuve antes de ir demasiado lejos. Ha sido lo mejor –la abrazó con fuerza–. Lacey –le susurró al oído con pasión.

Antes de que ella pudiera reaccionar, Max se marchó.

Quería ir detrás de él, discutir con él, al menos darle un beso de despedida, pero Jasper la llamó desde el escenario. Kenny quería una carta de recomendación; después una de las camareras le pidió más vino y más tarde Ramón tuvo un problema en la cocina.

Durante las dos horas siguientes, mientras organizaba y se ocupaba de sus clientes, Lacey no dejó de mirar a su alrededor buscando a Max. Pero este parecía haberse marchado. Le daba la terrible impresión de que el abrazo había sido la despedida definitiva. Si quería volver a verlo, tendría que subirse a un caballo e ir tras él.

Intentó no pensar en eso, y se centró en lo bien que estaba saliendo todo esa noche, en todo lo que había logrado.

Finalmente, a la una de la madrugada, Lacey dejó que su equipo se ocupara de los rezagados y limpiara el local. Wade conversaba animadamente con Pepper, la bailarina de pechos generosos, sentados a una mesa, mientras el pájaro blanco comía cacahuetes de su mano.

Empujó la puerta, deseosa de llegar a casa, tumbarse y analizar la velada. Echaba de menos a Max, pues le hubiera gustado comentarlo todo con él, pero probablemente él estaría dormido en su barracón. Sí, lo echaba de menos, pero no dejaría que eso arruinara su triunfo.

Hacía una noche cálida. Las diminutas estrellas brillaban en el cielo del desierto y parecían alumbrarla justo a ella. Oyó un búho ululando y, a lo lejos, el aullido de un coyote. Más cerca, los grillos interpretaban una suave serenata. Estaba tan cansada que apenas si podía caminar.

–Por fin.

La voz era la de Max. Lacey se dio la vuelta y vio que estaba sentado en el porche del café. Tenía una caja de cerillas en una mano y en la otra agitaba una cerilla. A sus pies había lo que parecía un montón de pequeños palitroques, que resultaron ser cerillas apagadas.

–¡Max! ¿Qué haces aquí? –preguntó–. ¿Y qué estás haciendo con esas cerillas?

–Bueno, lo que pasa es que, mi intención era marcharme. Mi intención era marcharme, pero no podía dejar de pensar en ti –se levantó, le echó los brazos a la cintura y tiró de ella–. De modo que hice un trato conmigo mismo. Pensé que encendería cerillas hasta que salieras. Si terminaba de encender toda la caja y no habías salido, entonces todo habría terminado.

–¿Llevas aquí dos horas encendiendo cerillas?

–Bueno, tuve que ir por un par de cajas más, pero, sí, eso es lo que he estado haciendo. Ya estaba con la última caja.

–Entonces he salido a tiempo –dijo, sintiendo que el corazón le latía muy deprisa.

–Desde luego. Me ha salido una ampolla en el dedo de tantas cerillas como he encendido.

–Deja que le dé un beso para que se cure –dijo, y con cuidado le dio un beso en la punta del dedo.

Él gimió suavemente.

–Oh, no pares –dijo–. Creo que voy a necesitar primeros auxilios por todas partes.

Sus palabras la emocionaron, pero lo miró a los ojos.

–¿Qué significa esto, Max?

–No lo sé, es una locura, pero no puedo dejarte así sin… no lo sé –la miró con curiosidad.

–Me alegro tanto –dijo ella–. Habría sido humillante tener que ir a buscarte al barracón –dijo, y se le saltaron las lágrimas.

Max le agarró la cara con las dos manos. Eran tan fuertes, tan cálidas, tan suyas.

–No tiene mucho sentido, Lace. Sé que no tenemos futuro juntos. Somos dos personas diferentes que vamos en distintas direcciones.

–Pero podemos tener esta noche, ¿verdad? –dijo–. ¿Solo esta noche?

–¿Crees que será suficiente? –le preguntó con tristeza–. ¿De verdad?

–Al menos debemos probar.

Max la besó con firmeza y dulzura al mismo tiempo, y Lacey se sintió tremendamente aliviada. No tenía ni que tirarse sobre él, ni que coquetear con él, ni que pedírselo directamente.

Max solo la besó. Larga y pausadamente, con dulzura y emoción.

Cuando estaba tan aturdida que apenas si veía con claridad, Max pronunció las palabras que tanto había ansiado oírle decir desde que lo había visto comiéndose la tarta de Jasper.

–Vayámonos a la cama.

–Por fin –suspiró, sintiendo una deliciosa emoción.

Caminaron hasta la caravana abrazados. La sensación de abrazar a Lacey era tan maravillosa que Max sintió como si flotara.

Cuando Lacey había salido del café, estaba tan exhausta que apenas había podido caminar. Pero en ese momento se sentía más despierta que nunca.

Al llegar a la puerta, Lacey se volvió hacia él, repentinamente tímida y algo nerviosa.

–Creo que la inauguración ha ido muy bien, ¿no te parece? –dijo mientras buscaba la llave.

–Ha ido de maravilla, Lacey –respondió Max en tono suave e íntimo.

–Los aperitivos han sido todo un manjar. Y el café con virutas de chocolate y menta ha tenido un éxito rotundo. Fue una idea estupenda.

–Desde luego.

–Y he oído que la gente quiere volver a ver a Mani Romero –encontró la llave y la sacó.

En ese momento miró a Max, que la miraba con los ojos brillantes y ávidos, y dejó de pensar en la inauguración.

–Lo has hecho muy bien, Lacey –dijo Max mientras la abrazaba–. Deberías estar orgullosa de ti misma.

–Lo estoy. De verdad que sí.

No solo había conseguido su soñado café, sino que estaba a punto de conseguir a su vaquero. No podía creerlo.

Excepto que Max ya no parecía un vaquero. Tan alto y tan guapo, allí a la luz de la luna, Lacey solo lo vio a él. El hombre que la había ayudado, que la había apoyado, que había aliviado sus temores. El hombre que iba a hacerle el amor.

Bajo el sombrero, los ojos de Max la miraban cargados de sentimiento. Vio en su mirada deseo, mucho deseo. Pero había algo más. Había afecto, preocupación… y tal vez algo más fuerte. No estuvo segura y le dio miedo imaginarse nada. Aquello no podía pasar de ser una relación sexual, tal y como ella le había dicho tantas veces.

Por fin iba a conseguir lo que quería de Max. Y para ello no tenía ni que emborracharse ni que seducirlo. Tan solo tenía que hacer un pequeño gesto. Se puso de puntillas, le echó los brazos al cuello y levantó la cara.

Instantáneamente un latigazo de deseo acabó con su inquietud y deseó a Max más que a nada en el mundo. Más que el éxito del café, más que su carrera, más que el respeto de su hermano. Lo único que deseaba era a Max. Solo a Max. Ello revestía cierto peligro, eso lo sabía, pero en ese

momento, bajo el denso cielo estrellado de verano, no le importó lo más mínimo.

A la puerta de la caravana de Lacey, Max se sintió embriagado y aturdido. Lacey le había despertado los sentidos, le había calado hondo. Lo que sintió al abrazarla le hizo olvidar todo lo demás: su promesa a Wade, su falsa identidad, su tarea secreta y su marcha inminente.

Una vez dentro del trailer, Max quiso tomarse su tiempo, excepto que ella no dejaba de besarlo con aquella boca tan increíble, demostrándole que lo deseaba tanto como él a ella. Quería estar dentro de ella, y ella lo necesitaba ahí. Inmediatamente.

Él le metió las manos por debajo de la blusa y le soltó el sujetador, para seguidamente acariciarle los pechos con posesividad mientras sus lenguas se movían y deslizaban juntas, adoptando posturas que pronto emularían con sus cuerpos. Lacey le tiró de la camisa con impaciencia. Max se retiró el tiempo suficiente para que Lacey se la desabrochara y después él terminó de quitársela y la echó al suelo.

Boquiabierta, Lacey contempló su pecho desnudo, y sin darse cuenta pronunció su nombre. Al oírlo salir de labios de Lacey, Max se estremeció y pensó que si no tenía cuidado alcanzaría el clímax antes siquiera de tumbarse.

Tiró de ella y empezó a besarla, abrazándola con una mano y con la otra acariciándole los pechos tiernos y turgentes, para seguidamente incitarla tocándole los pezones. Era maravillosa. Deseaba más de ella; en realidad la deseaba por entero. Había esperado dos meses, se había aguantado, pero en ese momento iba a conseguirlo por fin. No le importaban ni Wade ni su promesa, ni tampoco si aquello tenía o no futuro. Solo deseaba a Lacey y ya vería lo que ocurría después.

Bruscamente Lacey se apartó de él para desabrocharse la blusa, pero como tenía demasiados botones decidió sacársela por la cabeza, junto con el sujetador.

Al ver a Lacey medio desnuda, Max se estremeció y sintió que le cedían las rodillas. La luz de la luna que entraba por entre las cortinas de la caravana en penumbra destacaba la blancura de su piel, de sus pechos altos y firmes. Tenía los ojos brillantes de deseo y el cabello parecía iluminado por un resplandor misterioso.

Max pensó que estaba así para él, y la idea lo llenó de una posesividad tal que sintió ganas de agarrarla y decirle que era suya.

–Eres tan preciosa –le dijo mientras le acariciaba las mejillas–. Y quiero hacerte mía.

Ella se estremeció y empezó a jadear.

–Yo… estoy tan contenta… de que… –apenas podía respirar–. Estoy hasta mareada de tanta emoción. No puedo… respirar. Me parece que no voy a poder hacerlo bien.

–Tranquila –le dijo antes de abrazarla.

Sintió en el pecho una emoción tremenda, un deseo feroz de protegerla mientras sentía lo preciosa que era para él.

Se dio cuenta de que algo había cambiado en él. Algo importante. En ese tiempo no se había acostado con ella porque había tenido miedo de que significara más para ella que para él. Pero de pronto se daba cuenta de que tal vez se hubieran cambiado las tornas.

Tendría que apañárselas. El estar con ella así merecía el dolor que sentiría luego.

Y tal vez, solo tal vez, ella sintiera lo mismo.

–Estoy tan excitado como tú, Lace –le susurró al oído–. En realidad, si me vuelves a mirar así tal vez no pueda aguantarme mucho más.

–¿De verdad?

–Sí, desde luego –se apartó y la miró–. ¿Es que no sabes que me vuelves loco? ¿Lo preciosa que eres?

Ella no contestó, solo lo miró con curiosidad.

–Supongo que voy a tener que demostrártelo –volvió a abrazarla–. De todas las maneras posibles. Durante toda la noche.

–Vaya… –le echó los brazos al cuello–. Tienes unas ideas estupendas –apoyó la mejilla sobre su pecho.

–Y como se suele decir, si la primera vez no lo hacemos bien, tendremos que intentarlo una, otra y otra vez…

Max la levantó en brazos y la llevó por el estrecho pasillo hasta el dormitorio. Cuando llegaron, Lacey había conseguido respirar con la mayor normalidad posible, teniendo en cuenta que estaba a punto de hacer el amor, o de mantener una relación sexual, con el hombre de sus sueños.

Por un instante deseó que no fuera un vaquero, un nómada que montaría en su caballo y se largaría a un rancho de ovejas o a talar árboles quién sabía dónde. Deseó que pudiera estar en algún lugar cercano a ella, para poder verlo todo el tiempo. Pero eso no tenía sentido. Su mayor atractivo era que no era un hombre al que pudiera ver a diario. Era indomable, libre, y así permanecería. Eso tenía que bastarle. De momento tenía más de lo que había soñado. Max la llevaba en brazos a su dormitorio como había hecho Rhett Butler en la película. Era tan sexy, tan romántico, tan perfecto…

Entonces, al llegar junto a la cama, él se tropezó con algo, seguramente con las botas texanas de Lacey, y ambos cayeron sobre la cama, que cedió y se rompió de nuevo.

Se deslizaron por el colchón hasta llegar a la pared, riéndose como locos. Pero cuando se miraron a los ojos la risa desapareció. Max empezó a besarla y con la punta de un dedo le acarició un pecho. Lacey se derritió de deseo. Se pegó a su erección, deseando más y más. Max le adivinó el pensamiento, le metió las manos por debajo de la falda y le deslizó una bajo las braguitas hasta dar con el centro de su sexo. Lacey se puso tensa, al tiempo que sentía un calor y un deseo indescriptibles. Entonces ella deseó también tocarlo, y sin pensar le metió la mano por los pantalones.

Max gimió y dejó de besarla.

–Espera un momento, Lacey. Estoy tan excitado que no creo que pueda aguantarme si empiezas a tocarme.

–Pues, no lo hagas.

–Pero quiero estar dentro de ti –dijo–. Quiero sentirte.

Y al oírselo decir de ese modo ella lo deseó también. Max retiró la mano y buscó en el bolsillo del pantalón, de donde sacó un preservativo.

–El cuarto de baño del café está bien equipado –dijo.

–Servicio al cliente –susurró Lacey.

Entonces Max empezó a hacerle un masaje increíble con los dedos y Lacey dejó de bromear. Inclinó la cabeza y empezó a chuparle un pecho, después a mordisquearlo, excitándola más y más.

Gimió y se retorció, a merced del placer que le proporcionaban sus hábiles dedos.

Estaba literalmente en sus manos, y se dejó llevar por la marejada de sensaciones. La tensión creció en su interior, hasta que Lacey supo que estaba al borde del abismo.

–Ah, ah, ah… Voy a…

–Espérame –Max murmuró y retiró los dedos con suavidad.

Él se quitó los pantalones y la ropa interior, y con la misma rapidez se puso el preservativo y se colocó encima de ella. Le separó las piernas con dulzura y ella las abrió aún más, queriéndolo dentro de ella sin dilación.

Y al momento él estaba ahí, penetrándola despacio. Lacey notó que estaba concentrado para no hacerlo con fuerza, con rapidez. Le encantaba la caballerosidad que parecía tan natural en él.

Lacey gimió, deleitándose en las sensaciones que la penetración le provocaba, tan excitada y a la vez tan generosa. Max se hundió más en ella. Lacey se incorporó un poco para agarrarle de las musculosas nalgas, para urgirle a que continuara, disfrutando del movimiento de los potentes músculos cada vez que se hundía en ella. Y cuando por fin terminó de penetrarla, empezó a entrar y salir sin parar. Ella se movió con él, y levantó las caderas para que le diera más, para que le diera todo el placer.

Él parecía saber exactamente lo que ella quería, y cuándo lo quería; como si él pudiera adivinar lo que pensaba, como si el goce de ella fuera su goce, como si estuviera bajo su piel.

–Lacey –gimió–. Lacey, Lacey… –dijo como una letanía y ella le contestó con su nombre.

Y a los pocos segundos sintió que él se liberaba dentro de ella, en oleadas, una tras otra.

De nuevo gritó su nombre, mientras se entregaba a los estremecimientos de placer.

Momentos después estaban abrazados, el uno encima del otro, en silencio. Max era tan fuerte que su cuerpo la cubría del todo, como una manta gruesa y pesada. Se sentía tan bien entre sus brazos, como si ellos dos comprendieran todo el uno del otro y sobre el sexo. No quería que aquello terminara jamás.

Allí tumbada, jadeando, sintiendo los labios de Max sobre su cuello, se dio cuenta de algo todavía más horrible. Max no se había equivocado. Aquello no solo era sexo.

Tal vez lo habría sido si lo hubieran hecho aquella primera noche dos meses atrás. Pero ya no. Se sentía unida a él más allá del plano físico. Lo conocía tan bien… Del mismo modo que él la entendía y la conocía.

Pensó en todo lo que habían compartido, en lo unidos que habían estado mientras él la ayudaba a hacer realidad su sueño. Y Lacey se dio cuenta de que quería que él formara parte de su vida. Aquello no solo era sexo. Era amor. Estaba enamorada de Max.

Lacey abrió la boca para decir algo, pero Max levantó la cabeza y la miró. Su expresión le dijo que estaba pensando en el deseo, no en el amor.

–¿Qué te ha parecido? –le preguntó–. ¿Te ha gustado?

–¿Que si me ha gustado? Ha sido glorioso.

–Mmm, tienes razón. Supongo que tendremos que intentarlo otra vez, y otra vez –y entonces sus dedos la encontraron de nuevo mojada para él–. Me lo dirás, ¿verdad? Cuando ya me salga bien…

El calor instantáneo de sus dedos le hizo olvidar momentáneamente su angustioso descubrimiento, y se entregó a Max y al placer de sus caricias, que se prolongaron durante horas.

Max abrió los ojos, excepto que había algo que le ocultaba la visión de un ojo. Se apartó la cosa de encima, y entonces se dio cuenta de que eran unos dedos. Los dedos de Lacey. Estaba en la cama de Lacey y lo sabía. ¿Entonces por qué le pareció más dura que el camastro del barracón?

Porque estaba pegado a la pared. Recordó entonces que la cama se había roto. Claro que, valía la pena el estar incómodo si estaba con Lacey. Más allá de sus suaves curvas y de la revuelta mata de pelo, Max se fijó en el reloj de la mesilla. Las seis de la mañana.

Solo llevaban dos horas dormidos. Le dolía todo el cuerpo, pero ese no era el peor dolor que sentía.

Se había enamorado de Lacey. Y eso era algo que no debería haber hecho; algo que ella no deseaba. O al menos eso había sido lo que había dicho.

Suavemente, para que no se despertara, le retiró el pelo de la cara para poder ver aquellas pestañas rubias, las mejillas sonrosadas, tan dulces, tan inocentes, la boca relajada mientras dormía. Parecía un ángel.

Pero había hecho el amor como un demonio, recordó mientras el pensamiento lo excitaba de nuevo.

Y él se había enamorado de ella. Quería despertarse junto a ella cada mañana. Eso significaba que las cosas tendrían que cambiar. Tendría que decirle quién era: un contable frustrado contratado para vigilarla. Una mentira. A Lacey no le iba a gustar nada todo eso.

Pero sin duda sentía también algo por él. Pensó en sus mejillas sonrosadas, en sus gemidos de placer. Nadie podía hacer el amor como lo había hecho ella con él sin sentir algo más que deseo. Solo esperaba que sus sentimientos hacia él fueran lo bastante fuertes para soportar la verdad acerca de la pequeña charada que él y Wade habían planeado para ella.

Tal vez pudiera convencerla para que se quedara allí en lugar de volver a Phoenix. Allí en el café estaba feliz. Él podría trabajar en la construcción en Tucson. Y ella podría irse a vivir con él.

Sí, tal vez aquello pudiera funcionar.

¿Y si no era así? ¿Y si en el fondo, Lacey era como Heather?

Inmediatamente, Max rechazó esa idea. Lacey era mucho más. Había visto la felicidad en su rostro cuando trabajaba en el café. Le gustaba tanto el trabajo de verdad como a él. Un trabajo que fuera físico y espiritual, y no solo intelectual. Y si ella lo amaba como él a ella, todo encajaría a la perfección.

Max se sintió de pronto nervioso y tuvo que levantarse. No quería despertar a Lacey; ella necesitaba dormir. Los preparativos para la inauguración del día anterior la habían dejado exhausta, y encima él le había robado tres horas de sueño. Le echó una última mirada llena de afecto y salió de la cama; agarró su ropa y salió de puntillas al pasillo.

Capítulo Diez

Lo primero que Lacey notó al despertarse fue que le dolía todo el cuerpo. Pero era una molestia agradable, como si hubiera estado haciendo ejercicio. Enseguida recordó en lo que había consistido ese ejercicio. En hacer el amor con Max durante varias horas. Instantáneamente quiso volver a practicarlo.

Pero Max no estaba en la cama con ella. Notó que entraba mucha luz y miró el reloj. Eran las ocho y media. Entonces vio la nota sobre el almohadón de Max.

No he querido despertarte. He ido a hacer unos recados. Nos veremos en el restaurante para comer… y podremos hablar de todo.

Quería hablar. Eso la hizo estremecerse de placer. Aunque no era algo que le pareciera muy corriente en un vaquero, supuso que con el tiempo también los vaqueros acababan queriendo establecerse.

No. Era la emoción que aún sentía después de haber hecho el amor con él lo que la empujaba a pensar así. Le extrañaba mucho que Max cambiara de vida solo por ella, aunque sus sentimientos fueran sinceros. Se había puesto de uñas cuando ella le había sugerido que se dedicara a la contabilidad. Y estaba segura de que no podría ir detrás de él por todo el oeste de barracón en campamento. Aunque en ese momento estuviera lista para comprarse una tienda, Lacey sabía que cuando se calmara volvería a la vida real. Y la vida real era reunirse a desayunar con Wade, por ejemplo.

¡Wade! Casi se le había olvidado. Había quedado en el restaurante con él a las nueve, en punto le había dicho ella, de modo que no podía llegar tarde. Iban a planear juntos su futuro, y esperaba que fijaran una fecha para que Lacey se incorporara al equipo de la empresa.

Se metió en la ducha, pero aunque intentó pensar en lo que le diría a su hermano, no fue capaz de dejar de pensar en Max y lo que habían hecho la noche anterior.

A las nueve menos cuarto salió del trailer en dirección al café. El Porsche cupé de Wade estaba aparcado delante del local. Antes de subir las escaleras del porche, Lacey se detuvo a admirar el café. Tenía un aspecto alegre y brillante, recién pintado y con la nueva señal luminosa de una taza de café ligeramente inclinada de color morado brillante. Se sintió muy orgullosa.

–Yo he hecho todo esto.

Estaba feliz, y le gustaba tanto el sitio. Una voz en su interior le dijo que no debía encariñarse demasiado. Pronto tendría que continuar con su vida

y marcharse de allí. Aun así, sentía algo especial hacia el edificio que tenía delante.

Pero su hermano no estaba dentro. Sandy, la camarera que estaba de mañana, le dijo que había llegado temprano y que Jasper lo había invitado a ver su estudio. Entonces Lacey decidió acercarse para asegurarse de que Wade entendía las posibilidades que tendría la galería de Jasper.

Además, quería hablar con Wade de trabajo cuanto antes. Tenía una cita con Max para comer. Lacey se rio de sí misma. ¿Qué demonios le ocurría? Estaba a punto de hablar sobre su futuro y en realidad lo que más deseaba era terminar para volver a la caravana y hacer de nuevo el amor con el vaquero.

Al pasar por el trailer de Jasper, oyó la voz de Wade que provenía del porche trasero. Se dio la vuelta hacia allí, pero entonces oyó otra voz; una voz conocida que le hizo detenerse en seco. Max. Wade estaba hablando con Max, qué cosa más rara. Ellos dos no se conocían, que ella supiera. Se acercó lo suficiente a ellos como para poder verlos, aunque ellos no la vieron porque estaban de espaldas a ella.

Instintivamente comenzó a caminar con cuidado y aguzó el oído.

–Te lo digo en serio, Max –dijo Wade–. Sabiendo que tú estabas supervisándolo todo evitó que yo me preocupara. Sabía que Lace no se metería en líos si tú estabas aquí echándole un vistazo.

¿Echándole un vistazo? ¿Cómo? ¿Que Max había estado supervisándola? Las palabras se repitieron en la mente de Lacey, mientras intentaba asimilar su alcance. Wade conocía a Max, y según parecía le había pedido que la vigilara. El estómago se le encogió y empezó a latirle la cabeza. Se quedó helada, horrorizada y asombrada, y quiso echar a correr, pero no pudo. Tenía que oír el resto.

–La inauguración fue algo cara.

–Ella quería impresionarte.

–Lo sé –Wade suspiró con indulgencia–. Al menos ya se ha quedado a gusto. Ahora podré llevármela a Phoenix y que se establezca allí. Tal vez incluso le dé a Pierce otra oportunidad.

A Lacey le latía el corazón con tanta fuerza que los latidos le retumbaban en los oídos. Estaban hablando de ella como si fuera una niña pequeña a la que hubieran estado mimando.

Wade le dio unas palmadas a Max en el hombro.

–Y todo gracias a ti, Max.

–No me des las gracias a mí, Wade. Yo…

–No, no le des las gracias a él –dijo Lacey en tono seco, avanzando hacia ellos con paso tembloroso–. No le des las gracias por nada.

Ambos se volvieron a mirarla al mismo tiempo.

–¡Lacey! –dijeron los dos.

–Siento haber estado escuchando, pero estabais al fin y al cabo hablando de mí –dijo con amargura.

–Déjame explicarte, Lacey –empezó a decir Max.

–No hace falta. Veamos si lo he entendido. Wade te contrató para supervisar a la alocada de su hermana. Para que no me metiera en líos.

–No fue así, Lacey –dijo Wade–. Yo no lo contraté. Solo le pedí que me

hiciera un favor.

–Vaya, me alegro tanto oírte decir que no te costó dinero, Wade. Ni siquiera confiabas ni un poco en mí para dejarme manejar las cosas a mi manera –le tembló la voz y ahogó las ganas de echarse a llorar; entonces se volvió hacia Max–. Sabías lo mucho que todo esto significaba para mí, y me dejaste que creyera que lo estaba haciendo sola.

–No le eches la culpa a Max, Lacey –dijo Wade–. Fue idea mía. Y, además, él fue el que me convenció para dejar que renovaras el local. De no haber sido por Max, te habría echado el alto la primera semana.

–¿Me habrías hecho eso?

–A mí me parecía una locura, pero Max me convenció de que la idea era buena y de que lo tenías todo bien planeado, así que no te dije nada.

–Confiaste en Max –dijo rotundamente, a punto de echarse a llorar–. Pero no en mí.

–En ti también. Pero claro que confío en él. Es el jefe del departamento de contabilidad de la oficina de Tucson.

–¿Eres contable? –miró a Max con asombro, y entonces pensó en lo rápido que se había hecho con la hoja de cálculo–. ¡Pues claro! Debería haberlo sabido. «Se me dan bien las matemáticas». ¡Y un cuerno!

–Ya no soy contable –dijo Max.

–Ah, sí, lo olvidé. Eres un vaquero. Solo que no hacías más que caerte del caballo. No puedo creer que confiara en ti. Yo… –se calló, temerosa de echarse a llorar.

–Lacey –dijo Max–. Por favor…

–Max solo estaba vigilándote.

Ella se volvió hacia su hermano.

–Este era el proyecto de Max, ¿verdad? Yo solo era la tonta que pensaba que estaba al mando.

Estaba tan dolida que se volvió de espaldas, sabiendo que esa vez se echaría a llorar.

–No es tanto como tú lo estás poniendo –dijo Wade.

–No sé cómo podría ser peor. Tengo que irme –dijo, y echó medio a correr hacia su caravana.

Oyó a Max decirle a Wade que iría tras de ella, como si fuera una mujer histérica a la que hubiera que calmar.

Llegó a su caravana y a los pocos segundos Max estaba con ella.

–Deja que te explique.

Lacey abrió la puerta, entró e intentó cerrarla para que él no entrara, pero Max la empujó. Ella retrocedió.

–Deja que te cuente cómo ocurrió todo –dijo y dio un paso hacia ella.

–¡Fuera de aquí! ¿Por qué iba a creer lo que me dijeras? ¡Me has mentido desde el día en que nos conocimos! –las lágrimas le rodaron por las mejillas.

–No pienso dejarte hasta que no me escuches –dijo con firmeza y serenidad.

–De acuerdo. Cualquier cosa con tal de que me dejes en paz.

Se cruzó de brazos y respiró con fuerza, esforzándose para no derramar más lágrimas, para no dejar de sentirse furiosa. La furia era fuerza, el

dolor debilidad. Ni siquiera se sentaría.

Max le explicó con rapidez su amistad con Wade, el trabajo que Wade le había conseguido, su dimisión. Le habló del trabajo que Wade le había buscado en el rancho y la promesa que él le había hecho a Wade.

–En cuanto me di cuenta de la buena idea que habías tenido, convencí a Wade para que te ayudara.

Ella retrocedió deliberadamente hasta que pegó con la parte de atrás de las rodillas en el sofá.

–No necesitaba favores de nadie.

–Pues claro que sí. No tenías el capital suficiente, y con lo que metió Wade la cosa cambió –sonrió comprensivamente y eso la enfadó aún más.

–¿Así que ni siquiera lo financié yo sola? –lo miró, cada vez más trastornada.

–No del todo. Pero casi. Escucha, Lacey, el proyecto seguía siendo tuyo.

–Solo de palabra –se cruzó de brazos con fuerza.

–Lo único que yo hice fue ayudarte –insistió Max mientras se acercaba a ella y la agarraba de los brazos–. Y funcionó bien. El café es un éxito. Tienes lo que querías.

–Apenas –le dio la espalda.

En contra a su voluntad, una grueso lagrimón le cayó por la mejilla.

–Escucha, hay algo también importante de lo que me gustaría hablar –dijo Max, mirándola con sinceridad.

–¿Qué puede ser más importante que esto? Este era mi sueño.

–Lo que es más importante es el hecho de que yo… –Max vaciló.

Lacey se dio cuenta de que quería agarrarla, pero su resistencia le hizo mantener las manos quietas. Buena decisión. De haberla tocado, tal vez le hubiera dado un puñetazo.

–¿De que tú qué? –le exigió.

Él se pasó la lengua por los labios y la miró a los ojos.

–De que te quiero, Lacey –le dijo apresuradamente.

–¿Cómo? –dejó caer los brazos a los lados.

–Te quiero. Y espero que tú sientas lo mismo –la miró a la cara, lleno de amor y preocupación–. Quiero que estemos juntos.

–¿Me quieres?

Estaba temblando. Max la quería. Precisamente eso era lo que había estado deseando oír. Había temido que no fuera posible, pero en ese momento se lo estaba diciendo y ella sintió como si las palabras le resbalaran. Todo lo que había construido en su pensamiento se había convertido en humo. Se sentía como si se hubiera quedado sin fuerzas.

–Siento haberte mentido. Solo estaba intentando protegerte.

Perdóname, le dijeron sus ojos. Se arriesgó y la agarró por los hombros. Lacey sintió la desesperación en la fuerza de sus manos al agarrarla por los hombros. Iba a besarla, como si eso fuera a solucionarlo todo.

Lacey se puso tensa, se apartó de él y retrocedió, temiendo que el beso le hiciera olvidar la tremenda verdad.

–Venga, Lacey –se pasó los dedos impacientemente por los cabellos, se dio la vuelta y se volvió a mirarla de nuevo–. No es tan horrible, ¿no te parece? Has triunfado. Has renovado el café y has impresionado a tu

hermano.

–No, eres tú el que lo has impresionado –lo señaló con el índice–, él confió en ti. Yo solo era la zángana y tú el ingenioso ayudante –lo miró con rabia–. Como Kenny, el mago. Y de nuevo tengo la cara llena de huevo.

–Wade te quiere proteger demasiado. Los hermanos son así. Pero yo no soy tu hermano.

–No, no lo eres. Pero no eres diferente. Si me amaras, deberías haberme dicho la verdad, incluso deberías haber dejado que me cayera de bruces si hubiera sido necesario. Al menos habría sido mi fracaso. Ahora estoy justamente en donde empecé con Wade. No le he demostrado nada.

–¿A quién le importa lo que piense Wade? –dijo Max, y la miró con impaciencia–. Tienes que hacer las cosas para hacerte feliz a ti misma, no a tu hermano. Tú has hecho del café lo que es ahora. Debes estar orgullosa de ello. Quédate aquí y dirígelo. No necesitas un trabajo de oficina. Maldita sea, ni siquiera lo deseas. Tú no encajas en eso.

–¡No me digas lo que deseo o no deseo! Diciendo eso demuestras que no has entendido nada de mi persona.

Estaba rabiosa. Max era igual que Wade, pensando que sabía lo que necesitaba mejor que ella. Se sintió agobiada.

–Me gustabas muchísimo más cuando pensaba que eras un vaquero.

–Lacey, te quiero. Quiero que encontremos el modo de estar juntos.

Pero no avanzó hacia ella, ni intentó que se diera la vuelta. En su tono de voz había impaciencia, rabia.

–¿Cómo puedes amarme? No sabes nada de mí. Y yo desde luego no sé nada de ti, Max McLane. Si es que ese es tu verdadero nombre, claro.

–Por supuesto que lo es. Mira, si te bajaras del burro un momento y fueras razonable, si vieras la realidad tal y como es, no pasaría nada. Hemos sido un equipo, ¿no? Reconozco que no estabas al tanto de todo, pero yo te ayudé a que todo saliera bien. Y lo hice por ti, porque me importas.

–Lo hiciste por mi hermano.

–Eso es mentira y lo sabes. Olvida lo que piensa Wade, olvida esa tontería de irte a Phoenix y quédate aquí, que es donde te sientes feliz.

–Tú puedes abandonar y salir huyendo si quieres, Max, pero no creo que puedas arrastrarme contigo. Solo porque tú no tuvieras éxito en el mundo de los negocios, no asumas que a mí me pasa lo mismo.

–Yo abandoné ese mundo porque no deseo esa vida para mí, no porque no tuviera éxito.

–Claro, Max, lo que tú digas. No sé lo que creer de ti, Max. ¿Por qué iba a creer lo que me dices? Ni siquiera sé si me amas de verdad.

¿Además, quién demonios era él? No era el hombre de quien se había enamorado, de eso estaba segura.

–Te estoy diciendo la verdad –le dijo con dureza.

Lacey pensó que tenía que poner fin a todo aquello. Se había enamorado de un hombre que no la respetaba ni a ella ni a sus sueños, de un hombre que era con ella tan paternalista como su hermano.

–Bueno, pues no te creo. Y nunca te voy a creer.

–¿De qué tienes miedo? –le preguntó en voz baja, como si hubiera supuesto algo y solo estuviera esperando a que ella se lo confirmara.

–No temo a nada. Lo que no quiero es que se me mienta. Tú no me amas. Tal vez me desees, y sin duda te sientes culpable por mentirme, pero eso no es amor.

–No quieres creerme, ¿verdad? –dijo con frialdad, pero en su mirada había una sombra de dolor–. Porque si me creyeras tendrías que hacer algo con respecto a nosotros dos. Y tú no quieres hacer eso. No encajo en la imagen ejecutiva que tienes pensada para alguien como por ejemplo Pierce Winslow. No soy él y nunca lo seré.

–Al menos Pierce Winslow no finge ser alguien que no es.

Él la miró detenidamente unos segundos.

–Te quiero, Lacey. Siento que eso te dé miedo, pero no puedo hacer esto yo solo. Juré que cuando encontrara a la mujer con la que quisiera pasar el resto de la vida tendría que aceptarme como soy; y aceptarse también a sí misma. Tal vez este sea un momento crucial en mi vida, pero al menos sé lo que busco. Tú no tienes ni idea de lo que quieres, Lacey. Y yo no te puedo ayudar a verlo.

–Bien. Porque lo que menos quiero ahora es tu ayuda, Max McLane –dijo, alzando la cabeza con desafío–. ¡Tú y tu supuesta ayuda podéis iros al infierno!

–¿Lo dices en serio, Lacey? ¿De verdad?

La miró largamente, con seriedad.

–De todo corazón.

Era la primera vez que Lacey mentía a Max.

Capítulo Once

Tres semanas más tarde, Lacey estaba sentada a la mesa de conferencias de las oficinas de la empresa Wellington, intentando centrarse en el informe anual que el equipo de planeamiento estratégico estaba discutiendo. Pero en lugar de estar atenta, estaba pensando si Ramón habría arreglado la fuga en el dispensador de refrescos, si Monty había mudado la piel, o lo que estaría haciendo Max…

Debía dejar de pensar en esas cosas y centrarse en el presente. Pero el presente era gris y aburrido. Su mirada pasó de la mesa de mármol gris a los trajes de chaqueta grises de los cinco hombres que estaban en la reunión con ella, y seguidamente al cielo gris que se veía por el ventanal que daba a la Avenida Central.

Había conseguido lo que quería, después de todo. Después de pasársele un poco el disgusto, le había mostrado a Wade su presentación. A su hermano le había parecido de gran calidad e inmediatamente le había ofrecido un puesto en el equipo directivo. Lo había hecho por sentimiento de culpabilidad, estaba segura, y eso la fastidiaba. Era como un engaño.

Sin embargo, se había tragado el orgullo y había aceptado el puesto, prometiendo demostrar su valía, aunque no lo hubiera conseguido con limpieza.

Ciertamente tenía lo que deseaba, pero la alegría que ello le comportaba era escasa, más intelectual que visceral. Lacey quiso pensar que solo estaba pasando un periodo de adaptación, y que era lógico que se sintiera así.

–¿Lacey, nos sigues? –Wade le preguntó desde su puesto a la cabeza de la mesa.

–Sí, claro…

–Por tu experiencia con la renovación del café, ¿dirías que un diez por ciento es una cantidad realista?

¿Diez por ciento? ¿De qué? ¿Para qué? Se estrujó el cerebro para recordar qué demonios estaban discutiendo.

–Bueno, el diez por ciento parece bien. Claro, el diez por ciento.

Wade volteó los ojos.

–Míratelo y dame tu análisis para el viernes, ¿de acuerdo?

–De acuerdo –dijo, mientras paseaba la mirada con culpabilidad alrededor de la mesa.

Pero nadie la miró con desdén. Nadie la trataba como si fuera el elemento débil del equipo. En realidad, Wade no actuaba como si le hubiera regalado el trabajo. Solo esperaba de ella que hiciera lo que le correspondía. Solo tendría que encontrar el modo de implicarse más en la tarea.

De lo que sí que debía sentirse culpable Wade era de engañarla con Max. De no haberlo arrastrado a la escena, ella jamás se habría enamorado de él o sufrido en modo alguno.

Pero sin Max habría fallado en el café. Esa era la peor parte. Wade había contado con Max, no con ella. A pesar de su esfuerzo, la había vuelto a tratar como a un bebé.

Pierce le sonrió comprensivamente desde el otro lado de la mesa. En las últimas semanas se habían hecho amigos. Él había empezado a salir con la mujer que había ocupado el puesto de marketing que Wade había pensado para Lacey. Era ideal para Pierce. Incluso compartían el mismo profesor de gimnasia.

Pierce y Lacey habían ido a Alberto's a cenar una noche, y él le había por fin reconocido que la relación entre ellos se había sustentado en la rutina y en la inercia. Ella le había dicho que se alegraba por él, y él se había mostrado comprensivo cuando ella le había indicado que había roto con Max. Incluso se había ofrecido para hablar con él. Claro que eso era lo que menos necesitaba Lacey.

Terminada la reunión, Lacey volvió a su grande y elegante despacho con espectaculares vistas de la ciudad.

También echaba de menos el café, y todo lo demás. Echaba de menos a Jasper, a Ramón, incluso a Monty o a ese estúpido lince rojo de dos cabezas. El reloj del ordenador marcaba las nueve y media. Tal vez llamara para preguntar por el dispensador de refrescos. Stuart Paulsen, el manager temporal, habría llegado ya al café. Como Lacey no había logrado encontrar a una persona que combinara visión de futuro, don de gentes y dedicación para sustituirla, Wade le había pedido a Stuart, que dirigía el Quijote Con Queso, un restaurante de Tucson de la cadena Wellington, para que ocupara el puesto durante unas semanas. Solo hasta que Lacey hubiera dado con la persona adecuada.

–Hola, Stu –dijo cuando él contestó al teléfono.

–Ah, Lacey. ¿Qué pasa?

Parecía irritado. ¿Estaría siendo una pesada?

–Solo quería saber si habíais arreglado la fuga en la dispensadora de refrescos –dijo alegremente–, o si necesitas el número del hombre que puede arreglarla.

–La dispensadora está bien, Lacey. Ya te he dicho que me dejaste todo perfectamente organizado. El restaurante va bien, hace un tiempo estupendo. Todo marcha perfectamente.

–Ah, bueno, vale…

Sabía que era cierto, y Stuart se lo había dicho a Wade. Había hecho un buen trabajo en el café, según decía todo el mundo.

Stuart suspiró cansinamente.

–¿Quieres hablar con Ramón?

–Si no está ocupado en este momento.

–Espera.

Debía contenerse, dejar de llamar. Sin embargo, cuando Ramón contestó al teléfono, se le aceleró el pulso de la emoción.

–¿Bueno, Lacey, qué pasa?

–No mucho –contestó ella–. ¿Qué tal vosotros?

–Bien, bien –entonces se produjo una pausa–. Igual que ayer –dijo, sabiendo lo que ella quería saber–. Tomó café sobre las ocho, pero no comió nada. Después fue a ayudar a Jasper con la contabilidad. Se compró un par de botas nuevas; se las ha hecho el zapatero con el que está trabajando.

–¿De verdad? ¿Botas nuevas? –sabía que era cosa de niña pequeña preguntarle a Ramón tantas cosas de Max, pero no podía evitarlo–. ¿Te parece que está… bien?

–¿Lo dices por ti? No, chica, está colado, y de un humor de perros. Cada vez está más delgado. No deberías haberlo dejado.

–Gracias, Ramón.

No sabía por qué aquel ritual diario de intercambio de información le hacía sentirse mejor. No había modo de que Ramón supiera si Max se había olvidado de ella o no. Solo quería que estuviera tranquila.

Lo cierto era que no había dejado de querer a Max. Desde que se habían separado estaba cada vez más segura de ello, y cada día que pasaba el sentimiento crecía en su interior, hasta el punto en que apenas si podía hacer nada sin pensar en él.

No dejaba de decirse a sí misma que se había enamorado de un vaquero de fantasía, no del contable que era en realidad Max McLane. Pero eso no servía de nada. A pesar de que le había mentido, de que había destrozado su sueño, ella seguía amándolo. Había sido un lobo con piel de cordero desde que se habían conocido, pero lo amaba.

De algún modo, se sentía mejor sabiendo que no era la única que sufría. Afortunadamente, Ramón no cuestionaba aquel extraño vaivén entre la tristeza y el pesar.

–Tengo que dejarte, chica. Un manojo de chiles me esperan para prepararlos.

–Claro. Gracias, Ramón.

–Deberías venir a hacernos una visita –dijo–. Cuando estás tú, este lugar cobra vida.

–No solo era yo.

–Sin ti… nada de nada, Lacey.

Tal vez Ramón tuviera razón. Había sido su plan, su concepto. Pero también la dirección de Max y el capital de Wade.

–Hasta pronto, Ramón.

Poco satisfecha, pero dispuesta a hacer lo correcto, Lacey se volvió hacia su ordenador, obligándose a meterse de lleno en el trabajo que tenía por delante. Se le fueron los ojos a la foto que había pegado en el ordenador. Max había tomado una instantánea de Ramón, Lacey y Jasper la tarde de la inauguración. Se había sentido tan feliz…

Bueno, ya era suficiente. Tenía que tomarse en serio su nueva vida. Allí estaba su futuro. Aquello era lo que quería, lo que aún quería. Apretó los dientes con determinación, guardó la foto en un cajón, abrió una carpeta y se puso a trabajar.

–Vas a ir mañana por la noche, ¿no?

Con sus habituales modales bruscos, Wade había metido la cabeza en el despacho de Lacey sin llamar a la puerta.

–¿Ir a dónde? –le había preguntado, sabiendo muy bien lo que su hermano quería decir.

–Pues a la inauguración de la galería de Jasper, boba.

–No lo sé, Wade. Estoy muy ocupada aquí.

Y era cierto que estaba ocupada, trabajando para transformar una pastelería en un café. Pero esa no era la razón que le impedía ir. Tenía miedo de volver a ver a Max. Sobre todo una vez que se había adaptado de nuevo a la vida y al trabajo en la empresa.

–Lacey –Wade frunció el ceño y se sentó sobre su mesa–. Es la inauguración de Jasper. No te la puedes perder. Es tu local, Lace. ¿No quieres ver también cómo van las cosas?

–No es mi local. Y lo sabes.

Aún le dolía pensar que Max había estado a cargo del proyecto.

–No empieces otra vez con eso, Lace. El Café de Las Maravillas es todo tú. ¿Y, además, qué es eso que te tiene tan ocupada?

–Ahora mismo estoy negociando la compra de materiales.

–Bah, eso puedes hacerlo con los ojos cerrados.

Posiblemente fuera verdad. Pero agradecía las tareas diarias y el trabajo en la pastelería, porque así se distraía y no echaba tanto de menos a Max, o al café.

–Lo estás haciendo de maravilla –dijo Wade–. Yo no lo habría hecho mejor.

–Gracias.

Miró a su hermano detenidamente. ¿Le habría dicho eso porque se sentía culpable? En realidad, estaba demasiado recelosa para seguir preguntándose nada. También se sentía decepcionada porque, a pesar de estar ya totalmente integrada en el trabajo de la empresa, no sentía la emoción ni la energía que había esperado. Probablemente no había sido realista.

–¿Bueno, entonces ya sabes quién será mi espía?

–Muy graciosa.

Lacey se refería al hecho de que durante un tiempo había sospechado que Wade le hubiera asignado a alguien para supervisarle en secreto con la renovación y trasformación de la pastelería, tal y como había hecho con el café.

–¿No te das cuenta, verdad? –sacudió la cabeza–. Supongo que debería estar contento. Si supieras lo que vales tendría que pagarte más.

Lacey deseó que Wade la elogiara así más a menudo.

–Bueno, será mejor que vuelva al trabajo –dijo, deseando que Wade se marchara.

Notó que su hermano la miraba, pero no quiso levantar la cabeza. Entonces él suspiró y se puso de pie. Lacey oyó que iba hacia la puerta. Bien, había entendido que no serviría de nada insistir para que fuera a la apertura de la galería del tío Jasper. En esos momento no tenía fuerzas para enfrentarse a Max. Ya iría más adelante a ver a Jasper.

Lo miró para decirle adiós y lo encontró mirándola.

–Lacey, ve a la inauguración, lo digo en serio –nunca había visto a su hermano hablar con tanta seridad–. Jasper te necesita allí. Otras, esto, personas te necesitan también.

–No lo sé, Wade. Es complicado…

–Yo solo soy tu hermano. Es tu vida, como tú siempre me dices, pero creo que te lo debes a ti misma.

–Me resulta muy duro en este momento.

–A veces uno tiene que hacer las cosas –sonrió y entonces volvió a su tono brusco habitual–. Además, necesitas poner un poco de orden en el café. Stu no se lleva bien con el personal. No es como Lacey Wellington.

–Me lo pensaré –dijo, pero notó que el pulso se le aceleraba de anticipación.

Era la primera vez desde hacía muchos años que la intuición le decía que a su hermano no le faltaba razón.

Capítulo Doce

De camino a la galería, Lacey iba con el estómago encogido y le sudaban las manos. Había decidido que Wade tenía razón. Debía enfrentarse a las cosas, enfrentarse a Max. Y su obligación era apoyar a Jasper. Tenía ganas de ver la galería por fin montada, era cierto, y también de volver al café. Tan solo el hecho de ver a Max le ponía nerviosa. Aunque en secreto estaba loca por volver a verlo.

Sabía que estaría en la inauguración. Estaría ayudando a Jasper con la parte administrativa de la galería. Según le había contado Jasper, ya tenía a varios clientes a los que estaba ayudando. Había montado una especie de asesoría financiera. Eso estaba bien. Desde luego más acorde con él que la construcción.

Llegó media hora tarde y vio que el aparcamiento del Café de Las Maravillas estaba de bote en bote. Grupos de personas se arremolinaban a la entrada de la galería, y vio que el café estaba también lleno. El corazón se le llenó de orgullo. Ella había contribuido a que aquello ocurriera.

Reparó también en que la superficie ondulada de la caseta que había sido el taller de Jasper había sido pintada de un azul cielo, y de ella colgaban algunas de las esculturas de Jasper. Con el cielo rosado y malva del ocaso, la construcción parecía sacada de un dibujo diseñado por Disney, dulce y fantástico.

La brisa serena del anochecer le revolvió suavemente el cabello, y Lacey sintió un gran alivio en el corazón solo de estar allí. Era como salir de un sitio lleno de humo y respirar el aire fresco de la montaña; como avanzar por una cueva estrecha hasta salir a un cielo claro y limpio. Allí se sentía en casa.

Eso era. Lacey se sentía en casa. En ese momento recordó las palabras de Max, y reconoció que tal vez tuviera razón. A lo mejor su sitio estaba allí, puesto que era allí donde se había sentido feliz, verdaderamente feliz. A pesar del intenso trabajo en la pastelería, no sentía la misma alegría en Phoenix. De pronto se dio cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas.

No, no. Ella había tomado una decisión y tendría que vivir con eso. Pestañeó con fuerza y se encaminó a la entrada de la galería, deseosa de felicitar a Jasper y preparándose para ver a Max después de todo ese tiempo. ¿Qué le diría?

En el interior del local, un público misceláneo parecía disfrutar de la exposición. Todo el mundo bebía champán en copas de plástico y el lugar era un hervidero de animadas conversaciones. Mani Romero y su trío ponían el toque musical de fondo.

La galería estaba preciosa. Las enormes claraboyas daban una sensación de amplitud y libertad. La zona del taller había sido separada por una

barrera de cristal. Lacey admiró las creaciones antiguas y nuevas, la explosión de color y formas caprichosas, la mezcla de diversión y fantasía.

Entonces vio a Jasper. Llevaba puesto un mono de trabajo, con un pañuelo de rayas azules, rojas y blancas atado a la cabeza. Estaba como cada día, solo que el mono estaba limpio y se había dejado el pelo suelto en lugar de hacerse una coleta como solía. Al ver a Lacey, la llamó y fue hacia ella.

–Tío Jasper –dijo mientras se abrazaban.

–Me alegra tanto que hayas venido.

–Esto está precioso. ¿Qué tal va?

–De maravilla. Ya he vendido tres obras, y cuando dije que no vendía la Torre Eiffel, el arquitecto interesado me encargó otra igual. Tiene que hacer unas remodelaciones en el centro y quiere que piense en la posibilidad de hacerle algunas piezas. Increíble, la verdad.

–Qué bien, tío Jasper.

–Parece que al final voy a ganar algo de dinero. Me cuesta creerlo.

Sacudió la cabeza como alguien a quien acabara de tocarle la lotería.

–No parezcas tan sorprendido. Eres un artista fantástico. ¿Por qué no ibas a ganar dinero?

–Todo esto es un poco surrealista –dijo–. ¿Bueno, lo has visto?

–¿El qué?

Al ver su extrañeza, le dio la mano y tiró de ella.

–Ven aquí.

La llevó hasta donde estaba la mesa de recepción, junto a la cual había una escultura de un metro y medio de unas alas estilizadas que emergían de unas tiras de acero que se enroscaban como llamas. Un foco proyectado sobre la estructura creaba un curioso efecto luminoso alrededor de la escultura, que se titulaba «El Fénix de Lacey». Bajo el título, decía: «Dedicado a Lacey Wellington, la persona que hizo realidad mis sueños».

–Jasper… –exclamó, con lágrimas en los ojos–. No puedo creer que hayas hecho esto… Quiero decir, no deberías darme tanto valor. Eres tú el creador, no yo –hizo un gesto con la mano señalando todas las piezas creadas por Jasper, y al entusiasmado público.

–Tú me diste el coraje. Tú compraste la caseta, y me sugeriste que montara la galería. Siempre estuviste a mi lado, Lacey. Yo no estaría aquí sin ti.

–Pero solo te ayudé. El proyecto fue tuyo. Yo…

De pronto se calló bruscamente. Esas mismas palabras se las había dicho Max a ella refiriéndose a su trabajo en el café. Pero Lacey no le había creído. Había insistido, tal y como estaba haciendo Jasper en ese momento, en que el mérito había sido de Max, no de ella. Pero Jasper estaba equivocado.

¿Se habría equivocado también ella?

Pensó en lo que le había comentado Wade sobre su trabajo en el nuevo café y cómo le había pedido consejo durante los últimos dos meses.

Tal vez su hermano no la había elogiado porque se sintiera culpable. A lo mejor lo había hecho de corazón. Quizás ella se hubiera infravalorado.

Miró a Jasper a los ojos, sintiendo una gran emoción.

–Me siento honrada y humilde, tío Jasper –le dio un abrazo.

–Ahora ve a buscar a Max y líbralo de esa tristeza que lo está consumiendo –dijo Jasper.

–¿Qué?

–Es un buen hombre, Lacey, y lleva un mes dando vueltas por aquí, todo deprimido.

Lacey ni siquiera pensó en fingir que no le importaba. Un sinfín de nuevas posibilidades se abrieron ante ella. Tenía que hablar con Max sobre lo que él había hecho por ella y por qué.

–Ha ido por ahí. Por el pasillo de la izquierda –Jasper le señaló hacia la parte trasera de la galería.

Lacey avanzó sin dejar de buscarlo con la mirada. Entonces lo vio, de pie entre el cucurucho de helado gigante y la Torre Eiffel de alambre.

Corrió hacia él como pudo entre la gente, sorteando grupos, hasta que estuvo delante de él, nerviosa y sin aliento.

Estaba más delgado que la última vez que lo había visto. Y más triste. Llevaba puesta una camisa de estampado hawaiano y unos pantalones cortos color caqui… pero no llevaba sombrero texano. Aquel era el verdadero Max McLane, el antiguo contable, no el vaquero. Lacey se alegró al descubrir que eso no variaba en absoluto sus sentimiento hacia él.

–¡Lacey! –a Max se le alegraron los ojos al verla, y entonces parecieron tirar de ella, cargados de deseo y amor, como si quisiera consolarla y desvestirla, todo al mismo tiempo.

–Max… –sintió que la invadía un suave cosquilleo; deseaba echarse a sus brazos, pero se contuvo de momento–. Dime otra vez por qué me ayudaste en la renovación del café. Creo que estoy lista para escucharte.

–¿Por qué hice el qué? –la miró confundido, pero esperanzado al mismo tiempo–. Bueno, Wade me pidió que…

–Esa parte no. Lo de que querías ayudarme.

–Ah, sí. Claro. Mi tarea consistía en ayudar, en conseguir fondos extras y en vigilar el presupuesto y…

–Pero la idea y el trabajo fueron míos, ¿no? ¿Sin importar lo que hicierais tú y Wade?

–Por supuesto. El Café de Las Maravillas es tu creación. Tu éxito. Nada de lo que Wade y yo hiciéramos cambiaría eso.

Lacey lo escuchó por primera vez. Lo escuchó de verdad. Sin sentirse insegura, ni traicionada, ni a la defensiva.

–Y no importa lo que piense Wade o lo que tú pienses de lo que hice –empezó a decir con los ojos llenos de lágrimas–. Solo importa lo que yo piense de mi trabajo. Llevo todo este tiempo luchando para conseguir el respeto de Wade, cuando lo que necesitaba era respetarme a mí misma.

Max sonrió despacio y asintió.

–Exactamente –la miró con ternura–. Sabes, siempre te respetaré, Lacey.

–¿De verdad? ¿No lo dijiste para seguirme la corriente?

–¿Seguirte la corriente? ¿Estás loca? Eres sorprendente. Eres inteligente, tenaz y buena con los demás. Cambiaste por completo este lugar con muy poco y encima ayudaste a Jasper a montar su galería. Mira cómo le has

buscado trabajo a Ramón y a su familia. Lacey, eres maravillosa.

Max la miraba con tanto amor y orgullo que Lacey se preguntó cómo se le había ocurrido pensar alguna vez que él querría decirle cómo debía manejar su vida.

Había estado ciega. Demasiado dolida e insegura para ver la verdad hasta que Jasper le había abierto los ojos. Tenía el corazón rebosante de amor por Max, pero también sentía pesar por haber sido tan estúpida.

–Siento no haberte creído antes, Max.

–Siento haberte mentido, Lacey.

–Y, tenías razón –dijo ella–. Mi sitio está aquí. En realidad no quiero trabajar en la empresa en Phoenix. Me di cuenta en cuanto bajé del coche. Aquí me siento como en casa.

–Y tú tampoco te equivocaste conmigo –dijo Max–. No estaba huyendo de mi antigua vida, sino ignorando mis puntos fuertes. La construcción no es lo mío.

–La verdad es que no.

–No hace falta que me lo recuerdes.

–Lo siento.

–Pero he encontrado otra cosa. He montado un pequeño negocio de asesoría financiera. Para ayudar a despegar a pequeñas empresas.

–Jasper me comentó que estabas haciendo algo así.

–Aprovecho mis conocimientos de contabilidad, pero siento que estoy haciendo algo real. Ya tengo seis clientes solo por recomendación de unos a otros.

–Es estupendo, Max.

–Me siento a gusto con lo que estoy haciendo, conmigo mismo.

Parecía feliz. Y Lacey sintió que había sido egoísta. Tal vez ya no la necesitara.

–Me alegro de que estés feliz. Supongo que todo ha salido bien al final.

–No del todo –dijo Max, y la miró de aquel modo tan sensual, como queriéndole decir que la deseaba–. Hay una cosa que me falta para ser feliz.

Lacey no tuvo que preguntarle porque Max la estrechó entre sus brazos y la besó apasionadamente, como lo había hecho la noche que habían hecho el amor. Como si ella ya fuese suya y lo fuera a ser para siempre. Ella, por su parte, sabía que su corazón pertenecía a Max.

Max dejó de besarla un momento y la miró.

–Ahí tienes. ¿Me crees ahora cuando digo que te amo?

Lacey estaba tan aturdida que apenas se tenía en pie.

–¿Que si creo…?

–Bueno, permíteme que te lo deje bien claro –entonces la volvió a besar, más apasionadamente si cabía.

–De acuerdo, te creo –dijo casi sin aliento cuando él terminó.

–Bien, porque lo siguiente sería desnudarte y hacerte el amor aquí delante de toda esta gente.

Lacey miró a su alrededor y vio unos cuantos amigos que los miraban sonrientes: Jasper, Ramón, Buck, la camarera amiga de Buck y Wade con… Pepper, la bailarina de la danza del vientre, con un vestido largo

color morado, colgada de su brazo.

–Parece que estás a punto de hacerme otro favor, Max –dijo Wade, más contento de lo que Lacey lo había visto nunca.

–¿Cuál?

–Hacer feliz a mi hermana.

–Ese no es un favor, Wade; es un honor –miró a Lacey lleno de ternura–. Eso es algo que quiero pasarme la vida haciendo. ¿Me dejarás, Lacey?

–Si me dejas que haga lo mismo por ti –contestó ella.

–Sin duda –entonces Max la miró con picardía–. En realidad, Lacey, es estupendo que vayas a volver. Hay otro proyecto que querrás dirigir.

–¿El qué? –preguntó Wade.

Max la miró con amor.

–Una capilla para celebrar bodas.

–¿Una capilla? –repitió Wade–. ¡Vaya… !

–Oh, Max –gimió Lacey mientras lo miraba a los ojos oscuros con el corazón lleno de felicidad.

Todo lo que había esperado del amor verdadero: una intensa pasión, una profunda intimidad y el encontrar a su alma gemela, había resultado ser cierto. Y lo había encontrado allí mismo. Lacey no podía creer su buena suerte.

–Y sé quiénes serán los primeros clientes –terminó de decir Max.

La besó con tanta suavidad, con tanta lentitud, que Lacey le entregó en ese momento el corazón y el alma. Las personas que estaban junto a ellos se volvieron borrosas, y Lacey solo fue consciente de él y de su cariño. Max se apartó de ella unos centímetros.

–¿Quieres casarte conmigo, Lacey?

Ella lo miró a los ojos, no viendo a un vaquero o a un contable, sino solo a Max, el hombre que la amaba, que la apoyaba y respetaba. El hombre a quien ella amaba con todo su corazón.

–Sí, Max, lo haré… con una condición –lo miró con picardía.

–¿Cuál es?

–Que para la ceremonia te pongas un sombrero texano.

–¿Un sombrero texano?

–Sí. No puedo evitarlo. Tengo debilidad por los vaqueros.

–¿Cómo puedo negarme? Tengo debilidad por ti, Lacey.

Y entonces se besaron mientras sus amigos aplaudían con alegría. Ninguno de los dos se dio cuenta de que habían empujado el cucurucho de helado, que se tambaleó y se les cayó encima. Y estaban tan absortos el uno en el otro que apenas sintieron el golpe. ¿Qué era, en definitiva, un golpecito de nada comparado con el golpe que les había propinado el amor?

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

